

Boletín de la Real Academia
de
Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba



AÑO III.

ABRIL A JUNIO

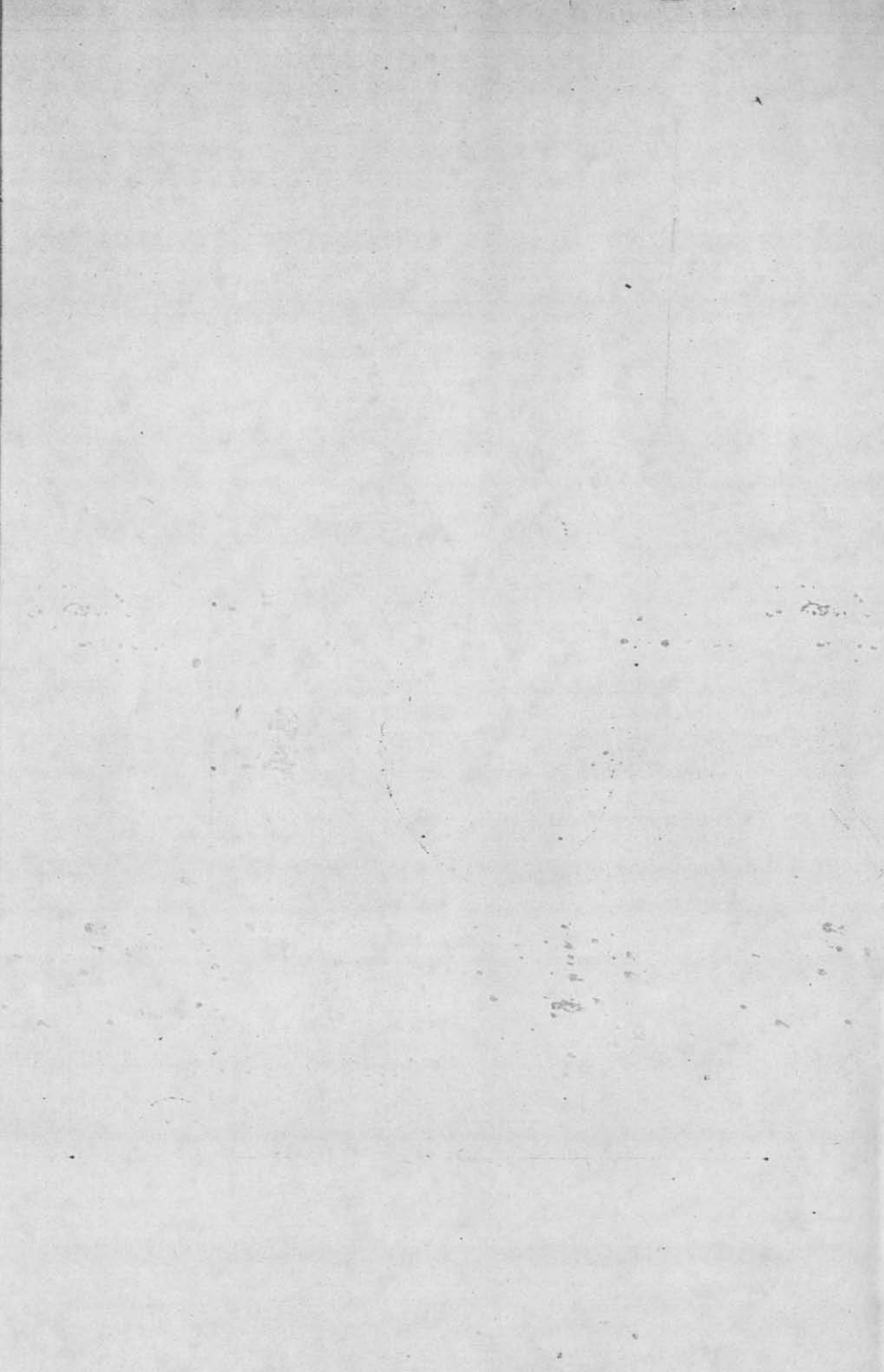
NÚM. 8

1924



1924

IMPRENTA «LA COMERCIAL».—CÓRDOBA



Boletín de la Real Academia
de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
DE CORDOBA

AÑO III.



ABRIL A JUNIO



NÚM. 8

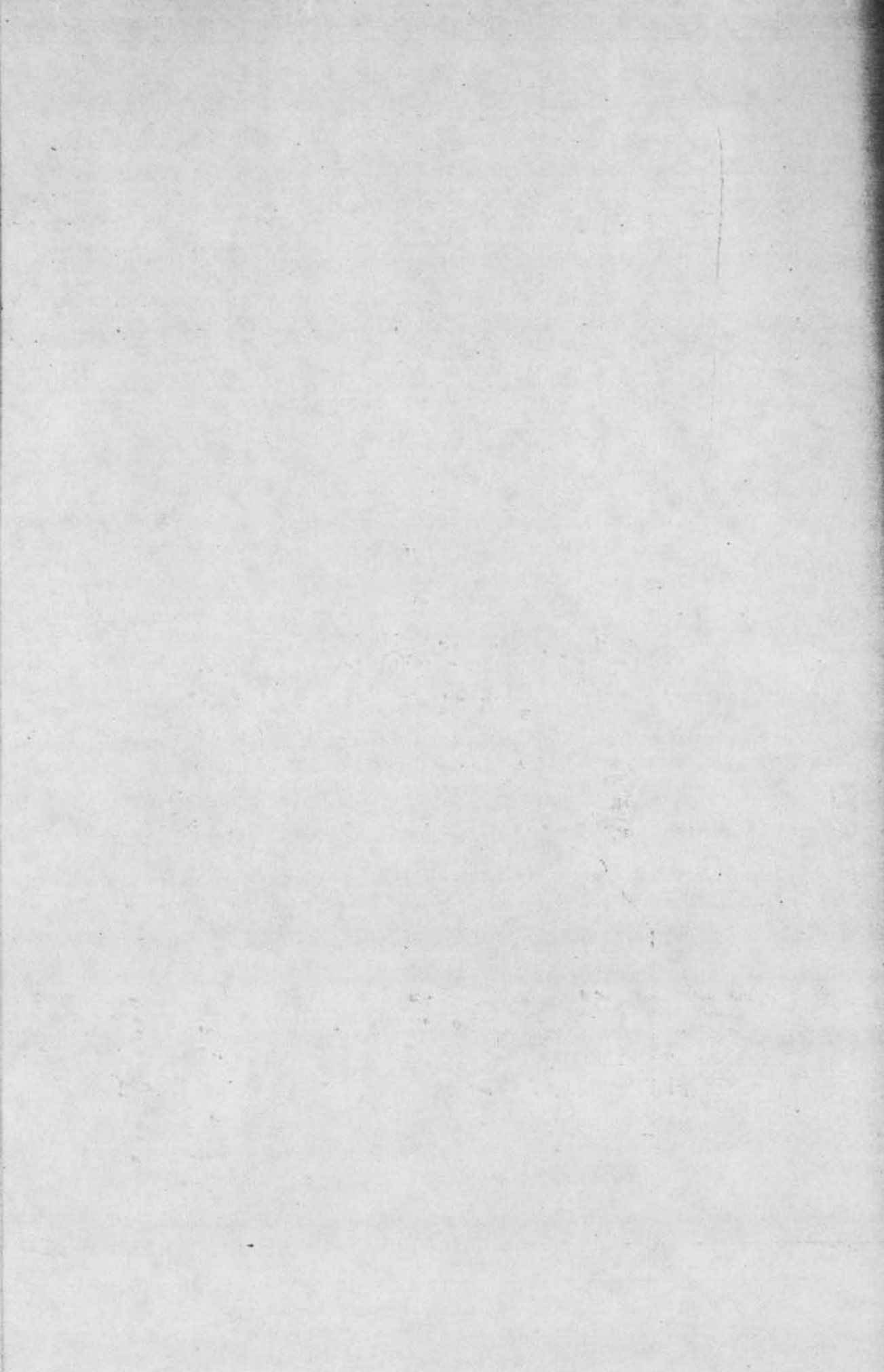


DON LUIS VALENZUELA Y CASTILLO

Cordobés ilustre, Doctor en ambos Derechos, Decano de Abogados, Académico de las Reales de Madrid, Presidente de la C. de Monumentos y del Patronato de Museos.

Ocupó uno de los sillones de numerario de esta Real Academia de Córdoba desde el 28 de Septiembre de 1907.

Desde 1911 hasta el día de su muerte (6 de Febrero de 1920) dirigió nuestra Real Corporación con acierto insuperable.



El arte por el arte

El Jurado calificador de las obras pictóricas presentadas en la exposición de Bellas Artes, que actualmente se celebra en Madrid, ha rechazado varios cuadros de distinguidos pintores, obedeciendo tan extremado acuerdo, no a que esas producciones carezcan de mérito, pues en reconocer que lo tienen hay unanimidad de pareceres, sino a que entiende aquel Tribunal que los artistas se han desviado, en la ejecución de su pensamiento, de las conocidas normas de la moral. Exclusiones tan poco justificadas, vienen a plantear, una vez más, la cuestión del arte por el arte, acerca de la cual voy a tener el gusto de someter ligeras consideraciones al superior criterio de esta ilustrada corporación.

La doctrina del arte por el arte, tiene, como es sabido, implacables contradictores, que se afanan por sostener la, para ellos, evidente consustancialidad de lo bello con lo bueno y con lo verdadero, y la antinomia y el divorcio que, a su juicio, existe entre la belleza, de una parte, y la inmoralidad y el error de otra.

Cosa vaga e inexplicable es en sí la idea de la belleza. Desde Sócrates y Platón, hasta Krause y Hegel, ha sido objeto de porfiadas investigaciones, sin que se haya obtenido otro resultado práctico que la certidumbre de ser didácticamente indefinible, que es achaque común a todos los principios sobrado generales. Esa insuperable dificultad que ofrece el hallazgo de una fórmula que exprese concretamente el concepto abstracto de la belleza, es la misma que se presenta para encontrar una regla que enuncie el contenido total de las ideas de bondad y de verdad, y en suma de las llamadas absolutas por extensión, ya que a la inteligencia del hombre no le es dado franquear, en el orden de lo cognoscible, la esfera de lo limitado y contingente; y si lo bello, lo bueno y lo verdadero, según confesión de los más reputados estéticos y filósofos, son entidades metafísicas indefinibles, ¿como de ese algo secreto y misterioso, cuya alma no se acierta a determinar, podrá, sin embargo, colegirse, por los mismos que dicen ignorar su esencia, la correlación que existe o la diferencia que separa a unos de otros conceptos?; ¿como establecer relación de homogeneidad entre términos desconocidos e ignotos, que escapan, en su grado puramente ideal, a toda

humana comprensión? Y esto no obstante, como la belleza se materializa y encarna en formas y tipos sensibles, que contemplativamente producen en nosotros la emoción estética y que por ende están al alcance de nuestro juicio, de igual modo que las nociones de bondad y verdad, es evidente que puede defenderse, dentro siempre de la relatividad del conocimiento humano y según el criterio de que se parta, ya el enlace y la concatenación, ya la disparidad y desunión de esas especies intelectuales.

La música es un arte bello, bellísimo, pero incapaz por si solo de expresar conceptos morales ni inmorales, hasta el punto de que alguien ha dicho, con razón, que en la música el espectáculo lo tiene el espectador, no fuera sino dentro de sí, por ser un arte más subjetivo que objetivo. Pues bien, esa ordenación de sonidos armónica o melódicamente dispuestos y combinados; despierta en el oyente, ya sentimientos regocijados y gratos, ya sentimientos melancólicos y patéticos, según el estado particular de su ánimo. La música, bien considerada, no es apta para expresar ideas en el riguroso sentido de la palabra; pero las inspira, las genera, las sugiere muy varias en quien la oye embelesado.

Hace años leí, no recuerdo en que autor, una anécdota debida a la fantasía poética de celebrado vate, que para encomiar la virtud sugestiva y la fuerza avasalladora de la música, presentaba en inspirada oda al gran Alejandro en un espléndido banquete, sentado junto a la hermosa Tahis y rodeado de sus guerreros, los cuales, ebrios de entusiasmo por las brillantes victorias alcanzadas, entregábanse sin freno a los placeres de la gula; de pronto, el famoso músico Timoteo entona un himno sublime en loor de Júpiter, y Alejandro, creyéndose trasportado al Olimpo, llega a considerarse arrogantemente el padre de los dioses y en su soberbia demanda ser adorado; entona después Timoteo una canción bélica, y el héroe macedón enardecido con los acordes guerreros, desnuda la tajante espada para combatir a sus enemigos, como si estuviera en el campo de batalla; por último, el divino músico hace que de su lira broten notas suaves, impregnadas de languidez y voluptuosidad, y Alejandro, poseido de sentimiento eróticos, declara su ardiente pasión a la bella Tahis.

Ahí teneis una idea, bien que pálida, del poder incontrastable de la música, arte mudo por lo que respecta a la enunciación de pensamientos, pero que, sin embargo, es un poderoso despertador de los afectos humanos y sobre todo un gran educador del sentimiento. Mas como quiera que sea, habrá que descartar a la música de los términos del litigio que dejamos planteado, por ser extraña a todo sentido ético, que es el punto que ha dado margen a ésta empeñada controversia entre los estéticos.

Lo mismo hay que decir de la arquitectura, arte que si en la antigüedad fué bello, dadas las tendencias modernas, singularmente en orden a la arquitectura profana, puede afirmarse que va convirtiéndose en un arte meramente útil. De todas maneras los fines concretos de la moralidad no tie-

nen ni remota relación con las artes arquitectónicas propiamente dichas, abstracción hecha de aquellas otras que se consideran sus auxiliares y complementarias.

La escultura y la pintura, en cuanto son artes figurativas, no están, en realidad, desligadas del fin ético, máxime si se tiene en cuenta la confusión que generalmente reina entre lo inmoral, lo obsceno, lo deshonesto y lo pornográfico; siendo corriente, aún entre espíritus cultos, tener por inmoral cuanto lastima el sentimiento del pudor, sin exceptuar el desnudo que tan lindamente es hermana con el arte; así es, que actos de lascivia, de lujuria, de concupiscencia, se comprenden de ordinario bajo el predicado genérico de inmorales, dando a esta palabra tan lato sentido que casi se desnaturaliza su verdadera significación lexicológica o gramatical.

Conviene dejar establecido, que los sostenedores del arte por el arte no han declarado jamás que lo odioso, lo repugnante, lo falso pueda en ningún caso ser bello; fuera un despropósito sostener que lo inmoral, lo deforme, lo monstruoso sea expresión de la belleza. Esto no ofrece duda; pero como la belleza artística reside únicamente en la forma, cabe, desde luego, sostener, que si bien un pensamiento ruin, una idea mezquina, una acción indigna no es intrinsecamente hermosa, sin embargo, prescindiendo del fondo inmoral y detestable de la obra, puede haber belleza peregrina en la envoltura mágica, en la modalidad primorosa de la producción, con independencia de la acción misma, del propósito que ha imaginado el artista para dar vida a la concepción de su mente.

Real o legendaria, es tradicional en España la figura de un personaje dramático, que ha tenido múltiples formas de encarnación en la literatura patria, y hasta ha traspasado el Pirineo para servir de protagonista a obras, más o menos renombradas, de ilustres ingenios extranjeros. Me refiero a la creación de Don Juan Tenorio, que ha proporcionado asunto a una comedia de Molière, «Don Juan o el convidado de piedra», versificada después por Tomás Corneille; a la ópera de Mozart «Don Giovanni», libreto de Lorenzo Da-Ponte, y al poema de Byron, titulado «Don Juan» habiendo merecido la creación del Tenorio los calurosos elogios del descontentadizo Voltaire.

El primero en llevarlo a la escena fué Gabriel Téllez, el inmortal Tirso de Molina, que en el siglo XVII dibujó de mano maestra, en su célebre drama «El burlador de Sevilla o el convidado de piedra», el carácter depravado y cínico de un joven decididor y altivo, que hacia gala de seducir, sin el menor miramiento, a cuantas mujeres, nobles o plebeyas, tenían la desgracia de encender sus livianas pasiones, abandonándolas, después de escarnecido su honor, al desprecio de las gentes.

El mayor mérito de la obra estriba en la invención del argumento, cuyo interés no decae un instante, y en el carácter firme y sostenido de Don Juan Tenorio.

Desarróllase la acción durante la primera mitad del siglo XIV, reinando Alfonso XI, que tenía su corte en Sevilla. Privado del monarca era don Diego Tenorio, padre del D. Juan, en quien concurrían distinguidas cualidades de valor personal, las cuales estaban eclipsadas totalmente por el indigno proceder que observaba con las mujeres, a las que, en número crecidísimo, hizo víctimas de sus acechanzas y maldades.

Fueron tantos los atropellos que don Juan Tenorio cometió en Sevilla, que su padre, para alejarlo del teatro de sus abominables hazañas, lo embarcó con dirección a Nápoles. No bien hubo llegado a la bella ciudad italiana, prendóse de Isabela, de ilustre linaje y prometida de su íntimo amigo el Duque Octavio; y como aquella se mostrase sorda a sus requerimientos y solicitudes, aprovechó una oportunidad en que, tomando el nombre del Duque Octavio, pudo penetrar en el cuarto de Isabela, satisfaciendo sus lúbricos deseos, sin el menor respeto a los deberes que la amistad impone. Descubierta la burla, don Juan Tenorio tuvo que huir para librarse de las justas iras de dos familias principales, que vieron mancillado su honor en la persona de la noble dama. De regreso a España, desembarca en Tarragona, en cuyas aguas estuvo a punto de perecer por consecuencia de un naufragio. Tisbia, linda pescadora de aquellas playas, lo salva a costa de grandes esfuerzos y le presta caritativo auxilio, dándole albergue en su propia morada, y don Juan Tenorio paga tanta generosidad y confianza seduciendola villanamente, mediante la reiterada promesa de un reparación matrimonial, que deja incumplida, utilizando para huir una cabalgadura que pertenecía a la misma Tisbia

Vuelve a Sevilla don Juan Tenorio, y su padre, con la mira de separarlo de tan borrascosa vida, intenta casarlo con doña Ana Ulloa, hija de don Gonzalo, Comendador de Calatrava; pero como la dama hubiera entregado su corazón al Marqués de la Mota, camarada de aventuras de don Juan Tenorio, éste concibe un plan, parecido al que ideó en Nápoles, contra la fidelidad de Isabela, y procurándose una capa del Marqués de la Mota, se introduce en casa del Comendador; preséntase ante doña Ana Ulloa, la que al verlo y conocer sus designios, pide socorro, acudiendo el anciano Comendador, a quien dió muerte para lograr su evasión. Perseguido por la justicia, abandonó a Sevilla para trasladarse a Lebrija; detiéndose en Dos Hermanas, en ocasión de celebrarse la boda de unos aldeanos; enamórase al punto de la novia y acto seguido la engaña y abusa de su candor. Torna a Sevilla, acogiéndose al seguro de la Iglesia de San Francisco, para ponerse a salvo de la acción judicial; y al contemplar la tumba del Comendador, muerto a sus manos, entre chanzas y risas lo convida a comer, citándolo a una casa de su pertenencia, que dedicaba a sus trapacerías; a la hora señalada llaman a la puerta, el criado va presuroso a abrir y vuelve presa del más profundo espanto; don Juan Tenorio, sin perder la serenidad, abre la puerta y dice:

DON JUAN.—¿Quién sois?

LA ESTATUA.—Soy yo.

DON JUAN.—¿Quién sois vos?

LA ESTATUA.—Soy el caballero honrado,
Que a cenar has convidado.

DON JUAN.—Cena habrá para los dos.

Sientanse a la mesa don Juan y la estatua de piedra, a quien aquel hace el plato, sirviéndole de beber, y para alardear de su buen humor y de su carácter temerario e indomable, pregunta al extraño huesped si como alma del otro mundo ha menester de sufragios. La estatua, en justa reciprocidad, invita a su vez a don Juan a cenar la siguiente noche en el panteón que ocupa en la Iglesia de San Francisco el cuerpo inanimado del Comendador, aceptando don Juan, que, puntual, comparece a la cita, encontrando como mesa la caja mortuoria, en la que figuraban a guisa de manjares asquerosos reptiles, servidos por enlutados esqueletos. Don Juan presentóse altivo; y como al estrechar la helada y mármorea mano de la estatua del Comendador notáse los efectos de un fuego interior que le devoraba, desenvaina la espada, con la que, briosamente, acomete a aquellos espectros, cayendo muerto sobre la tumba del Comendador.

Es difícil concebir un personaje novelesco de conducta más odiosa que la del «burlador de Sevilla», y sin embargo la obra que produjo el soberano ingenio de Tirso de Molina es de una belleza incuestionable, aún cuando adolezca de defectos, que la crítica ha señalado con imparcialidad, y que en parte perdió al refundirla don Antonio Zamora en los comienzos del siglo XVIII, reproduciéndola después don Dionisio Solís en la comedia titulada «No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague o el Convidado de piedra.»

Lo mismo que se ha dicho de la comedia de Tirso, hay que decir del popular drama de Zorrilla. Nada tan aborrecible como el don Juan Tenorio que nos pinta este inmortal poeta, personaje abominable que se jacta de sus liviandades en los siguientes términos:

Por dónde quiera que fui
La razón atropellé,
La virtud escarnecí,
A la justicia burlé
Y a las mujeres vendí. . etc. etc.

Bien es verdad que la refundición de Zorrilla presenta defectos garrafales, hijos, en su mayor parte, de la inexperiencia del autor, que en sus mocedades, en plazo perentorio y sin la madura reflexión de los años, escribió en versos admirables, sonoros, musicales, cadenciosos, esa obra dramática, que ha obtenido, sin disputa, el éxito más colosal de cuantos se han alcanzado en España durante la última centuria; drama escrito en una rica variedad de metros, que van desde el ovillejo a la décima, y en el que

resulta altamente interesante la figura cristiana de doña Inés, que salva al libertino, calavera y sacrilego don Juan Tenorio, escalador de conventos y raptor de monjas accidentadas.

El argumento de Don Juan Tenorio será disparatado, absurdo, inmoral; pero la forma poética en que la fábula se contiene, esto es, la parte literaria propiamente dicha de la obra, es de una belleza suprema. Por eso se salvó el drama, siendo el que más número de representaciones ha conseguido en España y América desde el año 1844, en que se estrenó, hasta la fecha.

El mismo Zorrilla, en su leyenda poética titulada «Margarita la Tornera», nos ofrece una nueva personificación del galanteador don Juan Tenorio, en aquel otro don Juan de Alarcon, taimado, valiente e impio que

Arrinconaba a un maestro
Tirando a la espada negra,
Y dicen que fué a Consuegra
A desafiar a un diestro;
Y sacándolo a reñir
Matóle y tomó a su dama,
con lo cual creció su fama
Lo imposible de decir.

Don Juan de Alarcon, que valiéndose de infames perfidias sedujo a Margarita la Tornera, alma pura y cándida, que no teniendo ni remota idea de los peligros y acechanzas del mundo, por el apartamiento en que siempre había vivido de todo trato social, cayó en el lazo que arteramente le tendía aquel joven irresistible, osado y corrompido, prototipo del violador. Don Juan de Alarcon es una nueva encarnación del tradicional don Juan Tenorio, que a pesar de su depravación, parece haber tomado carta de naturaleza en el país del arte literario.

Espronceda, en su bellísimo cuento denominado «El Estudiante de Salamanca», erige en protagonista a un don Felix de Montemar, que es como el alter-ego de don Juan Tenorio, personaje descreído, cínico, vicioso, que admira, sin embargo, por su arrogancia y bravura.

Siempre el insulto en los ojos,
En los labios, la ironía,
Nada teme, y todo fia
De su espada y su valor.
Corazón gastado, mofa
De la mujer que corteja,
Y, hoy despreciándola, deja
La que ayer se le rindió.

Este atropellador de doncellas hace también sucumbir a doña Elvira.

Bella y más pura que el azul del cielo,
Con dulces ojos lánguidos y hermosos,
Donde acaso el amor brilló entre el velo

Del pudor que los cubre candorosos;
Tímida estrella, que refleja al suelo
Rayos de sol, brillantes y dudosos,
Angel puro de amor que amor inspira
Fué la inocente y desdichada Elvira.

La verídica historia del ilustre mayorquín Ramón Lull, conocido por Raimundo Lulio y después de su regeneración con el sobre-nombre del Doctor iluminado, fué antes de su conversión una especie de don Juan Tenorio por el desenfreno de sus pasiones. Enamorado de doña Blanca de Castello, dama casada y de irreprochables costumbres, llegó en su osadía a profanar un templo, entrando en él a caballo en seguimiento de aquella señora, para reiterarle su pretensiones, en ocasión de hallarse la doña Blanca de Castello orando. Sorprendida ella de tal atrevimiento y escandalizados los fieles de audacia tanta, concibió al punto la dama un plan que sirviese de escarmiento a quien la ofendía con sus locas pretensiones. Para llevar a cabo su propósito concedióle una cita en su domicilio; acudió a ella Raimundo Lulio, creyendo haber conquistado el afecto de su adorada, y en el acto de la entrevista; doña Blanca de Castello, descubriéndose un pecho, le enseñó una llaga cancerosa que padecía, produciendo la vista de la repugnante úlcera el efecto que la dama se propuso. Raimundo Lulio retiróse del mundo, consagróse a la vida mística y al cultivo de las ciencias y escribió obras admirables en todos los ramos del saber humano, estando reputado como uno de los sabios más insignes del siglo XIII.

Ese episodio de la vida de Raimundo Lulio, que no parece sino que ha sido tomado de las escandalosas aventuras de don Juan Tenorio, suministró tema al gran poeta Núñez de Arce para uno de sus más viriles cantos en los «Gritos de Combate», en que el mismo Raimundo Lulio da cuenta de su sacrilego acto, en los inspiradísimos tercetos, que seguidamente transcribimos, en los que se refleja el vigoroso genio del eximio poeta:

Haciendo de mi amor público alarde,
Por las calles de Palma te seguía
Una tarde de Abril. ¡Que hermosa tarde!
El sol su excelsa magestad hundía
En el seno del mar, con sus fulgures
Arrebolando el término del día.

.....
Todo inspiraba al corazón ardientes
Y tenaces deseos; todo amaba,
Auras y flores, pájaros y fuentes.
En árabe corcel. que levantaba
Nubes de polvo al estampar su huella
Y el duro freno indómito tascaba,

En pos de tí, que pudorosa y bella
Recatabas la faz, con paso lento,
Iba yo a impulsos de mi negra estrella

Recordé con furor tus esquivaces,
Sentí en el corazón la mordedura
De la sospecha ruín, una y mil veces,
Y descompuesto ciego, en mi locura
Al inquieto corcel piqué la espuela
Para alcanzar por fuerza mi ventura.
Tú, como el ave que azorada vuela,
Lanzaste un grito de terror, el grito
De la honrada virtud que se rebela.

Cuando de pronto, alzándote del suelo,
Hacia una iglesia gótica cercana
Avanzaste veloz, clamando al cielo.

Y yo ¡insensato!, con horror lo digo,
Provocando de Dios el justo fallo
Al bruto indócil apliqué el castigo;
Hizo sonar su endurecido callo
En las losas del atrio, y de repente
Dentro del templo me encontré a caballo.
Lo que entonces pasó, no habrá quien cuente:
Sé que al verme llegar pálido y fiero
Corrió sordo rumor entre la gente, etc. etc.

De los anteriores razonamientos y citas literarias se desprende, como lógica consecuencia, que la inmoralidad de las acciones y la depravación de los hechos, que se atribuyen a los protagonistas de memorables obras poéticas, no empece en lo más mínimo al fin primordial del arte, que consiste en la realización genuina de la belleza; de donde se sigue, que los conceptos de belleza y de bondad no son complementarios el uno del otro, y por tanto no es de rigor que coincidan ambos en la obra de arte. Puede, en verdad, una acción inmoral realizar la belleza, si un ingenio de la alta inspiración de Tirso de Molina, de Espronceda, de Zorrilla o de Núñez de Arce, se encarga de darle forma estética, y en cambio el más moral, religioso y edificante de los argumentos en manos de un Comélla resultará siempre una monstruosidad literaria.

Para realizar el fin estético del arte, basta engendrar belleza; pero si la producción además de bella es moral, se aquilatará con una excelencia más, que ciertamente no sobra, pero que en puridad tampoco hace falta para conseguir la misión estética que al artista, como tal, le está confiada.

La ciencia investiga la verdad; la ética cultiva y depura los principios morales, y el arte está llamado, estrictamente, a producir la belleza, sin que para llenar cumplidamente su fin peculiar y concreto tenga que invadir la esfera de otras disciplinas filosóficas. El arte docente y transcendente, cuando no descuida los fines primordiales de la belleza, es de relevante mérito; pero cuando pospone la forma estética al fondo didáctico o ético, degenera y pierde su carácter típico.

Los más insignes pintores y escultores han prescindido siempre del fin ético de sus creaciones. El cuadro de Chantron, titulado «Biblis», representa a la hija de Mileto en completo estado de desnudez. Aquella joven poseída de una pasión incestuosa hacia su hermano Cauno le manifiesta sus lúbricos deseos; él horrorizado huye, pero es perseguido por ella, quien en su carrera cae rendida en medio del campo, en cuya situación la representa el artista, ostentando la interesante figura de «Biblis» las más espléndidas formas corporales.

«Borgia se divierte» es un cuadro de Garnier, en el que se presenta a Alejandro VI sentado a la mesa con su amante Rosa Vanozza y su hijo César, mientras un grupo de siete jóvenes desnudas forman un corro, dando vueltas para distraer con sus danzas al lujurioso anciano, que contempla extasiado las escitantes morbideces de aquel coro de bellezas.

En la «Leda» por Bramtót, se contempla desnuda a la encantadora ninfa en el momento de ser seducida por Júpiter, convertido en cisne para realizar su engaño.

«Danæ», «Venus y Adonis» de Ticiano, el «Despertar de la Bacante» de Ibrais, la «Venta de esclavas» y «Friné ante sus jueces» por Gérôme, obras pictóricas que no sobresalen por la moralidad del asunto, haciendo caso omiso de notables producciones artísticas existentes en los museos reservados, son una prueba concluyente de que el arte tiene vida y finalidad propia, sin que necesite del auxilio de otras ciencias que de la estética.

En escultura entran como principales elementos la actitud, la expresión y el movimiento. El arte clásico sobresalió por la actitud, esto es por la posición de las figuras, que se elegía de manera que favoreciese la belleza corpórea; y es fama que Praxiteles, para esculpir su «Venus», valióse de no pocas hetairas griegas, que le sirvieron de modelo y de las que escogía aquellas partes del cuerpo que más encanto y atractivos ofrecían, coordinándolos después el artista para sintetizarlos en su portentosa estatua. En cambio, los modernos escultores ponen todo su empeño en la expresión o gesto de las figuras. Pero como quiera que sea, las obras más admirables del arte escultórico débense a Fidias, Praxiteles, Lisipo, Policleto, que inspiraron sus creaciones en el más culto naturalismo, hasta el punto de no haber nada comparable a la belleza purísima de la forma griega, a pesar de no encontrarse en aquellas gallardas manifestaciones del

genio pensamiento alguno abstracto, porque ni la fé, ni la esperanza, ni la caridad, ni el extasis tenían cabida en los antiguos ideales, y sin embargo, a la altura de aquel arte, tenido por materialista, en vano intentará rayar la moderna escultura.

Hay más. Toda concepción artística, como regulada por los principios estéticos, ha de ser enteramente libre y por tanto no admite más limitación que la que se desprende de las condiciones de su esencia. La belleza no puede tener más contraste que la fealdad formal. Si existiera oposición entre lo bello y lo bueno, si hubiera antagonismo entre lo hermoso y lo inmoral, la ética vendría a formar parte de la estética y las producciones artísticas no tendrían por término de su extensión los confines de la belleza, sino que quedarían circunscritos o aprisionados en los más estrechos moldes de la moral, y esto sería atentatorio a la libertad del arte, que es indiscutible en buenos principios estéticos.

Por vía de corolario sentaremos, para terminar este somero estudio redactado en brevísimos días, la siguiente conclusión: las creaciones más geniales del arte han sido concebidas con independencia de toda regla o traba y sin más limitaciones que las trazadas por el buen gusto del autor; porque consistiendo el arte en la representación de una idea bella, vivificada por el sentimiento, el artista, con las galas de su imaginación, va labrando a un mismo tiempo el pensamiento y la forma de sus producciones con libertad omnimoda, si bien obrando siempre bajo la superintendencia de la razón, que no puede menos de ser la suprema guía en todas las concepciones humanas, para librarlas del escollo, de lo absurdo, de lo irregular y de lo deforme.

En suma, toda producción artística debe tener por único juez al severo crítico, nunca ni en ningún caso al rígido moralista.

Luis Valeriano y Castillo

Córdoba 16 Junio de 1906

Este trabajo, que permanecía inédito, se publica ahora en homenaje a su autor.

La calle de Luis Valenzuela

La vida que aparece tan corta, cuando se ha vivido, y que con perspectivas tan dilatadas y tan bellas, se nos ofrece desde la niñez, prometíanos en los días felices del Instituto, regido por don Victoriano Rivera, integrado por don Francisco Javier de Ceinos, don Patricio Palacios, don Juan Moreno Anguita, el secretario don Rafael Barbudo y otros graves varones, inspeccionado en sus pasillos, patios y escaleras por los bedeles Piñón y Peluca y recluido a la sombra de las cosas antiguas, alojados en el fantástico caserón Palacio de los Bañuelos, en aquella plaza tan breve que tenía algo de entresijo de la Córdoba histórica...; la vida henchida aún del calor y de la santidad de las caricias maternas, prometíanos a un puñado de muchachillos incontables bienandanzas para la nación. Libertad, prosperidad, justicia. España volvía a ser grande y Córdoba, en nuestra ambición, marcharía por la posta a un apogeo fantástico. Eran aquellos muchachillos alumnos de tercero o cuarto años del bachillerato, Julio Burell, José Sanchez Guerra, Luis Valenzuela, Antonio Terrova, Martín Barrios, Vasconi y Aros, y el que esto escribe; a ratos estudiantes, rabonistas algún día de excursión y curioso camino de la sierra o por las ruinas y antiguallas urbanas, y ya en aquellos tiempos periodistas, redactores de una publicación semanal. Córdoba ya tenía su chimeneón. En sus campañas empezábase a ensayar la maquinaria agrícola y los abonos, gracias en gran parte a las enseñanzas y al ejemplo de don José Rodríguez, profesor de Agricultura del Instituto.

Había terminado Zugasti su labor de aseo social, y *Torresno* vagaba aún rústico y socarrón por calles y plazuelas. Del paseo del Gran Capitán existía el arranque, las primeras trescientas varas (aun no prevalecía el sistema métrico) sobre el solar del antiguo convento de San Martín, y no quiero callarme este recuerdo: encaramado a guisa de tribuna, en una de las piedras a medio labrar de las que habían de ser asientos del paseo, Julio Burell se nos reveló a los de la pandilla, a los pocos días de llegar de su pueblo, recitando magistralmente unas estrofas revolucionarias de cierto poeta montillano, con aquel énfasis oratorio petulante, mezcla de candidez y osadía, que fué el rasgo más persistente de su espíritu. Ya llevábamos aunque tan niños, en el fondo de nuestros corazones la idealidad legendaria española, y la milagrosa historia de la ciudad. Séreca, Lucano, Acisclo y Victoria, los

Abderramanes, Averroes, Almanzor, San Fernando, la casa de Aguilar, Gonzalo de Córdoba, Góngora... Más también llevábamos los anhelos renovadores de la época, del momento. Casi todos los días había tumultos y pequeños motines en las calles, y las almas infantiles se metían gustosas al impulso vago que empujaba a una vida libre de las trabas históricas. Pepito Fernández y el padre Cordobita, las gentes de la Sierra con sus trajes tan típicos como los que se encuentran hoy en escasos rincones de las provincias de León, Cáceres o Salamanca; las romerías, las ferias, y en tiempo ordinario la calma de lugarón en que Córdoba vive desde hace siglos. Esto era para nosotros la realidad cordobesa.

Pero los entudiantillos, llevábamos en nuestros corazones como un compuesto de ciudad metrópoli semejante a la legendaria, y a la vez nueva y gloriosa, como aurora de abril contemplada desde las ermitas. Para cuando fuésemos hombres barbados como los profesores, como los políticos que lanzaban a cada instante y desde cualquier tribuna alados discursos, como los caudillos que llegaban mandando tropas en un diario ir y venir de regimientos y de cuerpos francos o voluntarios, los sucesos habrían llegado a madurez tal, que en poco tiempo veríase con nuestro propio ímpetu, y nuestras propias manos, realizadas las ilusiones. Mucha industria, muchas chimeneas para hacer compañía al solitario chimeneón. El Guadalquivir canalizado hasta Córdoba, próspera la agricultura, modernizada la ciencia de las Escuelas del Califato, una magnífica Universidad, poetas, filósofos, artistas, oradores, abundancia, riqueza, el espíritu señoreando la vida de una Córdoba tan grande y bella como para glorificar en sí a la Patria toda.

Todavía me parece posible la realización próxima de tal programa; tan grande, tan fascinadora era nuestra ilusión. El destino es como un huracán que dispersa nuestras vidas. Aquel impulso provinciano de idealidad y de romanticismo, es en Madrid donde ha conducido a la cumbre de la política y de la gobernación de España a José Sánchez Guerra, y el mismo que estimuló a Burell, arrebatado tan a deshora por la muerte. Y fué Luis Valenzuela quien empleó, quien gastó en su ciudad natal y para provecho y gloria de ella, todo el tesoro de las ilusiones infantiles desmesuradas por su grandeza.

Cordobeses, poned a una de vuestras calles el nombre de don Luis Valenzuela, que ejerció la abogacía con el criterio de un verdadero jurisconsulto, profesó la política como maestro de altas ideas y de severa, honrada y noble conducta; y abarcó con su pensamiento todos los caracteres históricos, artísticos y sociales de la ciudad, siendo al morir el más noble ornamento de ella, pues hasta la conformidad senequista con que aceptó en la última época de su vida la bancarrota de los idealismos que fueron el alma de los de su generación, hubo de ostentar la nota más característica del alma cordobesa, el estoicismo.

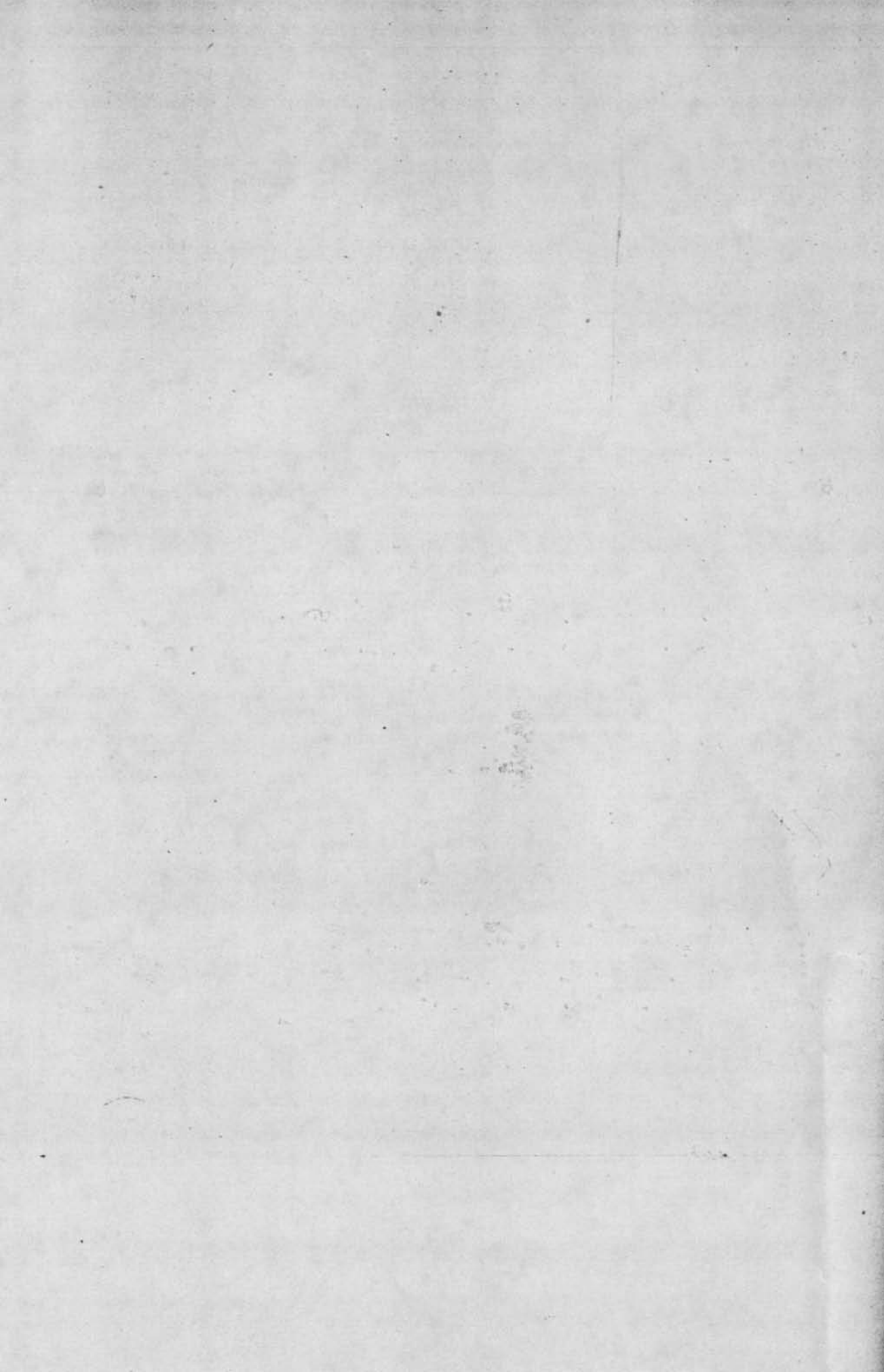
Cuando Luis Valenzuela se persuadió, lleno de amargura, de que Córdoba

no había de ofrecerle el campo de acción con que soñara en su juventud, recluyóse en sí mismo, en su robusto y noble corazón de cordobés, en su Córdoba amada, en su biblioteca en fin, y los libros que adquirió en las postrimerías de su vida, y los trabajos históricos literarios que dejó inéditos, demuestran que transformó en el silencio de su hogar las ilusiones de acción política transformadoras de Córdoba, en un culto desinteresado y fervoroso de la grande historia de su ciudad, y de la misión que a ésta le está reservada en un cercano porvenir. Honrando la memoria de don Luis Valenzuela, se ofrece a la niñez y a la juventud cordobesa, el más alto ejemplo de moralidad y de ciudadanía.

FRANCISCO ALCÁNTARA

«La Voz» 27 mayo 1922





Una explicación de la anomalía del color de las componentes de algunas estrellas dobles



Es un hecho de observación, constantemente repetido y confirmado en la práctica, que la mayor parte de las estrellas dobles que forman sistema físico, es decir, cuyos componentes están ligados entre sí por los vínculos de la gravitación, girando una alrededor de la otra, o dicho con más exactitud, girando ambas alrededor de su centro común de gravedad, ofrecen la particularidad, considerada como una anomalía inexplicable, que el matiz de la luz emitida por la estrella satélite, por la de menor masa, y que en su movimiento revolutivo describe la trayectoria de mayor radio, corresponda a radiaciones de menor longitud de onda que la emitida por la estrella principal; de tal modo, que al paso que la luz de la primera ofrece tonalidades verdosas, azuladas o violáceas, la de la segunda presenta un matiz amarillento, anaranjado o rojizo.

Este fenómeno, casi constantemente repetido en la inmensa mayoría de las estrellas físicamente dobles, o múltiples en general,—pues las que como *rho* de Ofinco, Rigel o *beta* de Orion, *xi* del Boyero, *23 m* de Orion, y algunas otras que forman excepción de la regla, son poco numerosas, y casi siempre de muy escaso brillo—, parece compaginarse mal con las ideas admitidas hoy por la ciencia astronómica, sobre la evolución estelar, y está considerado como una contradicción entre las predicciones de la teoría y los resultados de la observación.

En efecto, si como actualmente admite la Astrofísica, el color de las estrellas está íntimamente relacionado, no sólo con su edad relativa, sino también con su temperatura, consecuencia esta última de aquella, de tal modo que el matiz rojo o anaranjado representa en la evolución sidérea, temperaturas relativamente bajas, y una edad más avanzada que el blanco o el azulado, que corresponde a la juventud estelar y a las más altas temperaturas; en los sistemas dobles, la estrella satélite, cuya masa necesariamente es más pequeña que la de la principal, puesto que gira a mayor distancia del centro grávido común, ha debido evolucionar más rápidamente que su compañera, y estar por consiguiente más cercana a la vejez, emitiendo, como consecuencia, radiaciones de mayor longitud de onda: es

decir, que al contrario de lo que se observa, el color de la estrella principal debería ser blanco o azulado, mientras que la estrella satélite debería lanzar destellos amarillentos o rojizos.

Pero dentro de las ideas actualmente admitidas en la ciencia de Urania, creemos que puede explicarse fácilmente el hecho que nos ocupa, desapareciendo, por lo tanto, el aparente antagonismo entre la realidad observada y las predicciones de la teoría.

Las estrellas, esos luminares del espacio que con destellos de inefable pureza tachonan durante la noche la bóveda del firmamento, no son de ninguna manera un término inmutable y definitivo en la naturaleza, sino un estado intermedio en la evolución general del universo; el tránsito entre la nebulosa y el astro frío y oscuro, habitable o habitado; soles encargados de repartir luz y calor por el espacio infinito, y de regir con su poderosa atracción los movimientos de los astros de menor masa y más envejecidos que los circundan. El examen detenido y atento de los cambios de naturaleza y composición de las radiaciones que emiten al espacio, a medida que van evolucionando con el transcurso del tiempo, recorriendo en la sucesión de los siglos las diferentes etapas de nebulosa negra, nebulosa brillante, estrella gigante, estrella enana y astro frío, dan a nuestro parecer la clave y la explicación de la aparente anomalía observada en el color de las componentes de algunas estrellas físicamente dobles.

En efecto, un cuerpo cualquiera, que por elevación progresiva de su temperatura, llega a hacerse luminoso en la obscuridad, no emite desde el principio y de una vez radiaciones complejas de todas las longitudes de onda posibles, sino que empieza por las más largas—ya Draper lo demostró experimentalmente hace muchos años—, es decir, por las correspondientes al rojo y al anaranjado: poco a poco, y conforme la temperatura se va elevando cada vez más, al propio tiempo que las primeras aumentan de amplitud, y por consiguiente intensidad, van apareciendo nuevas radiaciones de ondas cada vez más cortas, hasta completar la serie de todas las visibles; y la luz emitida, que empezó por un matiz rojizo, y después fué recorriendo una gama de diversas tonalidades, llega al blanco deslumbrante en cuanto la temperatura alcanza a un cierto límite, y la amplitud vibratoria es igual para todas las longitudes de onda. Si después, aún sigue creciendo progresivamente la temperatura, empiezan a disminuir las amplitudes de las ondas largas, que finalmente acabarán por anularse, pasando las máximas amplitudes vibratorias a las ondas cortas; y la luz emitida por el cuerpo recorre otra nueva escala de matices sucesivos, hasta llegar al violado, correspondiente a las más altas temperaturas, de treinta mil y de cuarenta mil grados, medidos por Nordmann en ciertas estrellas azules, para seguir después con radiaciones invisibles a nuestro ojo, como las actínicas, los rayos X, etc., etc.

El estudio comparativo de los espectros estelares, en relación con el tamaño y la naturaleza de la estrella observada, con su temperatura y con su constitución, ha hecho pensar a los astrónomos, que en consecuencia con lo que enseña la experiencia de Draper, antes citada, sobre la correlación entre el valor de la temperatura y la clase de radiaciones emitidas por los cuerpos luminosos, la luz de las estrellas recorre dos veces y en sentido inverso la gama espectral, a medida que avanzan en su evolución, pasando dos veces, al principio y al fin de su vida estelar, por los matices rojo y anaranjado.

Sigamos la marcha progresiva de la evolución sidérea, partiendo de una nebulosa oscura y fría, de dimensiones fantásticamente colosales, como las que abundan en el borde exterior del inmenso conjunto lenticular de soles y sistemas que forman nuestra galaxia.

Constituídas de protomateria primordial, caótica y aún no diferenciada en elementos químicos, probablemente de electrones aislados e independientes unos de otros, la atracción newtoniana aún no ejerce acción alguna sobre ellas; por eso, como lo demuestran las observaciones y las precisas medidas de M. Campbell, director del observatorio de Lick en California, en estos últimos años, caso insólito y sin precedentes, permanecen fijas y sin movimiento alguno en el espacio: aún no son materia en el sentido que para nosotros tiene de ordinario esta palabra, pero sí el germen de ella; el caos primordial anterior a la creación, de que nos habla el Genesis.

Pero algo nuevo, y para nosotros desconocido por ahora y quizás por siempre, se produce en la masa informe anterior, que convierte en materia lo que antes sólo era su germen: los dispersos electrones se agrupan y reúnen en torno de una carga eléctrica positiva, formando átomos; primero de los gases más elementales, como el hidrógeno, el helio y el nebulio, ya sujetos a la gravitación, y más tarde algunos otros, de átomos más complejos. Componiéndose las atracciones combinadas de los demás cuerpos materiales de otros sistemas y de otras galaxias, le comunican un movimiento de avance y otro de rotación, muy lentos al principio, pero que la acción de los siglos harán aumentar de valor. El naciente gravismo de los átomos recién formados, concentrados en el centro de la masa total, determina su contracción progresiva; el creciente calor desarrollado por el trabajo mecánico de contracción, va poco a poco elevando su temperatura hasta hacerla luminosa en la obscuridad; y la nebulosa, aún informe y caótica, como la de Orion, por ejemplo, es ya visible por sí misma en el espacio: débiles destellos de una luminosidad rojizo anaranjada con cambiantes verdosos en partes, anuncian tímidamente su nacimiento a la vida estelar, pues de constitución aún exclusivamente gaseosa, su poder emisor, tanto para las radiaciones caloríficas como para las luminosas, es excesivamente débil.

Pasa el tiempo, transcurren los siglos, y la creciente contracción de la nebulosa, que sigue progresando bajo la acción de su gravismo interno, no sólo acelera y uniforma su movimiento rotatorio conforme el volumen disminuye, sino que regulariza su forma general, que poco a poco llega a hacerse sensiblemente esférica: la nebulosa ha pasado a ser una estrella roja. Su escasa densidad, y su volumen, que aún es enorme, la colocan en la categoría de las estrellas rojas gigantes, como Betelgense de Orion, y Antares del Escorpión.

Pero la contracción no se detiene, sino que sigue avanzando con el tiempo, y el calor desarrollado, aún muy superior al perdido por radiación al espacio, eleva más y más la temperatura de la nueva estrella; las vibraciones moleculares son cada vez más ámplias y de mayor rapidez; y como consecuencia la tonalidad del color de la luz emitida, va cambiando progresivamente, y recorriendo una escala de matices, hasta completar la gama espectral, predominando las amplitudes de las ondas cortas. La antigua estrella roja ha pasado a ser una estrella azul de hidrógeno y helio.

Un paso más. La enorme cantidad de radiaciones violeta y ultravioleta, con su poderosa acción actínica, determinan numerosos estados críticos acompañados de fuertes tensiones eléctricas, en los que excitadas las que pudiéramos llamar afinidades inter-electrónicas, se generan nuevos elementos químicos—los más refractarios—que al estado de vapores incandescentes quedan incorporados a la masa total. En estas reacciones de nueva especie, reacciones intra-atómicas, de una nueva Química, la Química atómica, completamente desconocida aún para nosotros, que sólo sabemos algo de la Química molecular, pero que los modernos descubrimientos sobre la radiactividad; parece que van dejándonos entrever, se desprenden formidables cantidades de energía en todas sus formas, a costa quizás de parte de la materia que se desintegra, como supone J. Perrin en una reciente hipótesis sobre la causa del calor solar. Los nuevos elementos formados, de átomos ya más complejos y por lo tanto más pesados, disminuyen las amplitudes de las ondas cortas, uniformándolas en toda la gama espectral; y la estrella ha entrado en la categoría de las estrellas blancas, como Vega de la Lira, y como Sirio del Perro mayor.

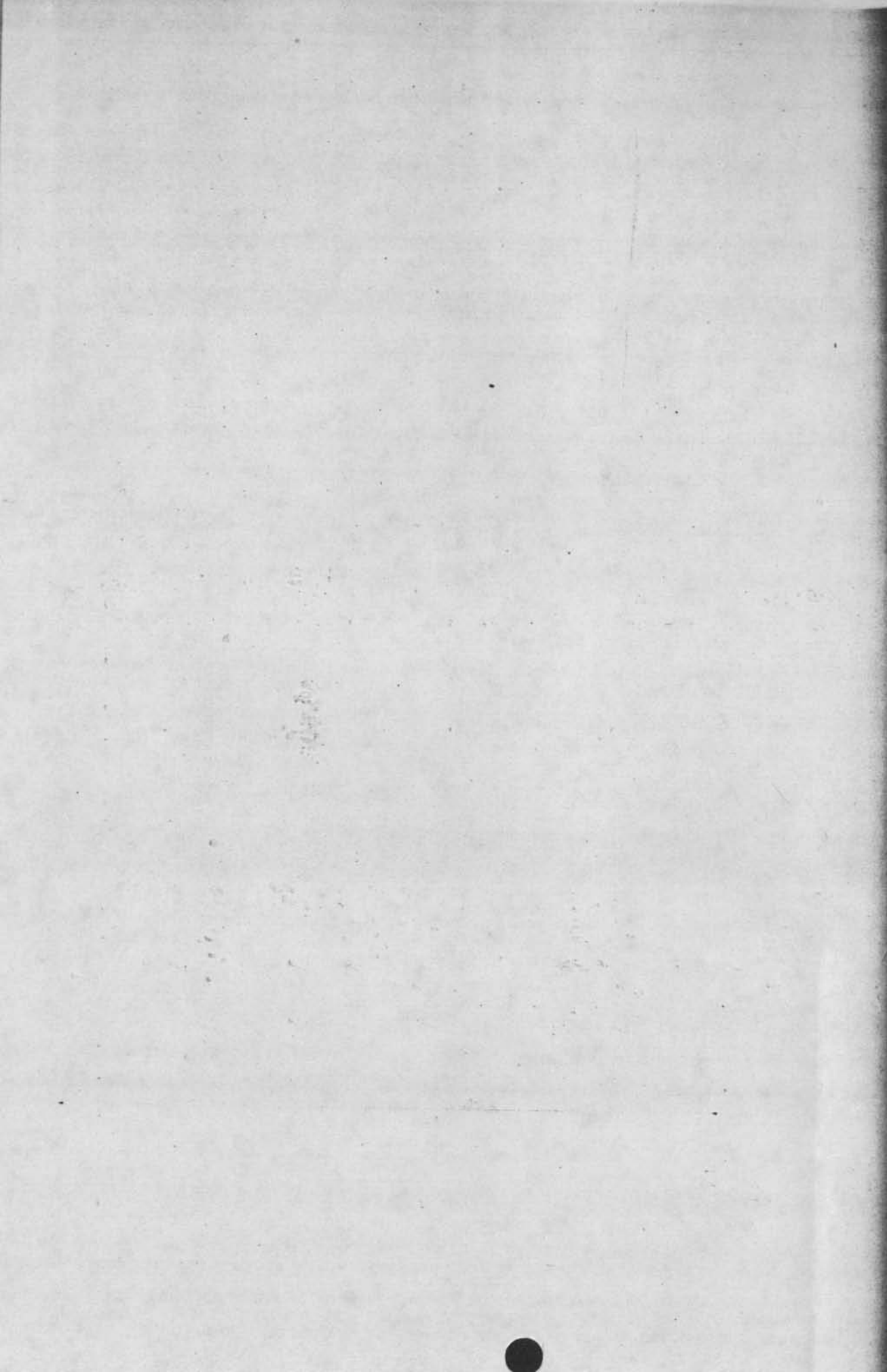
La rápida contracción del principio se hace ahora más lenta cada vez, y con ella el consecutivo desarrollo de calor, que ya no puede compensar el perdido por radiación; el tiempo y los frios del espacio, cumpliendo su obra niveladora, hacen descender la temperatura en la región periférica del astro; las primeras combinaciones de átomos para formar los compuestos más refractarios empiezan a iniciarse; y aparece una fofosfera compuesta de partículas líquidas y aún sólidas incandescentes en estado pulverulento. El poder emisor que antes casi no existía es ahora cada vez

mayor, y con él la pérdida de calor por radiación al espacio; pérdida que no estando ya compensada por la rápida contracción anterior, hace descender más y más la temperatura. La estrella que fué gigante, es ya una estrella enana de fuerte densidad, como nuestro propio sol, como la Cabra del Lechero, o como Procion del Perro menor.

El enfriamiento progresivo, más acentuado cada vez por el mayor poder emisivo de las capas exteriores, hace aparecer las primeras manchas fotosféricas marcando el principio de la vejez de un sol, que entra en una larga fase de estrella variable de largo periodo. Las vibraciones moleculares rápidas, aminoran su amplitud primero y se anulan después, y la luz emitida recorre ahora un ciclo inverso al que recorrió al principio, haciéndose amarillenta y anarajada, y finalmente rojiza, como al principio; pero ahora ya, marcando la decrepitud y la muerte de la vida estelar, y el nacimiento a la vida planetaria: porque en el universo entre los soles, como en los mundos entre los seres que los pueblan, la disolución de una generación entera es el manantial de vida de las venideras; nada se crea ni nada se destruye, sino que todo evoluciona y se transforma; hasta que el que todo lo sacó de la nada, a la nada lo haga volver, desapareciendo para siempre, lo que nombramos sin saber lo que es, la materia, el tiempo y el espacio.

¿Que son pues esos sistemas estelares dobles o múltiples en general, en los que las estrellas satélites de pequeña masa y de color azul o verdoso gravitan alrededor de estrellas principales de mayor masa y de color rojizo o anaranjado? Estas la vida estelar que empieza, aquellas la vida estelar en la plenitud de su energía; que por su menor masa evolucionaron más rápidamente y llegaron más pronto a la plenitud de su desarrollo, mientras que las otras viven más despacio, tardan más en avanzar en su evolución, pero también tardarán más en morir; que ni la juventud ni la vejez dependen tanto del tiempo que se ha vivido, como del tiempo que resta por vivir. Cada año, al llegar la primavera, se cubre el campo de multitud de flores que ostentan todos los colores y todos los matices del arco iris; son débiles plantas herbáceas de tallos delicados y hojas de esmeralda, que nacieron pocos meses antes, y en poco tiempo llegaron a la plenitud de su desarrollo; pero que una vez cumplida la misión que trajeron a la vida, una vez madurado el germen que ha de perpetuar la especie, al llegar el verano languidecen y mueren; mientras que la encina secular de robusto tronco leñoso y de ramas retorcidas, que nació muchos años antes, pero que creció y se desarrolló más despacio, sigue viviendo y dando frutos años y años, hasta que ella también, sucumba a su vez a la acción del tiempo implacable, que todo lo nivela, y que a nada ni a nadie respeta, ni a los reyes ni a los mendigos, ni a los mundos ni a los soles.

RAFAEL VÁZQUEZ AROCA



Anotaciones sobre minerales y rocas de la Provincia de Córdoba

Segunda nota. Cordubita, nuevo mineral?

En la visita que con motivo del importante descubrimiento prehistórico hecho por el señor Carbonell realizaron con éste y con los señores ingenieros de las obras del Pantano del Guadalmellato los señores Hernández Pacheco, del Museo Nacional de Ciencias Naturales e individuos de esta Real Academia de Ciencias de Córdoba, a la estación prehistórica de Alcolea, recogí unas muestras de un mineral que al primer examen, sospeché pudiese ser aragonito, especie no citada para la localidad en la bibliografía mineralógica, interesante, por tanto, y digna de la comprobación que me propuse en este hallazgo.

Está representado con bastante profusión este mineral en los vanos u oquedades que a trechos no distantes entre sí aparecen en los cortes practicados con motivo de las obras del canal en el cruce con el Arroyo del Tamujal en paraje de la Valenzoleja del término de Alcolea, y a distancia aproximada de un kilómetro de la estación del ferrocarril; datos que coinciden con los de la expresada estación prehistórica. El terreno, como ya se señala en el interesante informe de los señores Carbonell, La Puente y Rodríguez Díaz relativo a aquellos descubrimientos prehistóricos, está constituido por la caliza margosa, floja y removida en estos depósitos, considerada por los geólogos en general como helveciense, y provista de variados y abundantes restos fósiles.

En estos vanos u oquedades, pequeñas vías abiertas al parecer a la circulación de aguas superficiales se alojan formando costras o masas informes aplastadas porciones pétreas blancas patinadas de un matiz ferruginoso que no pueden considerarse como concreciones si se atiende a su aspecto alabastroideo y su textura exterior bajo una apariencia irregular y finamente mamelonar determinada por indicios de aglomeración cristalina tal vez provocados por la acción corrosiva de los agentes acuosos. Tanto en la superficie, así provista de su patina ferruginosa, como en la fractura fresca, se perciben acá y allá a la lupa pequeñas facetillas reflejantes desprovistas de contorno alguno que pueda dar idea de formas cristalinas sus-

ceptibles de reconocimiento geométrico. La masa es débilmente traslucida en los bordes de las delgadas esquirlas.

La dureza es superior a la del mármol e inferior a la de la fluorita. La densidad a $+ 15^{\circ}$ determinada por el método del frasco sobre fragmentos poco mayores que un grano de trigo es para dos muestras distintas de 2'5157 y 2'5751, respectivamente.

Mediante el análisis cualitativo he reconocido en este mineral la presencia del anhídrido carbónico, el calcio, el estroncio y tal vez muy pequeña porción de bario, algo, muy poco de sílice alúmina y hierro férrico que procede de la pátina amarillenta expresada. Por la reacción del nitrato cobaltoso, se observa que al menos parte del carbonato cálcico se halla al estado de aragonito.

El mineral se ataca tumultuosamente por el ácido clorhídrico concentrado o diluido, dejando un residuo blanco constituido por granillos de sílice, que rayan el vidrio y se volatilizan completamente calentados con fluoruro amónico, dejando solo trazas ligerísimas de hierro soluble en ácido clorhídrico caliente dando solo una coloración rosada con el sulfocianato potásico (hierro). Una dosificación de sílice soluble en el ácido clorhídrico ha dado 0'05%. En dos determinaciones de la sílice total hechas sobre dos muestras distintas he hallado 0'31% y 0'51%. La dosificación en junto de la alúmina y el óxido de hierro me ha dado en un ejemplar 1'04%. Hay indicios de cloro.

No existen el ácido sulfúrico, la magnesia ni el ácido fosfórico. Tampoco existe el manganeso. Resultados negativos he obtenido también en la investigación del litio (exámen de la coloración de la llama mediante la mezcla de bisulfato potásico y fluoruro calcico), del boro (con el mismo reactivo y mediante la reacción del éter etil-bórico,) y de los metales del grupo del cesio (reconocimiento al estado de oxalatos).

Me ocupa actualmente el análisis cuantitativo completo. Pero las investigaciones cualitativas y las dosificaciones hechas bastan a considerar este mineral como un carbonato cálcico de la especie del aragonito al menos en parte, más no predominante, como parece deducirse de la débil densidad antedicha, además de la presencia del carbonato estroncico. Hay mezcla de cuarzo en pequeña proporción variable y una pequeña cantidad de un silicato atacable por el ácido clorhídrico que pudiera ser una zeolita.

No constituiría un caso único esta asociación de calcita y aragonito de que tenemos un ejemplo en la *erzbergita*, asociación estalactítica de estos dos minerales dada a conocer por, E. Hatle y mencionada por L. J. Spencer, (1) en cuyos depósitos concurre esta circunstancia, pues es sabido que

(1) *A (third) list of new mineral names*. Mineralogical Magazine, Vol. XIII, n.º 62; pg. 363-381 Dec. 1903.

existen otros casos de esta mezcla.

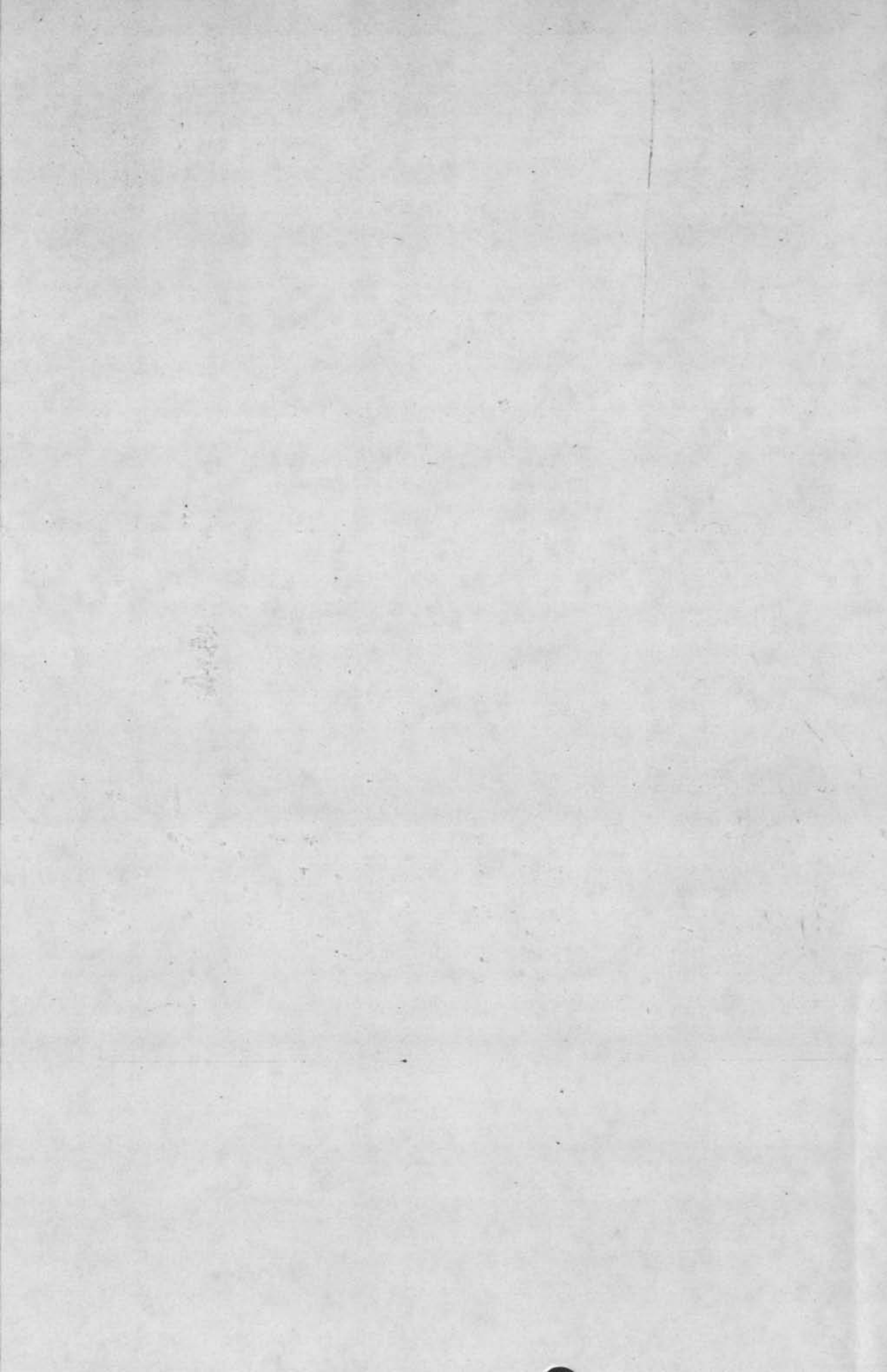
La pequeña densidad de los ejemplares examinados ofrece un interés particular. Para el aragonito se ha dado desde luego una densidad más elevada: 2'9—3 (Tschermak); 2'927 (Biot); 2'931 (Haidinger); pseudomorfo de yeso, de Wiederstadt, en masa, 2'984 columnar de Nerlschinsk (Siberia) 2'854-2'855; estroncianífero radiado del liásico de Gerfalco (Toscana) 2'884. Desde luego la estroncianita ofrece una densidad más elevada de 3'605—3713, 3'8 según Ischermak, y aún la calcita de su parte tiene en casi la totalidad de sus distintas variedades mayor densidad que la del mineral de Alcolea (2'508—2'778) (Dana); 2'7213—2'7234 (Beudant); fibrosa, lamelar y estalactítica 2'70—2'72 y según Breithaupt 2'666—2'677 para la *reichita*, calcita pura de Alston Moor en Cumberland.

El exámen microscópico de una sección delgada parece dar la explicación de esta baja densidad. En el campo de la preparación se ve una masa formada por individuos alotriomorfos formando haces entrelazados cuya orientación parece afectar una disposición muy vagamente radiada en torno de poros o espacios vacíos irregularmente distribuidos en aquella, que aloja pequeños granos redondeados de cuarzo. El exámen en luz polarizada paralela muestra individuos alargados dotados de dos direcciones de extinción normales entre sí, una de ellas paralela al alargamiento de los cristales, no observándose sección alguna totalmente extinguida, en comprobación de los caracteres ópticos propios de los cristales del sistema rómbico.

El conjunto de estas observaciones e investigaciones me ha resuelto, aún a reserva del resultado del análisis cuantitativo emprendido, a considerar este mineral no ya como una especie nueva, pero sí como una variedad típica de los yacimientos que aparecen en Alcolea y se extenderán quizá mucho en el Helveciense de Andalucía, y que por su composición, y estructura que creo propia de los yacimientos de incrustación, y densidad particular baja, es susceptible al menos provisionalmente de la denominación especial propuesta en el epígrafe de esta nota.

F. DE CHAVES Y P. DEL PULCAR





Medina Zahira

Una Córdoba desaparecida y misteriosa

Prologuemos

I

Saliendo de Córdoba por la Puerta de Sevilla, o recorriendo la ribera del Guadalquivir por su margen derecha abajo, se divisan, no lejanos al Cementerio de la Salud, unos restos de murallas y torreones, linderos de la Huerta de Maimón o de Marimón, y que durante bastantes siglos han constituido un problema y un misterio para los cordobeses y para los historiadores de Córdoba.

Toda la construcción es de tapial, sin que se vea obra de mampuesto ni cantería alguna sobre la superficie de la tierra. La muralla debía ser amplia y fortísima, y contiene el desnivel o escarpe que por ese lado presenta el terreno, cercana ya la ribera.

Por esa disposición, y aunque los restos de muralla sean hoy bien escasos, la disposición de la misma ha constituido como un amplia balconada sobre el río y sobre el pago de huertas que se alinean a lo largo de la ribera, que dá motivo a paisajes y horizontes entre los más bellos que se pueden disfrutar en los alrededores de Córdoba.

La existencia de estos trozos de murallón y torreones, decimos que ha sido un misterio, que persiste hoy todavía, para cuantos eruditos o indocitos, han tratado de inquirir su fundamento e historia.

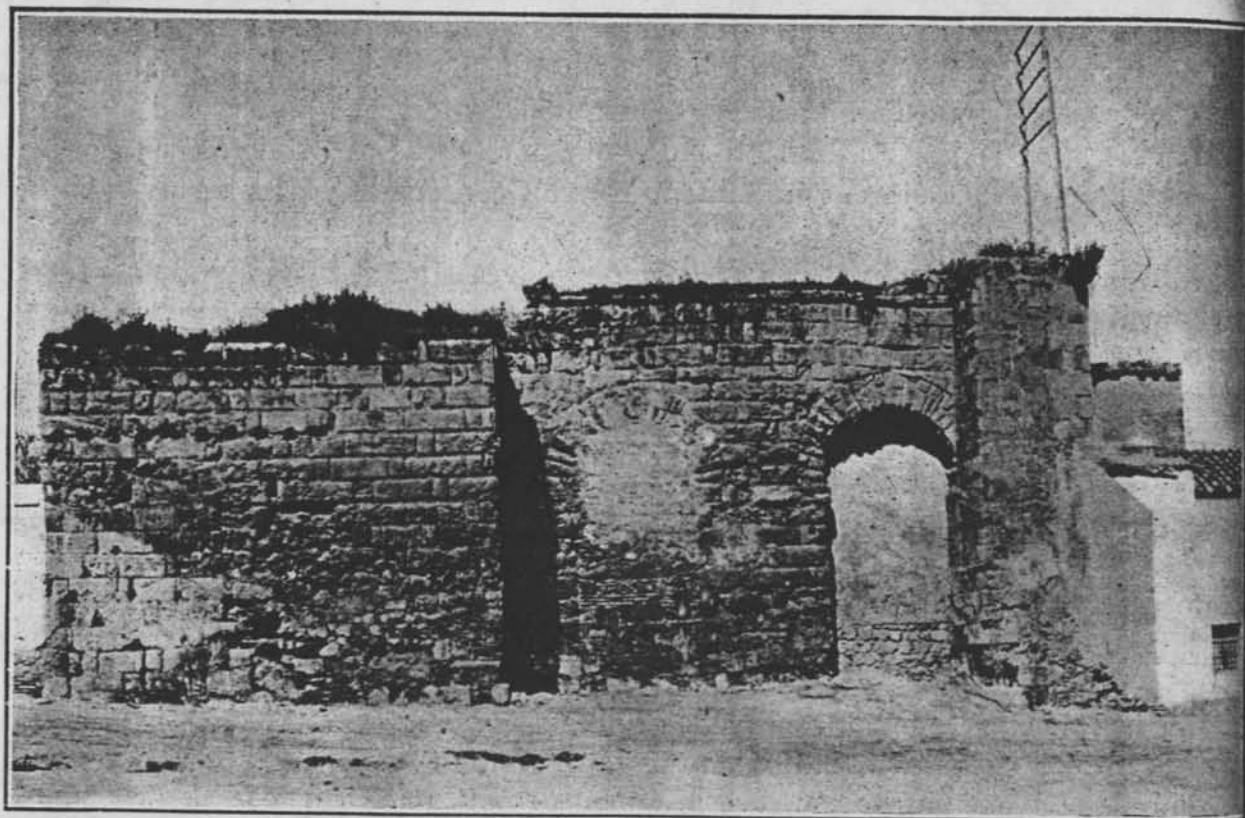
Sobre los mismos, puesto que no se ha tenido una referencia autorizada o documental concluyente, ni aún remota siquiera, se ha fantaseado a más y mejor, y basta leer cualquier escritor o historiador cordobés sobre todo de los siglos XVIII y XIX, para ver cuanta historia vulgar, tradición o conseja tiene su asiento en esos carcomidos restos de murallas de la

Huerta Maimón que el sol y el agua van deshaciendo en polvo con que tejer el inmortal sudario de los siglos.

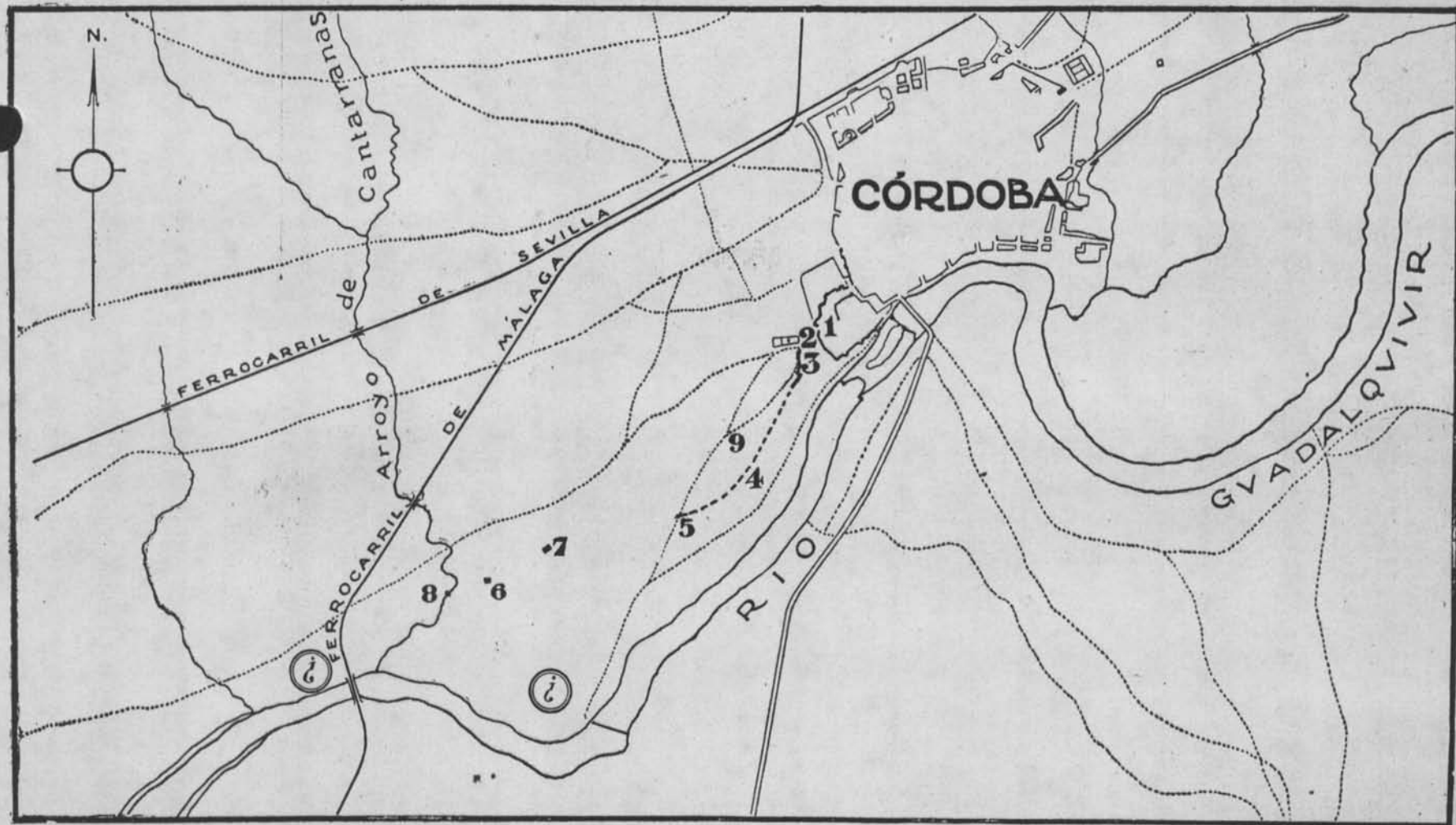
Nuestros escritores de estos últimos siglos, han querido que esos destrozados restos de murallas fueran los de la Córdoba primitiva, anterior a la invasión romana, la Córdoba ibera, sin tener para ello prueba histórica ni arqueológica alguna.

Nosotros mismos recordamos, en nuestras iniciaciones históricas y arqueológicas, oyendo a sesudos varones de la ciudad, que esta opinión ha sido la tenida más en boga, siguiendo aquellas opiniones escritas, y esos restos, de impenetrable mudez, han llegado a nuestros días anónimos y huérfanos, y aún alguna vez hemos pensado, desde cualquier colectividad más o menos arqueológica, verificar alguna excavación en esos cerros que coronan el Cementerio de la Salud, pensando que encontraríamos rediviva y resucitada una Córdoba ibérica con sus idolillos, sepulturas y falcatas que, cual nueva Numancia viniera a contarnos la historia ignorada y viviente de aquellos lejanos antepasados cordobeses.

Pero hemos visitado detenidamente los restos de murallas, en una hermosa e inolvidable tarde de fines de febrero de 1924, en compañía de los



Restos actuales de la Puerta de Sevilla. (La doble arcada, tan discutida por los arqueólogos, sirve, según la hipótesis más verisimil, para unión de la muralla con la torre albarrana que aparece desmochada, dejando paso al Arroyo del Moro.



1. Puerta de Sevilla 2. Avenida del Cementerio de la Salud, donde fué cortada la muralla. 3. Restos aparentes de muralla bien conservada en el trozo de la Huerta Maimón. 4. Indicios de Muralla. 5. Ultimo trozo aparente de muralla al cruzar el camino junto a la Huerta Valladares. 6. Cañito de Mari-Ruiz. 7. Alberca árabe fotografiada. 8. Puente árabe fotografiado. 9. Hazas llenas de cascote. ¿Probable emplazamiento de Medina Zahira según Velázquez,

notables arqueólogos don José de la Torre y don José María Rey Díaz.

Y ha sido opinión del primero, que ha tiempo viene intrigado por los murallones de la Huerta Maimón, que los mismos son murallones árabes de la decadencia, ya de fines del siglo X o del mismo siglo XI. Este distinguido arqueólogo y queridísimo amigo, ha recorrido los restos de murallas que de manera más o menos ostensible, pero indudable para la fina perspicacia de un investigador, continúan hacia poniente, en una extensión de un kilómetro y medio aproximados, hasta llegar a la Huerta de Valladares.

También me decía que por allí existen restos de un puente árabe, de gran pompa arquitectónica, y un gran albercón también de esa época todo ello reconocido por él, y el actual arquitecto municipal interino señor Hernández. Todo ello convidaba al estudio del interesante problema.

Y aunque sólo incipientes balbuceos se puedan proferir en el asunto, ya que tanto sesudo escritor ha fantaseado sobre el mismo, permítase a este novel en letras y aficionado en historias fantasear también sobre los misteriosos murallones de la Huerta Maimón.

II

Viejas opiniones

Sánchez de Feria, en su «Palestra Sagrada», al hablar en un Apéndice al tomo cuarto titulado «Antigua descripción de Córdoba», dice lo siguiente:

«Digo, pues, que se deben distinguir dos Córdobas, Córdoba la antigua, y Córdoba la que fundó Marzelo. La primitiva y antiquísima Córdoba, cabeza de los pueblos túrdulos, y habitada por aquellas remotísimas gentes, que poblaron a España, y la que socorrió a Cartago contra Roma, estuvo situada a la parte occidental de la Córdoba existente sobre la orilla del Río en la parte Occidental del Muro presente, donde está la Huerta del Alcázar. Tomaba el muro antiguo por la Huerta de Marimón Río abaxo, cortando por la Alameda del Obispo hasta el Molino de Casillas. Esto era el muro antiguo meridional. Por el Córtillo, que llaman del Alcaide, y a el Caño de Mari-Ruiz cortaba el muro occidental, buscando los Llanos de la Albaída; pero sin llegar a ella, y desde aquí subía la Muralla cerca de la falda de la Sierra por baxo de la Arrizafa, y detrás de la Huerta de la Reyna, comprendiendo el Campo de la Merced, hasta dar en la Puerta del Rincón, que es el Muro Septentrional antiguo, y a trechos en todo él, se descubren sus cimientos de Almendrilla antiquísima. Desde la Puerta del Rincón estaba el Muro Oriental, en el mismo sitio, que hoy el Occidental por las Puertas del Osario, Gallegos, Almodóvar y Sevilla.

Esta era la famosísima, y antiquísima Córdoba, y en sus cercanías por

la parte del Poniente tenía varios Pueblos, y Aldeas en lo que decimos Córdoba la Vieja, Cortijo de el Castillo, Villa-Rubia, las Cuevas, Aguilarejo, y otros sitios mas donde hoy se ven los rastros de sus Edificios, cimientos, calles y otros innegables fragmentos de estas Poblaciones, que fueron Cuteclara, Seguda, Tasi, Ausinianos, y otros.

Para esta Descripción, no quiero mas pruebas que las que produce la atenta, seria, y diligente inspección, o reconocimiento del sitio, y ambito, que comprehende el Muro delineado.

No hay ciertamente prueba mas concluyente, ni más innegable, que los rastros, que ineblemente dexan los edificios: estos fragmentos son un testimonio, que no pueden desmentir quantas cavilaciones quieran oponerse: es imposible disimular, ni los siglos pueden destrozarse de tal modo una Ciudad, que esta no se dé a entender en sus cimientos, piedras, calles, empedrados, texas, ladrillos, y todo lo demás, que la misma vejez no pudo ocultar.

Sobre este principio tan irrefragable solo apeteceré yo, que los Curiosos me acompañasen en el reconocimiento de todo el ambito del sitio delineado, que en su extensión es de una grande Ciudad: él sólo prueba quanto puede desearse, sin dexar duda al más escrupuloso.

Primeramente el Muro antiquísimo, fábrica de Fenicios, aun se mantiene en pié en la Huerta del Maimón, arrancando su cimiento con una leve flexión desde la punta de dicha huerta mas baxa casi sobre el rio, y el Muro en que descarga la Huerta del Alcazar: este Muro (que he dicho está en pié en la Huerta Marimón) descubre su cimiento todo aquel Pago de Huertas, hasta la de Valladares, que hoy goza mi hermano Fray Juan de Feria, Trinitario Calzado: y es digno de advertir, que todo él estaba sobre el Rio, que entonces corria mucho mas acá desde el que se dice Molino de las Tripas.

Atrabiesa la Madre Vieja por el sitio, donde están aquellas Hazas, y Huertas, y todo aquel donde están la Alameda, Jardines, y Arboleda del Señor Obispo: de modo, que el lugar que hoy tiene esta deliciosa, y nobilísima Hacienda, que decimos Alameda del Obispo, es la madre antigua del Rio, como lo es también parte de las huertas, que están en frente por donde baxa el Muro.

En este sitio de la Alameda, su Palacio, y parte de las Huertas dichas no se descubren cimientos, ni rastro alguno de edificios, sino que su suelo es de tierra limosa, y arenosa, como Madre antigua del Rio, que caminaba por allí pegado casi a la Ciudad antigua.

Todos estos sitios de las Huertas están llenos de texas, jarros, ladrillos, cimientos, piedras labradas, pozos, edificios subterráneos, cañerías y otros mil géneros de rastros.

En la Huerta de Marimón, y las que le siguen con las hazas, que están

por cima de ellas, es esto muy notable, y jamás se ha profundizado algo, que no se encontrasen algo de estos cimientos, y piedras de edificios, que yo he visto.

En la de Valladares, es esto mucho más notable y en las Hazas por cima se han descubierto ya debaxo de tierra unas piezas, o salas anti-
quísimas.

Sobre este sitio caen [varios como nacimientos de agua, que son aque-
ductos antiguos perdidos.

En los Llanos, que hay desde la Huerta de Valladares hasta Casillas, que son tierras del Obispo, y la Huerta de la Arrizafilla, y demás allí junto: en estos llanos, digo son innumerables los descubrimientos de piedras labradas, que estos años hizo la curiosidad laboriosa de don Gregorio Perez Pavía Presbítero, Beneficiado de Montoro, Mayordomo, y Thesorero del Iltmo. Señor Obispo Don Martin de Barcia.

Este cavallero ha hecho cabar en varios sitios por aquei espacio con motivo de obras, que por su dirección se han hecho en la Alameda, su plantío, cerca, y construcción del Palacio, y se ha sacado una inmensa multitud de piedras labradas muy grandes, y aún queda sembrado de ellas todo el terreno a poco trecho de profundidad.

Caminan los rastros después cerca del Molino de Casillas por el Cortijo del Alcayde hasta la Hacienda, que dicen del Higuerón, con tanta abundancia de fragmentos, y cimientos, que pareciera increíble si no se huviera examinado, siendo también notable, que a estos sitios baxan muchas Ataxéas, y Cañerías perdidas de la parte de la Sierra, que son claramente las aguas de la antigua Ciudad y de este modo girando azia la Albayda, y torciendo después azia los Olivos que llaman BÓRRACHOS, se encierran en este ambito muchas tierras de labor, Huertas, y otras Posesiones, ocupado todo su terreno de texas, ladrillos, pozos, piedras labradas, y otros mil rastros de la Población.

Mas acá en la Huerta de los Cipreses, la de la Marquesa, la de los Castros & todas ellas estan sembradas de estos fragmentos, y sus cercas son innumerables piedras labradas anti-
quísimas, que manifiestan haver estado poblado aquel sito.

Poco mas abaxo en el camino, que vá a Almodóvar se descubrió este año un grande edificio arruinado con unas piedras muy grandes labradas.

Las Hazas inmediatas a la Salud estan descubriendo cada día multitud innumerable de estas texas, y otros rastros.

En el Naranjal, que llaman de Almagro están muy notables los cimientos antiguos, y otros rastros, y acercándose a Córdoba en las Eras de la Salud, cuyo terreno se ha levantado menos, se descubren cada día muchos pozos de las casas de cuya clase es el de la hermita, y en la Haza de la Huerta del Rey he visto este año uno recién hallado, y con muchos frag-

mentos de edificios sepultados.

Pero lo principal es, lo que descubren los arroyos: estos con la excavación, que en su madre van formando las aguas, descubren en sus paredes innumerables texas, cañerías, ladrillos, piedras labradas, cimientos, y otros residuos de la población: con especialidad el Arroyo de la Salud, que ha profundizado su madre mucho, es un espectáculo curiosísimo: es tanta la abundancia de fragmentos, de edificios, ataxeas y otros, que causan admiración.

Subiendo, pues, desde las Huertas de los Castros por baxo de la Albayda en aquellos Caminos, y Hazas, son innumerables los rastros de la vejez: ha pocos meses vi descubierto un pozo de casas en medio de una Haza de estas más arriba.

Por baxo de la Huerta de la Reina se ven muchos cimientos del Muro antiguo, y todo aquel parage con muchos rastros de edificios.

Esto mismo es más notable en el Barrio de los Texares, y el de la Merced.

He sido prolixo en esta descripción, porque ella es tan eficaz argumento, que hace evidente la existencia de Córdoba en este sitio, y como el pensamiento es nuevo, poco advertido de los nuestros, y que causará novedad, he querido hacer esta individuación, para que quede en la memoria de los hombres.

Sin que se deba omitir el expresar más, lo que obiamente hemos dicho (esto es) los antiquísimos rastros de aqueductos, que baxan de la sierra a este sitio: son a la verdad tantos, tan copiosos, y tan raros, que no dexan duda alguna regaban una Ciudad como Córdoba: notándose, que ninguno de ellos dirige su curso a Córdoba la existente: desde las Haciendas, que dicen del Caño de Mari-Ruiz en la punta Occidental de la antigua Ciudad hay muchas Huertas, y Fontanares con aguas conducidas de la parte de la Sierra, que hoy sirven a estos predios: muchas hay perdidas, cuyos acueductos se descubren a cada paso.

Otras hay, que en todos los llanos, que hay por aquella parte, las aguas atascadas, y perdidas, forman en sus quiebras varias lagunas, que estan patentes a todos los que hicieren el reconocimiento, desde la Córdoba presente, hasta una legua de distancia por la parte Occidental, de que hablamos, y el Camino, que vá a Córdoba la Vieja.

Por todas estas razones juntas se hará ver como innegable, que esta fué la población primitiva de Córdoba, la que habitaron los primeros Pobladores de España, e inmediatos a Túbal, la que sin memoria de hombres siempre aparece famosa, ilustre, y magnífica, cuando comienza a nombrarse: la que habitaron tantas naciones, hasta que las dominó Roma, y al fin la que comenzó a ser el objeto de mayor estimación al Pueblo Romano desde que al año de 548 de Roma el Grande Scipión sujetó a la Bética. Y aun que en el de 549 se le revelaron los Reyes Indibilis y Mandonio, Prin

cipes en esta Provincia, volvieron a dominarla los Romanos con muerte del primero, quedando Córdoba como centro de la Provincia, destinada habitación de los Pretores.

Esta antigua Córdoba es la verdadera Córdoba la Vieja, y no la que con este nombre se denomina hoy. De este rastro tan oculto para los más nació la equivocación de los que afirmaron su primitivo asiento en la Dehesa de aquel nombre, que no está lejos de la Córdoba Vieja, y sólo dista de su punta occidental como una milla, de modo, que los Conquistadores de Córdoba sabían, que por aquella parte de el Poniente había estado Córdoba, y a todo aquel parage llamaron Córdoba la Vieja. Desde la conquista se hallan escrituras que nombran a Córdoba la Vieja; pero no debemos creer ser esta la Dehesa así nombrada, sino toda aquella tierra por baxo de Córdoba. Con el tiempo se fué repartiendo, y dividiendo el terreno en varias suertes, y heredades, dándole a cada una sus nombres, efecto de la división: quedó unido aquel largo espacio de tierra de la Dehesa del Rey, y esta se alzó con el nombre, y con él permanece. Es preciso creer que la donación, que cita el Doctor Bravo, y dice *contra Córdoba la Vieja*, no habla de la Dehesa hoy conocida con este nombre, sino de toda la tierra al Poniente de Córdoba, que es propiamente la Vieja: porque estas tierras eran Viña, y Huertas en la misma falda de la Sierra por baxo de la Arrizafa. Confirmase esto con una escritura de los Donadíos, en que el Santo Rey tomó para sí todas las tierras del Ruedo de Córdoba por la Arrizafa, y «toda Córdoba la Vieja cercada hasta la Albaida», que es la tierra del Alcaide linde de la *Alameda*, en lo que se evidencia, que Córdoba la Vieja era la que hemos señalado, y no la que permanece con este nombre.

Esta antiquísima ciudad, en que se hallan tantos rastros de su inmemorial grandeza, ya destrozada a impulsos de la violencia de los siglos, y como otra Troya, se ara, siembra, y está poblada de heredades, tenía su Puente en la punta más oriental de ella sobre el Río Betis en aquella parte, que están los molinos perdidos por cima de la Alameda poco más abaxo donde entra en el Río el Arroyo del Moro, y allí mismo desde la punta de la Muralla casi en el camino de la Huerta de Marimón, y esquina de la que vá a la Alameda se vé el cimiento fortísimo del Puente antiguo, y por allí arrimaba más el Río a la Ciudad, y en cuyo sitio, y sobre estas ruinas edificaron los Molinos, hoy destrozados».

No quiero seguir copiando estas curiosas y prolíjas opiniones, porque para nuestro intento es suficiente lo transcrito.

Esta opinión, verdaderamente importante y fundamentada para los conocimientos contemporáneos, es la que todos nuestros escritores del pasado XIX han recogido y aumentado como artículo de fé, sin más averiguaciones.

Recordamos, a este propósito, que entre la colección de originales que la Academia guarda, debidos a la pluma del fecundo escritor Don Rafael de Vida, existe uno que relata esa curiosa tradición, inventada seguramente en el pasado siglo, que, recogiéndole aquellas opiniones que vemos notoriamente expuestas en la obra de Sánchez de Fera, quiere que la etimología de Córdoba, sea *Cor, tubal*, corazón de Tubal.

Si tan graciosos dislates han podido vivir, ¿porqué no seguir fantaseando?

III

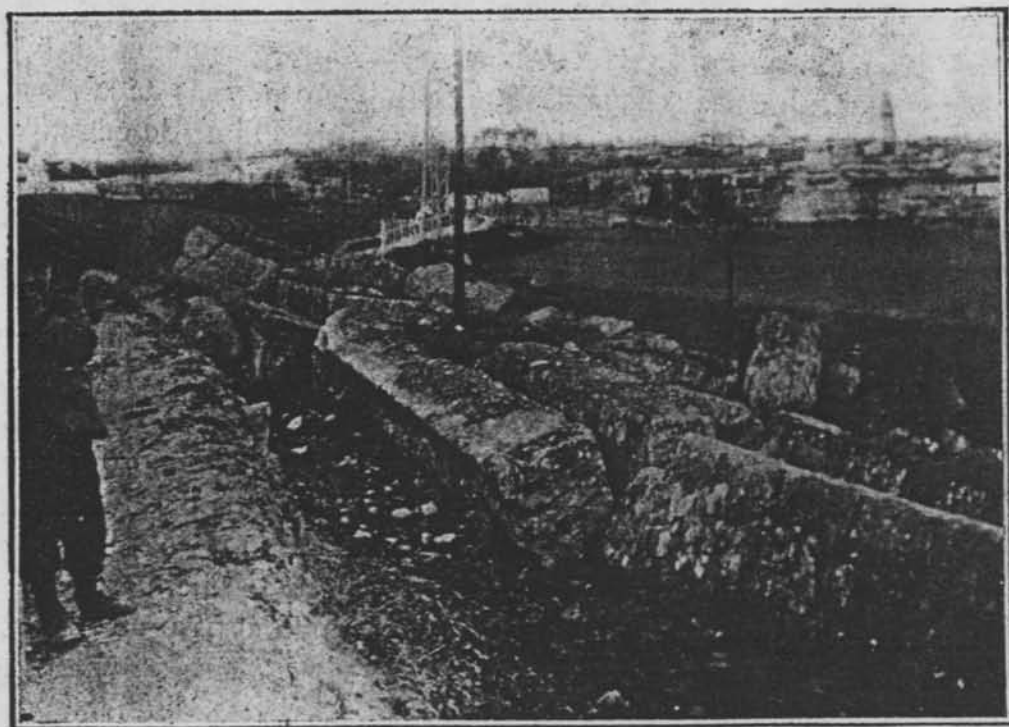
Lo que hoy queda

En el plano de Córdoba formado a expensas del Ayuntamiento en el año de 1884, están señaladas unas «ruinas de muralla vieja» junto al camino que limita la susodicha Huerta Maimón.

Esto es lo que más visiblemente queda hoy. Pero esos restos son grandemente interesantes.

Son restos de una muralla alta y potente, con torreones cuadrados a intervalos regulares, de la que en algunos sitios, bien escasos por cierto, queda seguramente hasta cerca del coronamiento.

A esta muralla y sus torreones existen adosadas dependencias rurales de la dicha Huerta, lo que hace difícil obtener buenas fotografías.



Murallón derrumbado a la entrada de la Huerta Maimón. En segundo término se ve el camino que sube sobre la muralla.

En sus comienzos la muralla va circundando el camino que en otro tiempo se llamó «Camino alto de la Alameda» y también «de Casillas», y aún en algunos trozos sobre la misma muralla monta el camino.

El empuje de las tierras de la meseta ha volcado algunas veces la muralla. Prueba de ello, patente a nuestros ojos, es la fotografía número 2, tomada desde la entrada a la Huerta Maimón, desde la cual se descubre casi todo el camino a partir del Cementerio de la Salud, con los restos del lienzo volcado, y la línea, en suma, que dicha muralla determinaba, que es la del mismo camino.

Los vestigios de dicha muralla se persiguen hacia Córdoba, por los accidentes del terreno, y restos indudables de la construcción bordeando la depresión de las hazas de la Salud. Debía cortar diagonalmente la avenida frontera al Cementerio, por cuanto al alumbrar hace dos años la atargea del pilar que allí se ha reformado, se cortó la muralla, a leve profundidad, con datos de sus dimensiones que recogió el diligente director de nuestro Museo Arqueológico señor Navascués.

Pero, ¿qué relación tenía esta muralla con la de la ciudad actual? ¿Llegaba a unirse con ella? Por los vestigios descubiertos en la dicha somera excavación parece que se dirige un poco por cima de la Puerta de Sevilla, todavía más arriba de esa doble arcada en que la línea de herradura ha motivado opiniones y discusiones arqueológicas de gran valor para la historia del arte en España.

Pero desconocemos en suma, si había relación de continuidad, o de simple contiguidad, entre la muralla que consideramos, y las de la Puerta de Sevilla y sus inmediaciones. Problema que podrá desentrañarse algún día.

Sigamos la línea de la muralla, desde esos restos aparentes y podríamos decir bien conservados de la Huerta de Maimón hacia abajo, paralelos al río.

Los restos bien pronto dejan de ser aparentes para un ojo inexperto. Pero el arqueólogo, o simplemente el fiel observador, sigue el rastro sin perder huella.

Un asomo de la construcción terriza, unos sillares en aparejo de sogá y tizón que se ven al llegar un olivar, los guijarrillos sueltos del mortero, la hierba que se mustia sobre la línea del firme, somero, y sobre todo, la línea de depresión del terreno, que en el talud hácia la ribera está contenido por esta muralla, son jalones que ván marcando el paso de ella, por tan interesantes lugares.

Verdaderamente asombra que las sonadas hazas de la Salud, tan poco conocidas de los cordobeses por estar apartadas de caminos y paseos fáciles, seán tan alegres, tan abiertas, tan apropósito para construir una ciudad en ellas.

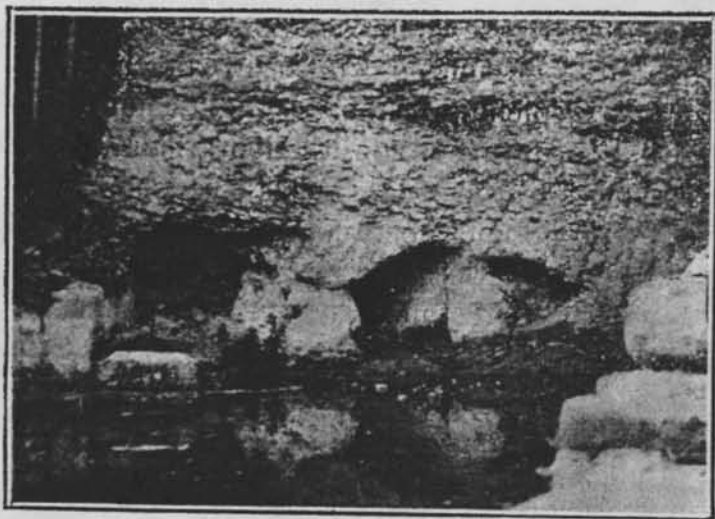
Constituyen una amplia colina, aún más hermosa y llana que la colina sobre la cual se asienta Córdoba, que para el ojo y el anhelo de un reformador son verdaderamente el más hermoso solar que se pudiera soñar para construir una Córdoba nueva. (1).

La línea de muralla se sigue bien, paralela a la linde del río, hasta la Huerta de Valladares. Corta el camino que allí baja hacia la Alameda del Obispo, y después se pierde. Ya no quedan rastros. Ya no descubre más, hoy día, el ojo más experto.

Toda la demás descripción de Sánchez de Feria, que muy idealmente recorría el perímetro amurallado de esa misteriosa Córdoba, otra Troya donde hoy se ara y se siembra, no ha dejado la menor traza.

Además, las hazas aldeañas, de ahí en adelante, ya no presentan aquella riqueza de cascote, teja rota y restos múltiples de construcción de que están materialmente llenas las anteriores.

El rastro se ha perdido. La muralla que seguíamos desde un kilómetro y medio próximamente, no aparece hoy por parte alguna.



Veneros de la Huerta Valladares aflorando al pié del murallón de almendrilla.

También será preciso esperar que nuevas investigaciones, casi siempre casuales, digan por donde seguía tal recinto amurallado, si es que alguna vez siguió, y no quedó en los linderos esbozados.

¿Se trataba de una construcción que quedó sin terminar? ¿Es que arando y sembrando las tierras se han destrui-

do los vestigios del extenso perímetro que describe o adivina Sánchez de Feria?

Si se sigue la línea ideal de la muralla, tal como la describe ese autor, la línea del río abajo, ya no se vé más muralla, pero se descubren otras cosas no menos interesantes.

Detalles de notar son en la extensión que consideramos, limitada al sur

(1). Es curioso señalar el hecho de que, en la noche de San Juan, acuden a estas hazas llenas de cascotes, gentes del pueblo con velas de color verde, a usanza mora para cavar en busca de imaginarios tesoros.

por esa muralla en ruinas, además de la riqueza del terreno en detritus constructivos, la abundancia de conducciones de agua.

Sánchez de Feria ya lo señala de manera estensible. Habla hasta de lagunas que forman los acueductos rotos y aflorados.

Donde hoy se hace más patente esta riqueza de aguas es en las huertas que constituyen ese pago que se alinea al pié de la muralla, entre esta y el río.

Todas ellas están surtidas de manantiales que vienen por viejas conducciones, o que afloran al pié mismo de la muralla, como si fueran veneros perdidos que salen al sitio más declive. Es muy notable a este particular el venero de la Huerta Valladares, del cual adjunto fotografía número 3.

También se descubrió, al hacer las obras de cimentación de la S. E. C. E. M., una espléndida conducción, de piedra, cegada, que abastecería estos lugares.

Llegamos al Cañito de María Ruiz. Es una hermosa huerta, bordeada por bonitas alamedas y abundantísima en aguas, llevadas por largas conducciones.

Y allí, en la misma casa de la Huerta, se ve un viejo torreón no sabemos si de piedra o tapial, que sirve de núcleo constructivo a dicha casa. Y frente a él, un albercón grande, espléndido, embadurnado de aquel cemento rojo que sólo los árabes ponían en sus construcciones hidráulicas.

Poco antes de llegar a esa Huerta, en una suave colina que está a unos quinientos metros de ella, existe otra bonita alberca, inservible y seca, que tiene detalles de la más graciosa construcción arábiga. El muro sur de este albercón está construido sobre arquitos de medio punto que, entrelazándose, originan unas esbeltas ojivas túmidas, muy elegantes, a cuya fiviana sombra podrían encontrar abrigo de los rayos solares del mediodía unos posibles peces de este viejísimo estanque, u otros posibles bañistas de la no menos vieja Córdoba musulmana.

Hay algo más en los alrededores de la dicha Huerta de Marí-Ruiz, tan interesante para el arqueólogo. Un puente de piedra, de clásico aparejo árabe, que cruza ese arroyo de Cantarranas que limita la finca, y cuyo eje está orientado hacia el noroeste. Puestos sobre el puente, y tendiendo la mirada adelante, se ven blanquear, al pie de la sierra, en línea recta, las ruínas de Medina Azahara.

¿Conducía allí el camino que cruzaba por este puente? ¿Qué relaciones había entre estos parajes y Medina Azahara?

El ilustre arquitecto municipal don Félix Hernández, sé que ha estudiado este puente, lo ha fotografiado y medido, y entre otras dimensiones halló la de catorce metros de anchura en el zampeado, lo que demuestra que se trataba de una vía ancha e importante.

No hemos visto más cosas. Si las hay estarán sepultadas.

En definitiva hemos visto. Una ruinoso línea de muralla desde el frente del Cementerio de la Salud, río abajo, hasta poco más allá de la Huerta Valladares, por cima de la Alameda del Obispo. Y más allá, siguiendo esta línea, un albercón, otra graciosa alberca, un puente ruinoso...

Sobre estos detalles sueltos, dejemos que la imaginación construya a su antojo, y reedifique y repueble esa Córdoba desaparecida y misteriosa.

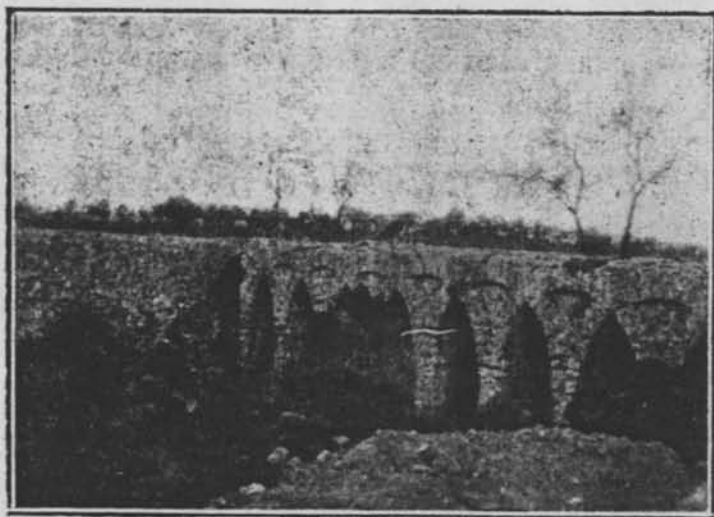
IV

Buscando solución al enigma

Desechemos por hipotética e infundada la opinión de una Córdoba, no fenicia como querían los antiguos, sino ibera siquiera, como diríamos hoy. No hay para ello ningún fundamento de ningún orden.

Todos los restos que hemos descrito, muralla desde la Huerta Maimón hasta la Huerta Valladares, y restos del Cañito de María Ruiz, como albercón, alberca, restos de torreón y puente, todo esto es claramente árabe. No lo decimos nosotros. Lo sostienen arqueólogos profesionales.

Nuestro amigo y compañero de Academia señor La Torre, opina que esas murallas misteriosas, hechas de tapial, si acaso con fundamento de sillar en sus cimientos, pero sin que el mismo sobresalga de la superficie del terreno, opina, repito, que son murallas árabes de la decadencia, del siglo XI posiblemente.



Frente meridional de la alberca árabe en tierras del Cañito de Mari-Ruiz.

En cuanto a los demás restos, su filiación árabe, el más modesto cordobés, que tantos maravillosos ejemplos tiene a la vista de tal arquitectura, no dudaría un momento en descubrirla.

Además, hacia ese Cañito de Mari-Ruiz ya se ha señalado por doctos investigadores que podría radicar la buscada, y hasta hoy perdida Medina Ahira, la potente morada del potente Almanzor, desafío del pueblo corobés y flor de un día.

Don Ricardo Velázquez, en su obra sobre «Medina Az-Zhara y Alami-

riya», publicada por la Junta de Ampliación de Estudios el año de 1912, señala, en el plano liminar, como posible emplazamiento de Medina Zahira, ese lugar del Cañito aproximadamente. No conocemos mayores datos del mismo.

Nuestros arqueólogos locales, y creo que puedo señalar, sin temor a ser rectificado, la opinión de los señores La Torre y Hernández, también abundan en aquella creencia.

Medina Zahira, en suma, aparte de otras elucubraciones, sin fundamento alguno, pudo estar donde hoy el Cañito de María Ruíz. Todos esos restos allí subsistentes, vendrían a confirmar esa sospecha que necesita, así hay que reconocerlo, más firmes fundamentos para convertirse en realidad.

Pero, ¿y esa muralla que nace en las mismas puertas de Córdoba, y se sigue hasta bien cerca de aquel sitio, y podría seguir hasta aquel mismo lugar? Esta es la incógnita.

Mi opinión es, que esa muralla es la misma de Medina Zahira.

Sé que contra ello existen argumentos, pero allá van razones.

Medina Zahira, residencia del poderoso regente Almanzor, que se hizo proclamar rey, «melic carim», no era sólo un palacio, más o menos grande, como nuestra concepción actual de la construcción se lo imagina.

Medina Zahira era toda una ciudad, como lo fué Medina Az Zhara que tuvo una población de unos veinte mil habitantes.

Oigamos los textos, más o menos originales.

Don Pascual Gayangos, en sus notas a la traducción de Al Makkarí dice: «Ningún resto ha quedado del castillo y ciudad de Azzahira, que Almanzor construyó a imitación de Azzahara. El Edrisi no hace mención de ella porque en la época en que escribía este geógrafo ya no existía..... el único historiador que da algunos detalles es En Noguairi. Por él se sabe que esta ciudad era también llamada Balis (Vélez) (1) y que estaba tan cerca de Córdoba, que habiendo ocurrido a mediodía la rebelión de El Mahdi y el destronamiento de Hixem, era allí conocida el mismo día».

El «Bayan Almogreb» dice que Almanzor eligió como emplazamiento un sitio que adquirió llamado Azzahira, notable por sus espléndidos palacios, en un punto avanzado sobre el río de Córdoba, y que comenzó la edificación el año 368 (978 de J. C.), para lo que hizo venir artistas y obreros y llevar máquinas considerables, decorando su palacio con un lujo deslumbrador. Instaló en él las administraciones y tesoros; estableció graneros dentro de su recinto y molinos en la llanura, y dió en arriendo las tierras próximas a sus ministros, secretarios, oficiales y chambelanes, los que levantaron palacios y casas considerables. Abrió también mercados para las numerosas caravanas, y el pueblo se apresuró a establecerse en

(1) Según R. Arellano, probable corrupción de Bellas o Valles.

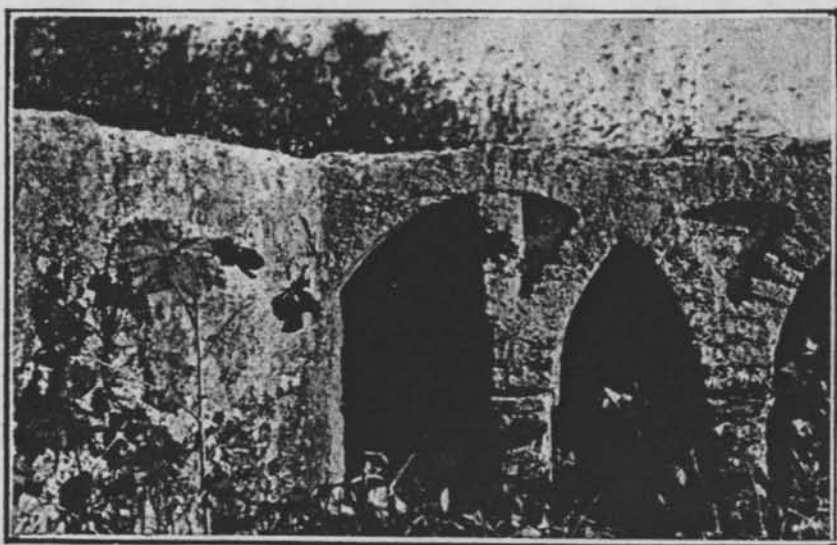
este sitio, cerca del jefe del poder, y los arrabales se unieron con los de Córdoba.

Dozy relata la fundación y destrucción de Medina Azzahira siguiendo a En Noguairi principalmente.

«Medina Azzahira, dice don Ricardo Velázquez en su mencionada obra, era no sólo un palacio, sino una ciudad, compuesta de pabellones, palacios y casas de campo, y sus arrabales llegaban hasta los de Córdoba.

Lo más concreto respecto de la situación de Medina Azzahira, continúa, es que estaba a orilla del Guadalquivir y no lejos de Córdoba, pues sus arrabales llegaban hasta los de esta ciudad y cerca también de Medina Az Zahara. En cuanto a la distancia a Córdoba, hay completo desacuerdo entre los escritores, lo mismo respecto de Medina Azzahira que de Medina Az Zahra, lo que indudablemente está motivado por los errores que los copistas han ido cometiendo».

Dice El Kartás que en 992 una inundación entró de improvísó en Córdoba, destruyó los bazares, y subió hasta Zahira la residencia magnífica del ministro.



Angulo de la alberca en detalle.

Por su parte, hé aquí lo que dice En Noguairi, el que da más detalladas noticias, en la traducción de Gaspar Remiro:

«Y cuando se le presentó la muerte (a Almanzor) recomendó que todo aquel polvo recogido fuese arrojado sobre su cadáver, al ser depositado en el lugar de su enterramiento, que fué Medina Az Zahira próxima a Córdoba».

Y más adelante, en la rebelión de Mohamed el Mahdi:

«Entre tanto la gente de Medina Az Zahira ignoraba toda la verdad del suceso (la conquista del Alcázar de Córdoba por Mohámed), y sospechaba

que se trataba de un asunto que fácilmente podría sofocar el jefe de la Almedina, hasta que supieron con toda certeza, que Mohámed había penetrado en el Alcázar y llegaron a creer que en aquella misma noche serían acometidos en Az Zahira» (Hay que tener presente que Mohámed cita a sus partidarios para la conquista del Alcázar «una hora antes de la puesta del sol»).

Sigue diciendo En Noguairi:

«Hixem escribió el documento de su dimisión y de la proclamación de Mohámed, que pasó aquella noche en el Alcázar. Los de *Bellas*, que era Medina Az Zahira no se movieron ni uno sólo, aunque constituían un numeroso contingente... Se levantó Mohámed en la mañana del miércoles, nombró canciller...

«Envió Mohámed a su primo Ben El Moguira con una tropa del pueblo, para atacar a los de Bellas; pero estos le rechazaron y pusieron en vergonzosa fuga hasta el interior de Córdoba. Más aumentó la tropa de los de Mohámed y rechazaron a aquellos hasta Bellas, en la cual penetró el canciller y fué saqueada. En esto los visires y eslavos pidieron la seguridad de sus vidas, y Mohámed accedió a su petición. Marcharon a él y aunque les reprendió duramente, luego les concedió su perdón.

«Ben Ex Xaris vino con el canciller para trasladar los valores, provisiones y armas que hubiese en Bellas cuando ya había sido arrebatado de todo ello en cantidad incalculable; pues en la noche del miércoles fueron saqueados los muchos aduares que poseían los Amiries, como así también los de los visires que estaban próximos a Bellas. Fué tal el saqueo en Medina Az Zahira que desaparecieron hasta las puertas y maderas, y con esto se trasladó el canciller a Córdoba. Pasados que fueron cuatro días, mandó Mohámed que fuera prohibido el saqueo practicado por la multitud, y se quedó sólo para trasportar lo que quiso. Y se dijo que lo que le llegó todavía de Medina Az Zahira en tres días, importó la suma de 1.500.000 piezas de oro, y 2.100.000 de plata, y aún fueron encontradas después de eso algunas orzas que contenían 200.000 piezas de oro. Por fin Medina Azzahira fué incendiada a diez días que restaban de Chumada II (19 de enero de 1009)»

¿No se vé bien a las claras por este relato la contigüidad de Medina Azahira con Córdoba?

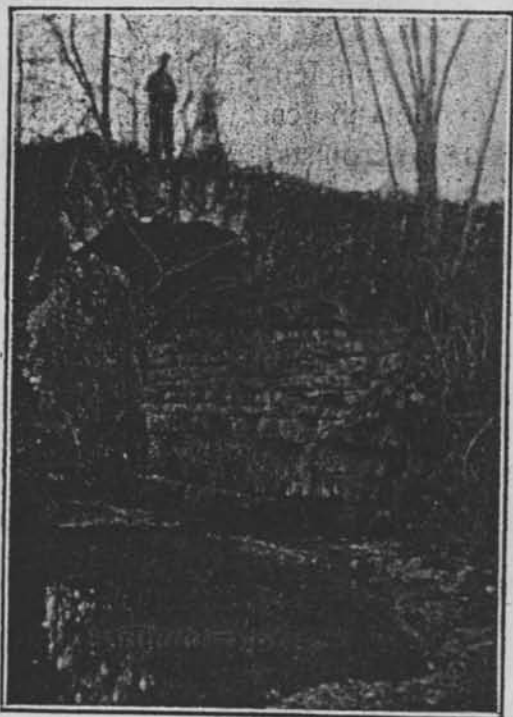
Además de esa compenetración en que vivían ambos núcleos de población, que permite a los de Bellas estar enterados de que Mohamed ha dado un golpe contra el Alcázar, habiendo sido el suceso al anochecer, están las referencias de todos o la mayoría de los cronistas, que dicen textualmente que los arrabales de Medina Azahira llegaban, o se unían con los de Córdoba.

Y para dar fuerza a todo esto, viene la opinión de Simonet, el sabio-

profesor de Granada, quien en su leyenda histórica sobre «Almanzor» fundamenta, apoyado en textos originales, que Zahira estaba al Occidente de Córdoba, en las Eras de la Salud, cuya opinión sañudamente combatida por alguno de nuestros historiadores locales (Rz. Arellano) viene ahora confirmada por toda clase de datos.

Reconstituyamos los hechos, según nuestra opinión:

Almanzor, para dar muestra de su poderío, como finalidad política, y también siguiendo la costumbre de todo magnate árabe, se hace construir en 978 una magnífica residencia de campo, a donde se traslada con su corte, la magnífica Medina Az Zahira, que se puede colocar con gran seguridad en las tierras actuales del Cañito de María Ruiz.



Puente árabe del Cañito de Mari-Ruiz.

A su alrededor, reparte tierras entre sus cortesanos, y pronto surge una ciudad de casas y palacios, cuyos arrabales llegan hasta los de Córdoba. Esta ciudad—Bellas, propiamente dicha—ocupa toda esa alta mesa de las eras de la Salud, de magnífica situación, que llega hasta Córdoba.

Esta ciudad es amurallada. Por el lado sur se pueden hoy ver las ruinas. El resto, si existió, ha desaparecido del todo.

En 988 Almanzor construye un segundo puente sobre el Guadalquivir, en el que gasta 150.000 dinares, emplazado por donde hoy el Molino de las Tripas. Debo recordar que, al reconocer las murallas de la Huerta Maimón con mi amigo el señor La Torre, en el trozo de ellas recién caído, y cuyos lienzos, desmenuzados, he

fotografiado, cree reconocer este competente arqueólogo las señales de, dos torreones casi juntos, que podrían ser de una puerta en esa muralla cuya conjetura la apoya un dato más débil aún que consiste en la observación sobre ese lienzo volcado, de un corte en bisel, que podría ser el apoyo del dovelaje de un gran arco, perteneciente a esa puerta. Pues bien, esta sospechada Puerta cae casi frente al puente que Almanzor construyó, y que también desapareció ha mucho tiempo.

Ya hemos reconstruido Medina Azzahira. Ya hemos repoblado Bellas, la ciudad de adulación y esplendor que nació a su sombra y llegó hasta Córdoba.

Esta manera, el propio palacio de Azzahíra quedaría fuera del recinto amurallado de la ciudad de Bellas ¿Por qué no? El palacio tendría su recinto propio e independiente, como lo tiene el de Medina Az Zahra, como se ve en el mismo Alcázar de Córdoba, con su doble y tal vez triple recinto amurallado.

No olvidemos que, a pesar de todos los cantos de los poetas orientales, eran estos tiempos medioevales, tiempos de sangre y fuerza, en que los tronos se guardaban tras poderosos bastiones amurallados.

Pero todo fué inútil. Sucumbió Zahira a la devastación y al incendio. Y por si era poco, no mucho tiempo después, las revueltas berberiscas, sobre todo cuando en los años 1011 a 1013 próximamente Córdoba está sitiada durante cerca de dos años por las hordas africanas, asolan y destruyen todos los alrededores de la ciudad. Si algo quedaba de Zahira, entonces fué acabado de arrasar.

Es entonces cuando Medina Az Zahra sufre también los horrores del saqueo y el incendio. Todos los núcleos de población cercanos a Córdoba son entonces arrasados, dicen la mayoría de los cronistas.

La misma capital vé de cuando en cuando siniestras luminarias en su propio recinto. En esos incendios se evaporaba para siempre la gloria que sobre Córdoba acumularon los califas Omeyas, de inmortal memoria.

Y de Zahira, de Bellas sólo quedó un suelo de cascote, que, cual nueva Troya se ara y se siembra, y un viejo murallón arruinado que el sol y el viento van deshaciendo en polvo con que tejer el inmortal sudario de los siglos.

VI

Al rumor de unos sonos orientales...

En la espléndida Zahira, muestra vana del poderío de los hombres, Almanzor reunió el lujo, la opulencia, el poder y los tesoros de su época.

Una corte de poetas aduladores y asalariados cantaba sin cesar las magnificencias de Almanzor, de quién recibían ricos presentes por sus bajas cortesanas.

Más de cuarenta parásitos vivían cantando las glorias de Almanzor, y a la cabeza de ellos Said, traído de Bagdad, era el adulador más cumplido. Así cantaba las maravillas de Zahira:

«... esa fuente que corre sobre mármoles tersos y resplandecientes y que derramándose en el prado lo fecunda y hace florecer. Tú la mandaste brotar, y se levantó lanzando copioso raudal. En derredor plantaste alineada una arboleda frondosa y florida, que ostenta hojas de plata cuando sus frutos son de oro...»

En cierta ocasión, este poeta favorito hizo una petición a Almanzor.

«¿Qué deseas?». «Que entre mi esclavo Cafur». «Pues, bien, que entre si te place», contestó Almanzor.

Cafur era un negro gigantesco que penetró en la estancia con un traje hecho de cuadros de colores, y remendado como el de un mendigo.

«¡Pobre hombre,! exclamó Almanzor, ¿por qué le pones esos andrajos?»

«Son las bolsas de dinero que me has regalado, señor, contestó Said, con las cuales he podido vestir a un hombre de la estatura de mi esclavo».

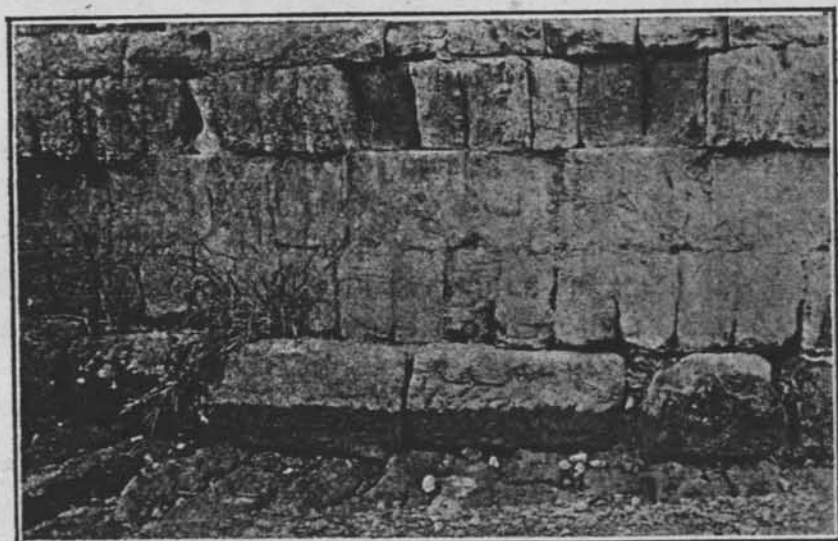
Sonrió Almanzor la adulación y ordenó que se le entregaran nuevos presentes.

Otros poetas cantaban así el esplendor de Zahira:

«Aventaja el palacio en excelsitud al Jawarnac y al Sedir, y su magnificencia es tal que comparándola con la del mismo Iwan nada se hallaría digno de celebrarse.

«Obra de arquitectura tan maravillosa no hubiesen acertado a ejecutarla aquellos antiguos persas tan peritos en levantar fábricas gigantescas cuanto en la traza y ornato.»

«Largos siglos pasaron sobre romanos y griegos, y no fundaron para sus monarcas edificio semejante a este ni siquiera que pueda comparársele.»



Detalle del aparejo del Puente.

«Leones de metal muerden los llamadores de sus puertas y al sonar, parece que sus bocas repiten estas palabras: Alah acbar».

«Los mármoles que pavimentan este Alcázar parecen alfombras de polvo sutilísimo, perfumado con alcanfor».

En Az Zahira hubo escenas contadas por los narradores, que recuerdan el más delicioso ambiente, propio de un Versailles de la Edad Media.

En cierta ocasión (1) bebía Almanzor con el visir Abul Moguira ben

(1) Dozy, Historia de los musulmanes de España, tomo III.

Hazan en uno de los soberbios jardines de Zahira; porque, a pesar del respeto que mostraba a la religión, bebió toda su vida, excepto los dos años que precedieron a su muerte.

Era una de esas hermosas tardes que sólo se ven en los privilegiados países del Mediodía.

Una bella cantadora, a quien Almanzor amaba, pero que había concebido una violenta pasión por el huésped del ministro, entonó estos versos.

«Huye el día, y ya la luna muestra la mitad de su disco. El sol, que se oculta, semeja una mejilla, y las tinieblas que avanzan, el vello que la cubre; el cristal de las copas, agua helada, y el vino, fuego líquido. Mis miradas me han hecho cometer pecados inexcusables. Ay gentes de mi familia. Amo a un hombre que no está al alcance de mi amor, aunque se halla cerca de mí. ¡Ah, que no pudiera lanzarme hácia él y estrecharle contra mi corazón!»

Abul Moguira comprendió demasiado bien la intención de estos versos, y cometió la imprudencia de responder enseguida con estos otros:

«¡El medio, el medio de aproximarse a esa belleza, rodeada de un vallado de espadas y de lanzas! ¡Ah, si tuviese la convicción de que tu amor es sincero, de buen grado arriesgaría mi vida con tal de poseerte! Un hombre generoso, cuando quiere alcanzar su fin, no teme ningún peligro.»

Almanzor no aguantó más. Rugiendo de cólera, desenvainó la espada, y dirigiéndose a la cantadora, exclamó con voz de trueno:

«Dime la verdad, ¿es al visir a quien se dirige tu canto?»

«Una mentira podría salvarme, respondió la valiente joven, pero no mentiré. Sí, su mirada me ha traspasado el corazón; el amor me ha obligado a decirlo; me ha hecho decir lo que quería ocultar. Puedes castigarme, señor; pero ¡eres tan bueno, te complaces en perdonar cuando se confiesan los yerros!»

Y hablando así, se deshizo en lágrimas

Almanzor ya casi la había perdonado. Pero entonces su cólera recayó sobre Abul Moguira, y le abrumó con un torrente de reproches.

El visir le escuchó sin decir palabra, y cuando acabó de hablar Almanzor, exclamó:

«Señor, convengo en que he cometido una gran falta; pero, ¿qué podía hacer?. Cada uno es esclavo de su destino; nadie escoge el suyo, todos lo sufren, y el mio ha querido que amara a la que no debo amar.»

Almanzor guardó unos instantes de silencio.

«Pues bien, dijo al fin, os perdono a los dos. Abul Moguira, ¡la que amas es tuya, y soy yo quien te la dá!»

La vida grandiosa de Almanzor se retrata, como en un espejo, en la vida de su creación, la propia Zahira.

Las mejores descripciones que han quedado de Zahira, y las únicas, son los cantos de los poetas.

«Los Leones que reposan magestuosamente en esta regia morada, cantaba un anónimo que recoge Al Makkari, dejan resonar, en vez de rugidos, el murmullo del agua que se derrama de sus bocas.

»Sus cuerpos parecen cubiertos de oro y en sus bocas se liquida el cristal....»

»Ved como del pico de cada ave corre el agua límpida a manera de un caño de plata».

«Aunque mudas estas aves debéis considerarlas elocuentes, pues el agua que vierten modula gorgoros, sones y silbos.

Otro decía de las puertas:

«Los umbrales de estas puertas son de oro purísimo y todas sus hojas se ven adornadas con preciosas labores a cincel.

»Los clavos de oro que sujetan la chapa resaltan graciosos, como los pechos de la huríes....»

«Al tornar la vista a los peregrinos dibujos de los techos..... no puedo mirar sin admiración esas golondrinas de oro..... con tal habilidad han acertado los artistas..... que representan hasta la sombra del animal que huye.....»

De estas descripciones se deduce (1) que el palacio de Zahira tenía un gran patio central, rodeado de galerías con arcos y columnas, sobre las cuales se alzaba otro cuerpo de edificio con ventanas y ajimeces. Las puertas de este patio que comunicaban con las habitaciones las guardaban leones de bronce. (¿Nacerían en Zahira los leones de la Alhambra?). Las hojas de las puertas las cubrían planchas de cobre cincelado, que los poetas llaman oro bruñido, y las paredes de los aposentos estaban decoradas con estrellas de plata sobre fondo azul. Los techos, pintados y esculpidos representaban paisajes, con fuentes, flores, aves y escenas de cacerías.

En el centro de este patio había un gran estanque, y en su centro un elegante pabellón con fuente y surtidor. En el pabellón una enramada de naranjos simulada en plata con frutos de oro, y en él, unas aves que derramaban agua por el pico. También había leones de surtidores en otras fuentes.

Pero el mismo Almanzor presagiaba que esta espléndida creación, y el porvenir mismo de su familia no serían de larga duración.

Cuéntase que con lágrimas en los ojos, exclamó cierto día: «¡Ay de tí, Zahira mía, si al menos supiese yo por manos de que traidor has de ser devastada....!»

Y como uno de los cortesanos tratara de desvanecer aquellos tristes augurios, replicó:

(1) Ramírez de Arellano, Historia de Córdoba, tomo III

«Tan cierto es, que vosotros habréis de ver cumplido mi vaticinio. Parece que veo ya la gala de Zahira derribada en tierra, su rastro borrado, caídos y destrozados sus edificios, saqueados sus tesoros, y los patios asolados por el fuego de la devastación.»

A los siete años de su muerte, su predicción se había cumplido.

Al Maccari hace el curioso relato siguiente, tomado de un escritor de la época:

«Fué destruída Zahira, y pasó como el día de ayer, que ya feneció; faltaron de ella los estrados reales y los mimbares y apoderóse el robo de todo su ajuar, tesoros y armas. Su altivo poder vino a parar en vileza, y no quedó para ella esperanza de restauración, sino que fué completamente arruinada, tornándose en días de tristeza sus tiempos de alegría y serenidad. Cuéntase que cierto varon de las edades pasadas se detuvo ante ella, y contemplando su fábrica excelsa a maravilla, y sus edificios altivos y suntuosos, le dirigió este apóstrofe: «Oh, casa maldita, en la que hay algo de todas las casas. Tambien Alah llevará algo de tí a todas ellas...» Y en verdad, apenas pasaron algunos días de la plegaria de aquel varón piadoso, cuando fueron robados los tesoros y alhajas, y todo destruído y saqueado, de suerte que no hubo casa en el Andalus en que no entrase alguna cosa de su despojo, en más o menos cantidad. Así quiso Alah que se cumpliese la invocación de aquel santo varón, que habrá sido glorificado por su Señor. Déense pués alabanzas a aquel cuyo poderío jamás acaba y cuyo reinado nunca tendrá fin. No hay más Dios que El».

RAFAEL CASTEJÓN.



La Casa de Séneca

Hablando de este famosísimo cordobés, dice así Ambrosio de Morales en la Crónica General de España: «Fué natural de Córdoba, donde se muestra hasta agora una casa junto con la del Ayuntamiento de la ciudad, la cual creen fué de Séneca, y así la llaman. Y el primero Marqués de Pliego don Pedro Hernández de Córdoba, padre desta Señora que agora tiene el Estado, compró aquella casa por la fama de haber sido de tal dueño, y luego la dió al Doctor Morales, mi padre, diciéndole que la casa de un cordobés sapientísimo no había de estar sino en poder de otro cordobés tan sabio. Y yo nací en aquella casa» (1).

Por esta preciosa indicación del mismo Ambrosio de Morales sabemos que tuvo la fortuna de nacer en el mismo clásico solar que la tradición señalaba como cuna de aquel gran cordobés L. Anneo Séneca, con el nombre vulgar de Casa de los Sénecas. Así se explica el gran interés de los modernos escritores cordobeses en transmitirnos una tradición tan honrosa para Córdoba, como es el haber dado al mundo dos lumbreras gloriosas, uno en los tiempos antiguos y otro en los modernos, y por un rasgo memorable y jamás visto de un prócer ilustre, en un mismo solar cordobés.

No han sido, por el contrario, igualmente afortunados los mencionados escritores al transmitirnos las noticias relativas al lugar *preciso* o *casa* donde vieron la luz primera ambos cordobeses ilustres. «La casa, dice Redel, que el Marqués de Priego cedió al Doctor Antonio de Morales, nombrada vulgarmente de los Sénecas, pertenecía a la collación de Sto. Domingo de Silos y hallábase enclavada en lo más céntrico de la población, en la calle rotulada en la actualidad con el nombre de Ambrosio de Morales. Hasta la mediación del siglo XVIII se infiere que bastaría mentar la *Casa de los Sénecas* para que, sin más pormenores, todos los cordobeses la conocieran; pero en nuestros tiempos se ha borrado de tal modo la tradición, en cuanto se relaciona con este punto, que todos los eruditos pueden determinar la calle y ninguno ha podido indicar con fundamento cuál era la

(1) Obra citada, libro IX, cap. IX, ed. Benito Cano. Madrid, 1791—2.

casa. Después de un detenido estudio paréceme que puedo señalarla con bastante probabilidad, bien que nunca con indiscutible certeza» (1). Y más adelante, enumerando las opiniones de varios escritores cordobeses sobre el mismo punto, dice: «que no se puede precisar, en resolución, cuál fuera la casa de Morales» y, en vista de algunas dificultades que expone, concluye: «que no puede señalarse con seguridad la morada tradicional de Séneca» (2), y apunta como probable, en definitiva, que la casa de Séneca es la que lleva en la actualidad el número 7 de la misma calle, fundándose en las citadas palabras de Ambrosio de Morales de que su casa estaba *junto con la del Ayuntamiento* de la ciudad, y en una indicación del P. Ruano, en su *Historia General de Córdoba*, en la que habla de «las escuelas de Séneca cerca del Alcázar, y de sus casas en *la cuesta de San Benito*» (3).

Así el estado de la cuestión nos sorprenden en gran manera las siguientes palabras del conocido escritor cordobés D. Rafael Ramírez de Arellano, hablando de Ambrosio de Morales: «Nació este celeberrimo cordobés en 1513, según todos sus biógrafos, en la casa Ayuntamiento, hoy Café Suizo (4), en la calle que ahora lleva el nombre de Ambrosio de Morales, y he aquí la primera noticia que es preciso rectificar y que no sería necesario enmendarla si esos biógrafos, antes de escribir, hubieran leído las obras del biografiado.»

«En la continuación de la *Crónica General*, primer tomo de lo escrito por Morales al folio 245 vuelto, hablando de Séneca, dice: «Fué natural de Córdoba... Y púdoles verdaderamente persuadir a los pasados, que pensaron haber tenido allí su casa Séneca, la excelencia del sitio, digno de ser escogido de un hombre tan sabio como él para su morada. Porque excede notablemente a todo lo demás de la ciudad aquel sitio en ser saludable y enseñorear con las vistas gran parte de la ciudad y lo más hermoso del campo y río, y en pasar por allí el agua muy excelente que agora va a San Francisco.» A nadie podrá ocurrírsele que Ambrosio de Morales naciese en el Ayuntamiento no siendo su padre Portero Mayor, y sabido es que constan las escrituras, por las cuales la casa donde está el Café Suizo fué Ayuntamiento hasta 1587; pero Morales lo aclara más diciendo que era junto al Ayuntamiento y por debajo pasaba la galería que llevaba el agua a San Francisco. Estas circunstancias concurren en la que hoy lleva el número 16 de la calle Ambrosio de Morales, que es de moderna construcción; pero en aquel solar estuvo la que vió nacer al futuro Cronista de Felipe II» (1).

(1) Ambrosio de Morales, por Enrique Redel. Córdoba 1908.

(2) Obra citada, pág. 31 y 32.

(3) Obra citada, tomo I, pág. 60.

(4) Cuando escribía esto el autor, no en la actualidad.

Estamos enteramente conformes con el autor antes mencionado en que no puede ponerse en manera alguna la casa de Ambrosio de Morales en la que ocupó antiguamente el Ayuntamiento y después el Café Suizo, señalada en la actualidad con el número 5, como afirmó don Teodomiro Ramírez de Arellano (2); pero no podemos comprender qué es lo que entendería el mencionado escritor Ramírez de Arellano (D. Rafael) por estar una casa junto con otra, para poner la de Ambrosio de Morales en la acera de enfrente a las antiguas Casas Capitulares en la casa que lleva en la actualidad el número 16, fijándose solamente en la circunstancia de pasar por ella el agua antiguamente a San Francisco, circunstancia no muy fácil de comprobar en la actualidad, y despreciando otras de más valor e importancia con relación al objeto que se ventila.

No menos incomprensible e igualmente disparatada es la afirmación de Madrazo al poner las casas de Séneca donde hoy las Religiosas del Corpus Christi (3), como más adelante veremos.

Y es tanto más de extrañar la infundada opinión del Sr. Ramírez de Arellano (D. Rafael) en un cordobés erudito y que alardea de bien informado, viniendo precisamente a obscurecer con sus palabras y sembrar de nuevas dudas un punto que después del trabajo de Redel podía creerse ya *casi* resuelto.

Y he subrayado de propósito la palabra *casi*, porque en honor de la justicia y de la verdad Redel es el único que hasta ahora ha estado en lo cierto al señalar como morada tradicional de Séneca y Ambrosio de Morales la casa que en la actualidad lleva el número 7 de la misma calle, aunque hay que reconocer que faltaron a su trabajo razones que lo hicieran absolutamente convincente.

A nuestro modo de ver Ambrosio de Morales fué el único que como conocedor de su casa y de la tradición señaló mejor que nadie, entre los modernos, y de una manera indubitable cuál era la casa de Séneca donde él nació. Con palabras claras, precisas y terminantes dejó consiguando en sus obras los límites de su casa por todos cuatro costados. Basta solamente fijarse en sus palabras para saber cuál era la casa donde vió la luz primera el famoso Cronista cordobés. Además del texto antes citado de la Crónica General escribió Ambrosio de Morales de la casa de Séneca al fin de las obras de S. Eulogio (4) en un tratado titulado «De Cordubae urbis origine, situ et antiquitate, folio 127 vt.º donde, después de referir la situa-

(1) Ensayo de un catálogo Biográfico de Escritores de la Provincia y Diócesis de Córdoba, por Rafael Ramírez de Arellano, tomo I, pág. 350, Madrid, 1921.

(2) Paseos por Córdoba, tomo 3.º pag. 117. Córdoba 1875.—(3) Córdoba, por don Pedro Madrazo, pag. 509, Barcelona, 1886.

(4) Sti. Eulogii Cordubensis opera, Compluti, 1574.

ción de Córdoba, en la antigüedad, en el sitio llamado Córdoba la Vieja dice así en latín; «Hinc iam liquet, quanto opere vulgus nostrae civitatis aberret, qui Senecae domum eam fuisse affirmat, *quae nunc publici senatus aedibus ad austrum conjuncta, ex adverso pene divi Benedicti templum respicit*. Emit eam olim vir clarissimus...». Lo cual fielmente traducido al castellano quiere decir: «Por esto se ve cuán equivocado está el vulgo de nuestra ciudad (1) al afirmar que fué la casa de Séneca la misma que ahora unida a las casas del Ayuntamiento por el Sur, mira por la parte de frente casi a la Iglesia de San Benito. La compró antiguamente el esclavido varón...».

Conviene antes de hacer nuestra demostración no olvidar que la calle que hoy lleva el nombre de Ambrosio de Morales se llamó antiguamente calle *del Cabildo* desde la cuesta de Luján hasta la embocadura de la calle de Pompeyos, por hallarse establecido en ella el Ayuntamiento en la casa señalada con el número 5, y desde 1587 en que se trasladó éste al sitio que hoy ocupa fué conocida con el de *Cabildo Viejo*. La parte que va desde la embocadura de la calle de Pompeyos hasta la actual Plaza de Séneca tuvo el nombre de *Cuesta de S. Benito*, por descender este tramo de calle en pendiente hasta el mencionado lugar y haber tenido una pequeña ermita consagrada a este Santo en el mismo lugar donde se fundó a principios del siglo XVII el convento de Religiosas Dominicas del Corpus Christi (2). Estos nombres los conservaron las mencionadas calles hasta Abril de 1853, en que acordó el Cabildo de la ciudad que a las calles del *Cabildo Viejo* y *Cuesta de S. Benito* se diese el nombre de *Ambrosio de Morales*, que lleva en la actualidad, «rindiendo, dice Redel, este público homenaje a la memoria del gran Cronista». (3).

Tenemos, pues, que según el mismo Ambrosio de Morales su casa estaba situada, no junto al Ayuntamiento, es decir, *próxima*, como creyó D. Rafael Ramírez de Arellano, sino *junto con la del Ayuntamiento*, esto es, *pegada a él*, o como dice en latín «*conjuncta*», pues Ambrosio de Morales, como buen humanista y poseedor en alto grado del lenguaje patrio, daba a las palabras que empleaba el valor exacto que cada una tiene en ambos idiomas. Y añade que era *al Sur* de las Casas Capitulares, lo cual señala bien el lado por donde estaba pegada la suya, y excluye cualquiera otra en medio, o frente de las dos. A continuación, dice, que *por la parte de frente mira casi a la Iglesia de S. Benito*, lo cual claramente indica que estaba en la cuesta de S. Benito, puesto que estaba casi enfrente de la Iglesia; indicación que vemos más adelante confirmada por el P. Ruano,

(1) Creía equivocadamente Ambrosio de Morales que Córdoba, antes de tener el sitio que ocupa en la actualidad, estuvo en el lugar conocido con el nombre de Córdoba la Vieja.

(2) Redel, Obra citada, pag. 29 y 30.—(3) Obra citada, pag. 333.

quien afirma que las casas de los Sénecas según la tradición estaban en la parroquia de Sto. Domingo y en la *Cuesta de San Benito*. (1).

Dice también Ambrosio de Morales, en el lugar antes citado de la Crónica General, refiriéndose a su casa «que labrando allí mi padre se hallaron una lucerna antigua de bronce y cuatro figurillas de medio relieve en una tabla de piedra, metidas en sus encajamentos y las hizo poner *en una esquina de la pared frontera de aquella calle*. Aunque después el Marqués de las Navas las llevó a la fortaleza de las Navas». Esto unido a las mencionadas circunstancias de «enseñorear con las vistas gran parte de la ciudad y lo más hermoso del campo y del río, y en pasar por allí, el agua muy excelente que agora va a S. Francisco» nos da perfectamente delineados los límites de la casa en que nació el ilustre Cronista, sin que pueda ser confundida en la actualidad con otra alguna.

En vista, pues, de lo que antecede podemos asegurar ya que la circunstancias mencionadas no convienen en la actualidad ni pueden convenir más que a la casa señalada actualmente con el número 7 en la calle Ambrosio de Morales, la cual está *pegada al Sur* de las antiguas Casas Capitulares, donde estuvo después el café Suizo, teniendo gran parte de ella *en el comienzo mismo de la antigua cuesta de S. Benito y casi enfrente* de la puerta del convento de Corpus Christi, donde estuvo antiguamente la ermita de S. Benito. Además la mencionada casa tiene en la pared frontera una esquina, la de la calle de Pompeyos, circunstancia muy digna de tenerse en cuenta y en la que no parecen haber reparado los escritores cordobeses, pues según el testimonio de Ambrosio de Morales *estaba frente a su casa*, y en ella colocó el Doctor Antonio de Morales, padre de nuestro Cronista, la mencionada tabla de piedra con las figurillas de relieve.

Échase de ver a simple vista, después de lo expuesto, cuán ligera y destituida de todo fundamento es la opinión de D. Rafael Ramírez de Arellano, al poner la casa de Ambrosio de Morales en el número 16 de la misma calle, pues de este modo la de Séneca ni estaría *pegada al Sur de la del Ayuntamiento*, sino al Oeste, ni mucho menos estaría *en la cuesta de San Benito y casi frente a su Iglesia*.

No pudo, tampoco, la casa de Séneca haber sido incluida, en reformas posteriores, en la del antiguo café Suizo, como creyeron algunos y supuso D. Teodomiro Ramírez de Arellano, en el lugar citado, pues entonces la casa de Ambrosio de Morales no habría podido estar *en la cuesta de San Benito*, que comienza, como cualquiera puede ver, mucho más adelante del término de las antiguas Casas Capitulares.

Estas consideraciones nos parecen tan convincentes, que no puede

(1) Obra citada, pag. 60 y 61.

menos de maravillarnos cómo no se ha parado antes la atención en una cosa tan terminante y precisa como son las palabras mismas de Ambrosio de Morales. Y es lástima y también incomprensible que Redel, al citar en latín el texto antes mencionado (1), se dejara, sin embargo, en el tintero las palabras más importantes para nuestro objeto, no parando, tal vez, la atención en ellas, fijándose tan sólo en las de la Crónica General, como ocurrió a los demás escritores cordobeses.

Por lo demás, aunque la mencionada casa número 7 de la calle Ambrosio de Morales parece haber sufrido notables modificaciones en su estructura para adaptarla a las necesidades modernas, sobre todo a principios del siglo XIX, (lo cual no obsta en manera alguna a su interés histórico) conserva, no obstante, señales claras de su antigua esplendidez, y sobre todo un marcadísimo sabor antiguo, que van, por desgracia, perdiendo en la actualidad las antiguas casas cordobesas. Es sobre toda ponderación encantadora, además, la situación de la mencionada casa por su parte oriental o calle de la Feria, en cuyo costado tiene un magnífico mirador o torre cubierta, dando vista «a gran parte de la ciudad y lo más hermoso del campo y del río», que hace del sitio uno de los más hermosos, sin duda, de la ciudad y, como dice el mismo Ambrosio de Morales, hablando de la casa de Séneca, «digno de ser escogido de un hombre tan sabio como él para su morada».

Sólo me resta rogar a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, a quien tengo el honor de dedicar estos mal hilvanados renglones, que, como depositaria, fiel guardadora y amante siempre de las gloriosas tradiciones de nuestra queridísima ciudad, gestione, si lo estima conveniente, la colocación de una lápida en la mencionada casa, objeto de nuestro estudio, en justo homenaje, aunque tardío, a la memoria de estos dos cordobeses ilustres, que tan alto pusieron siempre el nombre de nuestra querida Córdoba, llevándolo con su fama hasta las más apartadas regiones de la tierra.

RAFAEL GÁLVEZ, Pbro.

(1) Obra citada pag. 26.



Busto bifronte de Séneca y Sócrates



Al editarse en 1909 la «*Vie de Sénèque*», de René Waltz (1), el autor reprodujo el busto de Séneca conservado en el Museo de Berlín, y aseguró (2), basándose en los escritos de Baumeister y Bernoulli, publicados en *Denkmaeler des Klassischen altertumis*,



tomo III, págs. 1.647 y siguientes, y *Roemische Ikonographie*, tomo I, págs. 278 y sucesivas, que el busto de Berlín es el único retrato de Séneca que se posee.

Recientemente, el profesor Ettore Pais, la mayor autoridad en la historia romana de los primeros siglos, en las conferencias dadas en Barcelona, habló incidentalmente del mismo asunto, e hizo también la afirmación de ser el busto de Berlín el único



auténtico; pues el reputado como de Séneca no es suyo, sino de un poeta griego, hecho comprobado por conocerse un ejemplar con corona de laurel.

También afirmó el señor País que la forma *Séneca* no es romana, sino hispana

Dos conclusiones se deducen de lo antedicho:

1.^a Que Séneca es un español, no un romano o descendiente de romanos establecidos en Córdoba.

2.^a El conocimiento de su auténtica reproducción es el busto del *Altes Museum* de Berlín.

Séneca aparece en este busto como un tipo humano muy repetido en la Andalucía del Betis, y puede verse en él un antepasado de cordobeses del presente.

A. T. C.



(1) París, 1909; 462 págs., 8.º m.

(2) Pág. 5.

La batalla de Munda

¡La batalla de Munda! Muchos artículos, libros enteros se han escrito acerca de este célebre combate, casi tantos como acerca de la lucha de Varo en la selva de Teutoburgo. Pero Munda merece este celo ya que fué el último y más peligroso hecho de armas de César. Con rápidas y brillantes victorias sobre su rival Pompeyo había alcanzado la supremacía; también la última lucha que emprendió contra los hijos de Pompeyo se había desarrollado según sus deseos. Pero la batalla de Munda, que aceptó el 17 de Marzo del 45 a. de J. C., en posición desventajosa para él, volvió a ponerlo todo sobre el tapete. El propio César tuvo que echar mano de la espada y del escudo para hacer avanzar de nuevo a los soldados que flaqueaban, como hizo una vez en la batalla contra los Nervios. Pero por fin consiguió arrancar a la Fortuna este último e importante éxito.

Poseemos de los sucesos anteriores a la batalla de Munda y de ella misma una relación exacta: el escrito «De bello Hispaniensi». Ha llegado hasta nosotros entre las demás obras de César; pero, como los libros acerca de las guerras africana y alejandrina, no es del gran Julio, que era también un maestro de la pluma, sino que delata, con su estilo miserable y con la manera subalterna de concebir las acciones guerreras, la pluma inexperta de un bravo oficial, que da noticia fielmente de lo que ha visto, pero que tiene escasa comprensión para las cosas principales. Pero por ello mismo este desgarrado diario es precioso por su objetividad y por la fidelidad en el relato, y se está tentado de compararlo con la *Anabasis* de Jenofonte, aunque ésta sea infinitamente superior en estilo.

El autor llama al teatro de la batalla «Campus Mundensis», lo que significa la llanura perteneciente a la ciudad, en la que se verificó el combate. Pero donde estaba Munda? Este es el gran problema que ha puesto tantas plumas en movimiento! La verdadera solución se encuentra, si no yerro, por primera vez, en Prospero Mérimée, quien hace desarrollar el principio de su «Carmen» en los alrededores de Montilla, y que con este motivo dice que Montilla es Munda. Esto sucedía hacia 1830. Luego (1865) el coronel Stoffel, por encargo de Napoleón III, investigó la guerra de España sobre el terreno.

confirmando que Montilla sea Munda. Stoffel tiene razón. Este es también el resultado de la investigación que en el propio lugar emprendimos, el general Dr. h. c. Lammerer y el autor, en la primavera de 1921.

Llegábamos de la Meseta castellana, en donde estudiando un campamento romano en las inmediaciones de Sigüenza, habíamos sufrido mucho con el violento viento norte, y ahora, al percibir el olor de los frutos en flor y el canto de los ruiseñores, sentíamos todo el encanto de la primavera andaluza.

La investigación comenzó en Córdoba, en donde don José de la Torre nos sirvió amablemente de guía, unas veces en el laberinto de las calles, otras fuera de la ciudad, ante las puertas.

César, marchando con gran celeridad, llegó a principios del año 45 al teatro español de la guerra, en donde sus legados se veían cada vez más acosados. Toda la provincia estaba al lado de los hijos de Pompeyo, que tenía grandes simpatías en España. Con César estaba tan sólo una ciudad, Ulia, hoy Montemayor, a 30 km. de Córdoba. Ulia se hallaba sitiada por Gneo Pompeyo. El objetivo militar de César no era solamente derrotar al contrario, sino matar o capturar a los hijos de Pompeyo, puesto que mientras uno de ellos gozase de libertad, no era posible para César tener un momento de descanso. Y esta finalidad la persiguió con la energía que le era peculiar.

Su primera acción fué tan sólo una intentona de libertar a Ulia. Mandó para ello a un indígena, Paciaecus—el nombre se ha conservado hasta hoy en Pacheco—, mientras él mismo atacaba a Córdoba. Este ataque no sólo tenía por fin atraer a los sitiadores de Ulia, sino que César esperaba también hacer irrupción en la misma ciudad, base principal del enemigo y capital de la provincia. La liberación de Ulia fué alcanzada; en cambio fracasó lo principal: la tentativa sobre Córdoba.

En Córdoba debíamos precisar el lugar del puente de César sobre el Betis. El puente debió hallarse en donde, unos 1.700 m. más abajo del puente actual, una vuelta del río ocultaba la construcción del puente y su paso. En cambio el puente, ya existente entonces, alrededor del cual se luchó más tarde, se hallaba como es natural junto a la ciudad, probablemente en el lugar del actual. La antigua Córdoba comprendía tan sólo el barrio N.O. de la ciudad moderna.

Después del fracaso del golpe de mano sobre Córdoba, el plan estratégico de César fué llevar los enemigos lo antes posible a la batalla decisiva, mientras que ellos, provistos de todo en abundancia, intentaban quebrantarlo alargando la guerra indefinidamente.

Para seguir la investigación trasladamos nuestro cuartel general a Espejo, la antigua Ucubis, que, situada en medio del teatro de la guerra, resultaba el lugar adecuado a nuestros trabajos. Se distingue a Espejo ya desde lejos, y situada en una alta loma, domina como una atalaya todos los alrededores, siendo ella misma visible desde todas partes.

Instalados en Espejo y hechos los preparativos para los trabajos del día siguiente visitamos al Alcalde don José Castro Torronteras, para quien el Gobernador nos había dado una recomendación, siendo recibidos con extraordinaria amabilidad, y habiéndonos ayudado con todos los medios que estaban a su alcance para que la expedición fuera del mayor provecho y se hiciera con toda comodidad. Durante nuestra conversación con don José Castro en el Casino de Espejo, noté en la cadena del reloj de un labrador monedas romanas, que me dijeron que procedían de un tesoro de unas 700 que se había encontrado en las inmediaciones y que fué vendido sin que se sepa el paradero ni se pudiese anotar el hallazgo. Solo quedaron 60 en Espejo, que amablemente fueron traídas para que pudiese estudiarlas. Las monedas son todas ellas denarios, que llegan al año 77-a. de J. C. lo más tarde, habiendo sido enterradas, por lo tanto, durante las guerras de Sertorio, cuando Metelo se retiraba hacia Córdoba y cuando se temía el ataque de los fieros Lusitanos.

A la mañana siguiente emprendimos la marcha, en la que nos acompañaron, además del Alcalde, el Maestro de Espejo. Alegrementemente rodaban las ruedas del coche a través de los caminos que cruzaban el verde paisaje. Allí todo está cultivado hasta las últimas cimas. Cuando hace años visité por primera vez la región, era otoño y las alturas parecían peladas y yermas como las de los alrededores de Numancia, de modo que me prometía encontrar restos de los campamentos romanos. Experimenté un rudo desengaño. Aquí la reja llega a todas partes; y no es la reja de tradición romana, como en Castilla, que solo desflora la superficie, sino la máquina moderna, que penetra profundamente arrollándolo todo, como pudimos observar muy pronto en ruinas visibles en distintos lugares próximos al camino, de las que no quedaban en pie mas que pequeños trozos de muro acá y allá, que habían resistido a la destrucción y entre los cuales aparecían tiestos, tejas y otros indicios de lugares de habitación romanos. Aquí se les llama «Villar». Probablemente entonces el país fué habitado mas densamente que ahora, en que sólo se encuentran de trecho en trecho los cortijos. Después de una hora de viaje el coche se detuvo junto al río Guadajoz, que saludamos como el «flumen Salsum», el «rio Salado» del Bellum Hispaniense, que jugó un papel muy importante en las operaciones. En este lugar se encuentran muchos cursos de agua salada al propio tiempo que pequeñas salinas. El valle del Guadajoz, todo verde, brillaba esplendorosamente y los ruiseñores entonaban un hermoso canto de primavera.

Seguimos a pie, atravesando el río, y ya al otro lado subimos a una loma, el «Cerro del Agua», en donde se hallaba el principal campamento de César durante el sitio de Ategua, hoy el cortijo de Teba. Después del desayuno comenzamos la visita de Ategua, acerca de cuya identidad con el cerro de Teba no puede dudarse, pues el nombre de Ategua perdura allí en distintos

lugares (Cortijo de Teba, Castillejo de Teba etc.) La palabra Castillejo denota restos de población antigua y en realidad todavía se ven las terrazas en las que se hallaban las casas, un puente sobre uno de los afluentes del Guadajoz, canteras, columnas, fragmentos de cerámica, etc. También se han encontrado aquí a veces antigüedades de la época del sitio: balas de plomo para honda. Algunas con el nombre de Gneo Pompeyo se han encontrado en abundancia en Osuna, la antigua Urso. Desgraciadamente no pudimos ver ninguna de las encontradas en Ategua, pues no fueron guardadas.

Después del fracaso del golpe de mano sobre Córdoba, César se dedicó a recorrer con su caballería las fortalezas de la comarca, para ver de obligar a sus enemigos a aceptar el combate. Esto lo consiguió. Mientras Sexto Pompeyo permanecía en Córdoba, Gneo persiguió a César y se dejó dictar por éste las reglas de la lucha. Esta división de las fuerzas enemigas constituía ya un gran éxito. Ante todo César sitió la importante plaza de ategua. Para estorbarlo Gneo ocupó un monte a la otra orilla meridional del Guadajoz, que se hallaba entre Ategua y Ucubis y que distaba de la ciudad sitiada 2 millas (3 kilómetros). Por su parte, César, para mantener en jaque a Pompeyo, destacó una parte de sus tropas a una colina al sur del río, en frente de su campamento principal y distante 4 millas (6 km.) del de su contrario. La colina se llamaba «Castra Postumiana» de un campamento anterior. El de César se hallaba de seguro en el «Cerro del Agua», pues desde él podía observar el camino de Córdoba y las eventuales tentativas de refuerzo de Pompeyo, así como dominaba el valle del río y mantenía contacto con su destacamento de enfrente. Rastros del campamento de César no existen ya, ni siquiera tuestos: la reja lo ha destruido todo.

Al día siguiente nos encontramos en el camino de Ategua, esta vez a pié. Nuestro primer objetivo fué el cerro Ventosilla, a 3 kilómetros de Ategua y que, viéndose desde él Ategua y Ucubis, corresponde a las indicaciones acerca del campamento de Pompeyo. Una espaciosa meseta ofrecía lugar suficiente para un gran campamento: tampoco aquí puede observarse rastro ninguno, ni construcciones ni fragmentos de cerámica. Nos dirigimos luego hacia el O. al cerro Harinilla, que, distante 6 kilómetros de Ventosilla y situado enfrente del Cerro del Agua corresponde al campamento de César; «castra Postumiana.» Leemos que Pompeyo hizo una intentona nocturna contra los «castra Postumiana», pero fué rechazado. Podía, cubierto por las colinas situadas entre ambos campamentos, aproximarse sin ser apercibido: el camino puede reconstruirse sobre el terreno. Forzar el sitio no lo intentó Gneo, lo que es típico de su carácter irresoluto, abandonando el campamento de Ventosilla después del fracaso del ataque al de César.

Atravesamos luego por segunda vez el Guadajoz, ahora a caballo, pues el agua tenía un metro de profundidad. De la antigua Ategua no vimos entonces gran cosa. Pudimos observar, sin embargo, canteras antiguas, de las

que debió salir la piedra para la construcción de la ciudad. Cuando ya casi habíamos terminado se desencadenó un temporal de agua, que nos caló completamente y que puso los caminos intransitables. Para el camino de Ategua a Ucubis, que se suele hacer en hora y media, necesitamos cuatro. Por cada paso adelante que dábamos rasbalábamos medio hacia atrás y a menudo quedábamos detenidos o nos veíamos obligados a pararnos para limpiar el barro de nuestras botas que nos impedía andar. Fué una marcha espantosa. A lo lejos aparecía Espejo; pero hasta que pudimos alcanzarlo debimos subir tres colinas y descender dos hondas depresiones del terreno, todo ello sumamente penoso. Labradores que encontramos con sus caballos nos los ofrecieron, pero renunciamos a ellos. Todo por fin tiene su término y también esta marcha; pero nuestros vestidos estaban impregnados por completo de agua y lodo.

Después de la caída de Ategua, el 19 de Febrero, César obligó a Pompeyo a maniobrar, siempre Guadajoz arriba, hasta que consiguió llevarlo a la llanura de Munda, que era apropiada para la batalla. El informe acerca de los acontecimientos entre la caída de Ategua y la batalla de Munda, es poco claro, pero permite suponer el comienzo de la batalla más abajo de Montilla. Los demás lugares nombrados en el «Bellum Hispaniense» no es posible identificarlos, acaso con la excepción de Soricaria, que parece corresponder al actual pueblo de Castro del Río. Gracias a los amables cuidados del señor Alcalde de Montilla pudimos ir a Castro de Río en coche, acompañándonos nuevamente el Maestro. En Castro no encontramos ningún resto antiguo; en cambio en el camino de regreso nos enseñaron una media docena de «villares», aldeas y granjas romanas, por los que se comprende que la periferia de la llanura de Munda estuvo entonces densamente poblada. En uno de los emplazamientos de ruinas se ve todavía un resto del muro de la población. Un zagal nos llevó una plaquita de tierra cocida con una inscripción romana y recibió por ella un real; cuando ya estábamos algo lejos corrió tras de nosotros con una segunda inscripción: el real había producido su efecto. También pasaba nuestro camino por el lugar del hallazgo del tesoro de monedas a que antes hemos hecho referencia. Lo visitamos y el mismo que lo encontró nos dió detalles de su aparición: al cavar junto a un olivo dió con un cacharro antiguo, que rompió, saliendo de él las 700 monedas. El lugar se halla junto a un camino antiguo.

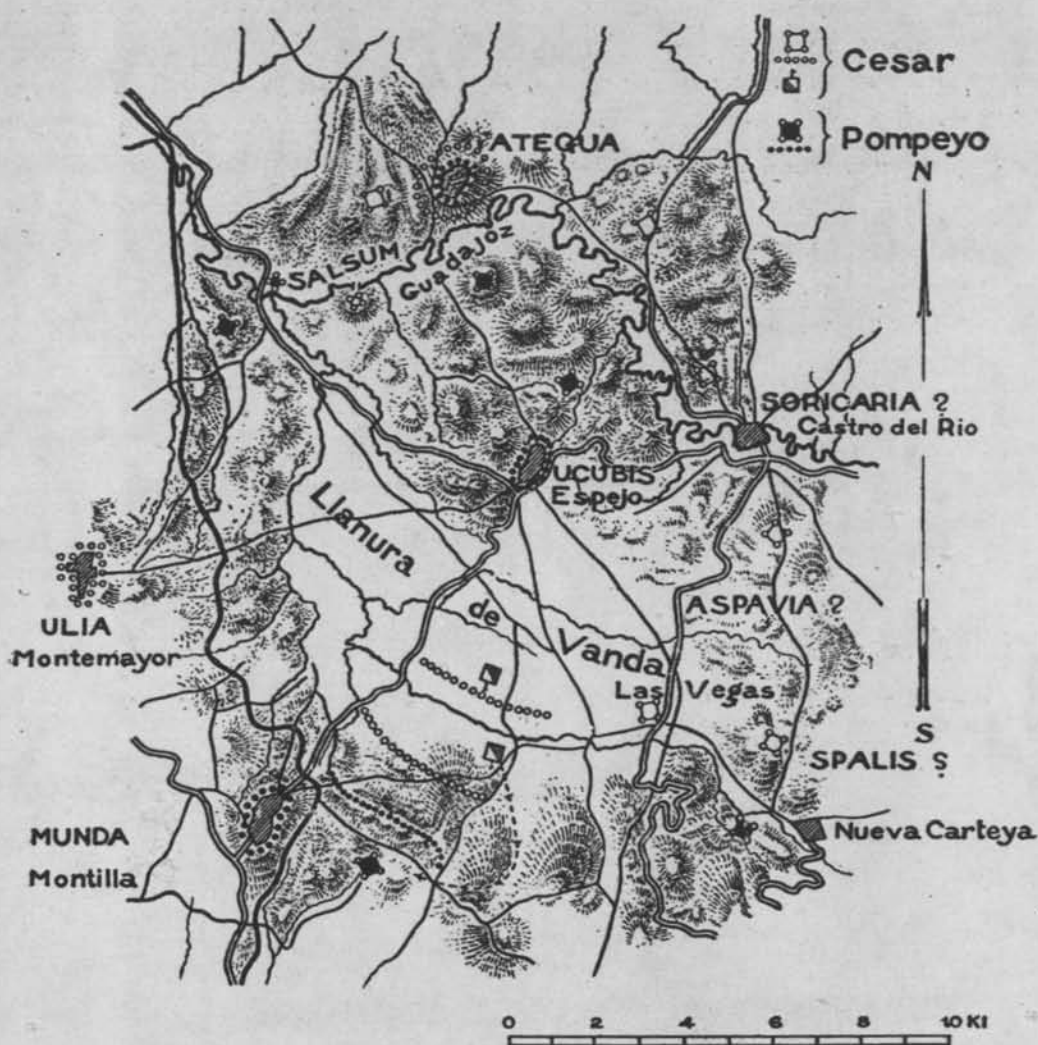
Así cada día se hacía una excursión distinta, dedicándose el último al campo de batalla. Hasta allí nos acompañaron el Alcalde, el Secretario del Ayuntamiento, el Maestro y dos individuos del puesto de la Guardia Civil de Espejo. El día espléndido, piar de alondras, canto de ruiseñores, sol de oro, cielo azul, paisaje verde, aire embalsamado por el perfume de las flores.

Fuimos en coche a un cortijo situado en el borde de la llanura de Vanda.

el «campus Mundensis». Allí se quedaron una parte de los expedicionarios y el coche, acompañándonos el Alcalde hasta el final. Queríamos investigar los restos antiguos del borde de la llanura. El General Lammerer llegó hasta Montilla para estudiar las posiciones de César antes del combate. Yo seguí por la ribera del río Carchena, mencionado por el «Bellum Hispaniense» cuando describe la marcha de César hacia la batalla. César vadeó entonces el río yendo al encuentro del enemigo situado en el borde de las alturas de Montilla. En todos los cortijos se encuentran restos antiguos. Cerca de uno de ellos aparecieron dos leones de piedra ibéricos, monumentos preciosos del arte indígena, ahora en el Museo de Córdoba; en otro cortijo se ven bóvedas romanas de mampostería. Así pasamos la mañana, volviendo al cortijo para el almuerzo, regresando a la caída del sol unos en el coche, otros a caballo. Por la noche tuve que dar una conferencia en Espejo sobre la batalla de Munda; raras veces he tenido un auditorio tan atento como aquel formado en su mayoría por labradores.

Así terminamos nuestra tarea en Espejo. El último día sirvió para un paseo por la ciudad, que conserva multitud de restos antiguos. Abajo hay un pequeño anfiteatro, hasta ahora desconocido, arriba bóvedas, etc. Luego subimos al castillo y a su torre, desde donde se ve todo el teatro de los acontecimientos de la primavera del 45 a. de J. C.: al norte Ategua, al oeste Ulia, al sur Munda, todas en alturas lo mismo que Ucubis. El propio autor del «Bellum Hispaniense» nota la situación elevada de las ciudades ibéricas. El administrador del castillo nos mostró balas romanas de plomo, pero no proceden de la localidad.

Al día siguiente nuestros amigos de Espejo nos tributaron una despedida cordial, llegando luego a Montilla. La población está en una ancha plantafirma. No conserva ningún resto antiguo; pero no cabe duda acerca de su identidad con Munda, puesto que la llanura de Vanda, más abajo de Montilla, se corresponde perfectamente con el «campus Mundensis», y que la descripción del campo de batalla se adapta con exactitud a Montilla. El mismo nombre de Montilla parece proceder de «Munda», con asimilación por etimología popular a «monte». En casa del Sr. Conde de la Cortina, el feliz propietario de las mejores viñas de la comarca, vimos cuatro placas de bronce con inscripción romana, que tanto por la forma de las letras como por su contenido resultan una falsificación; una de ellas nombra a Ategua y a Gneo Pompeyo, la otra a Ulia, la tercera a L. Junio Paciaecus (el Vibio Paciaecus del «Bellum Hispaniense»). Tales falsificaciones debidas al patriotismo local han sido frecuentes en España, menos en tiempos recientes que en los siglos XVI y XVII, en los principios del estudio de las antigüedades patrias: así existen burdas falsificaciones de los alrededores de Numancia que señalan los distintos campamentos de Escipión. Este género de falsificaciones ha florecido sobre todo en Italia.



Fuimos luego a estudiar el campo de batalla, que se abarca perfectamente desde el borde N. de la meseta. Encontramos a unos 2 o 3 km. al N. de Montilla un acantilado de 4 km. de largo, que se corresponde del todo con la posición de Pompeyo según el «Bellum Hispaniense». Se halla a 150 m. de altura sobre la llanura y desciende en una curva de unos 700 m. de largo y de unos 19 grados. De este modo servía para la indispensable protección, necesaria a la táctica completamente defensiva de Pompeyo y permitía una vista de conjunto sobre el futuro campo de batalla. El último campamento de César sobre el Cerro de la Vega dista unos 7 km., pudiendo por lo tanto Pompeyo seguir todos los movimientos del enemigo desde que abandonase su campamento, estando protegido a su espalda por su campamento, situado a unos dos km. a retaguardia de la parte central del frente y por la fortaleza de Munda... Verdaderamente una posición propia de los principios estratégicos de Pompeyo.

El ejército de Pompeyo contaba con unos 50.000 hombres, pudiendo por

lo tanto con poco fondo ocupar el borde de la altura de unos 4 km. de largo. El ala izquierda carecía de protección natural, pero en cambio podía apoyarse en Munda; el ala derecha estaba asegurada por varios desfiladeros que cortaban la meseta y por el campamento. Si César era bastante temerario para atacar esta posición debía verse obligado a escalar la pendiente cuesta arriba y estar seguro de que Pompeyo se precipitaría en un contraataque aniquilador de arriba hacia abajo.

César, de todos modos, había conseguido por fin su objetivo estratégico de obligar al enemigo a tomar posición para la batalla; pero las circunstancias eran más favorables para Pompeyo que para él. A pesar de todo, César hizo salir su ejército del campamento y lo situó en la orilla norte del riachuelo Carchena en orden de batalla. Era el 17 de Marzo, un día espléndido y soleado de primavera, como nota especialmente nuestro informe. El arroyo, lleno de agua y a trechos pantanoso en esta estación, constituía un obstáculo nada despreciable, pero fué salvado sin dificultad. Ambos frentes distaban ahora 6 km. el uno del otro. César había esperado que Pompeyo saldría a su encuentro y que aceptaría la lucha en la llanura; pero Pompeyo permaneció en su resguardada altura y no quería alejarse de Munda. Así César se vió obligado a avanzar más, hasta el pié de dicha altura. Allí se detuvo para volver a ordenar sus unidades relajadas por la marcha. Este alto lo interpretó Pompeyo como señal de miedo, cobró ánimo y salió al encuentro de César descendiendo por la cuesta. Así se trabó el combate al pié de la altura, encendiéndose pronto en toda la línea de cerca de cuatro km. El santo y seña de César era «Venus» (la madre del linaje Julio), mientras que el de Pompeyo era «pietas» (la piedad para el padre y su mandato: la venganza). La batalla fué una lucha frontal, pero como de ordinario con el ala derecha favorecida en ambos lados por la calidad de las tropas y por el mando. En el ala derecha de César se hallaba la décima legión, curtida en cien batallas, la guardia de César y el mismo César; en el ala derecha de Pompeyo, Labieno: un día el mejor oficial del César y ahora el brazo derecho de Pompeyo. El odio y el ansia del combate eran iguales en ambas partes: se trataba de una guerra civil, de una guerra de hermanos, la más encarnizada de las guerras, y todos sabían perfectamente que aquel día serían decididas no sólo la campaña, sino la guerra civil que duraba desde hacía 16 años (desde 60 a. de J. C.) y la misma suerte de Roma. En número y calidad eran ambos ejércitos casi equivalentes, en ambos lados combatían veteranos expertos y enfrente de César se encontraba el mejor oficial de César, Labieno.

Pronto obtuvieron positivas ventajas los pompeyanos, que avanzaban desde lo alto y que aun en caso de que fueran empujados hacia arriba eran favorecidos por la naturaleza del terreno. Es fácil de imaginar cuan fatigosa y desmoralizadora debía ser para los cesaríanos la lucha cuesta arriba.

Combatían valientemente como siempre, pero aquí parecía imposible la victoria. Por fin llegó a flaquear incluso la décima legión y retrocedió. Este fué el momento más crítico de la batalla. César saltó de su caballo rápidamente, tomó la espada y el escudo y se precipitó contra el enemigo. Hasta parece que gritó a su gente «si le querían dejar caer a manos de los estultos jovenzuelos (los hijos de Pompeyo)». El ejemplo del general produjo su efecto, lo mismo que un día en el combate contra los Nervios. Las tropas emprendieron de nuevo la lucha. Pero la decisión vino de otra parte, del ala izquierda. En calidad de jefe de la caballería nómada, el Príncipe Bogud estaba de reserva a retaguardia del ala izquierda. Haciéndose cargo de la gravedad del momento, espontáneamente tomó una audaz resolución que vino a resolverlo todo. Cubierto por un desfiladero, que ofrecía una subida a la meseta y que se hallaba al este del ala derecha de los pompeyanos, pudo llegar sin que lo notasen hasta la retaguardia del enemigo. Esto produjo un gran pánico. Labieno hizo lo que era del caso, constituyendo con cinco cohortes un ángulo defensivo. Pero esta maniobra fué tomada por las tropas que combatían como una señal de debilidad, comenzando todo el frente a flaquear, mientras que los cesarianos, animados por el ataque de Bogud, estrechaban al enemigo. Pronto se decidió la lucha en favor de César. A la desbandada huyó el ejército derrotado a encerrarse en Munda, que fué cercada inmediatamente.

Las bajas de Pompeyo, según el «Bellum Hispaniense», fue ron 30.000, las de César 1.000. Ambas cifras son seguramente exageradas, la primera por lo alta, la segunda por lo baja: era entonces y continúa siendo el estilo de los partes oficiales. Entre los muertos estaba Labieno. Debió buscar él mismo la muerte, ya que para él no había cuartel, y hasta pudo contribuir a desmoralizarlo del desgraciado efecto de su maniobra, que, en lugar de salvar la situación, lo perdió todo.

César debió su victoria a Bogud. Igualmente, en el año 58, un oficial, el joven Craso, salvó la batalla contra Ariovisto.

Así terminó la guerra. El resto, la toma de Munda, Córdoba y las demás ciudades que todavía ofrecían resistencia, la muerte de Gn. Pompeyo, la huida de Sexto, carecen de interés ante el punto culminante del drama, la batalla de Munda. César tuvo ciertamente razón en afirmar, después de la batalla, que había combatido muchas veces por la victoria, pero que esta vez lo había hecho por la vida. En efecto, si hubiese perdido la batalla no le quedaba más recurso que la muerte.

Largo tiempo permanecimos arriba, en lo alto de la meseta de Montilla, contemplando calladamente la silenciosa llanura. Allá, detrás, en la achata-da loma estuvo el campamento de César antes de la batalla, delante de ella

brillaba el Carchena que atravesó, a nuestros piés se adivinaba el sangriento combate, a la derecha, a través del desfiladero del molino, alcanzó Bogud la espalda del enemigo. He contemplado algunos campos de batalla de la Antigüedad: ninguno cautiva el espíritu como el de Munda. Pues el hombre que forzó la victoria a la mutable Fortuna es uno de los mas grandes entre los generales y los estadistas y Munda era su última esperanza. El 17 de Marzo del 45 le aseguró el dominio del Orbis terrarum. El 15 de Marzo de 44 cayó bajo el puñal de ciegos fanáticos. Munda enseña a comprender lo inhumano, lo costoso y lo corto de la dicha de toda grandeza y son precisamente los grandes de la tierra los que mas lo experimentan. (1)

ADOLFO SCHULTEN.

Traducción de P. Bosch Gimpera.



(1) Un estudio detallado de la campaña, con mapa del General Lammerer, aparecerá en la nueva edición del «Bellum Hispaniense» del Prof. A. Klotz de Erlangen (IV fascículo de las «Fontes Hispaniae antiquae» publicadas por el Prof. Bosch Gimpera y por mí). Un estudio corto mío se ha publicado en el «Schlachtenatlas» de Kromayer y Veith (Leipzig, Wagner y Debes). Existe un análisis de las fuentes para el estudio de la batalla, debido a Klotz (Neue Jahrbücher für das klassische Altertum, 1909). El mapa que acompaña es debido al General Lammerer.

La Casa de los Caballeros de Santiago en la Ciudad de Córdoba

En una de las más típicas calles cordobesas y hasta hace muy pocos años llamada calle del Sol, por hallarse anegada durante todo el día con sus rayos a causa de estar orientada de levante a poniente, y en su última plazuela en dirección hacia el poético santuario de la Fuensanta, existe una baja tapia, con puerta a un lado, sin que nada nos haga sospechar que guarda un ya desmoronado palacio, hoy convertido en casa de vecinos.

Según Don Rafael Ramírez de Arellano, en su última guía de Córdoba impresa en Sevilla el año de 1896, la primera vez que aparecen cuatro líneas en un libro, dedicadas a esa casa, es en su mencionada guía, apesar de ser muy conocida en la ciudad, haber pertenecido a los Condes de Valdelasgranas y afirmar la tradición que fué la casa solariega de los Caballeros de la Orden Militar de Santiago, como nos dicen los escudos que por todas partes campean.

Supone el ya citado Sr. Ramírez de Arellano, sin presentar pruebas de ninguna clase, que la causa de no poseer fachada es debida a haber pertenecido sus primitivos poseedores en el principio del siglo XVIII, al partido del Archiduque, y haberse mandado derribar las fachadas de las casas de sus partidarios, como castigo, al triunfo del primer Borbón.

Dada la construcción morisca del palacio y la tradición y costumbres de la ciudad, nosotros creemos, que bien pudo no tener nunca por fachada más que la tapia actual o también pertenecer a ella como huerto o jardín delantero, a semejanza de otras de aquel tiempo, los terrenos que hoy ocupan la espaciosa plazuela que se estiende delante del tapial.

El estado ruinoso actual en que la casa se encuentra, y los restos de yeserías y patios claustrados, quizás ya hoy desaparecidos, es lo que nos ha excitado a fotografiar y hacer este trabajo, por si dichos restos pudieran tener un valor arqueológico, aparte del artístico, para enlazar y seguir la evolución del mudéjar de la región andaluza, que se presenta con ca-

racteres propios y definidos, en relación con el de otras regiones españolas.

Dicha casa se encuentra casi contigua a la parroquia de Santiago, situada en la misma calle, cuyo trazado es paralelo a la corriente del Guadalquivir, de orillas tan áridas por aquel paraje, parroquia hoy del típico carácter mudéjar cordobés y que fué una de las mozárabes medio destruídas en tiempo de la reacción de Mohammed I, y que despues de la reconquista, en 1236, se reedifican y habilitan para el culto.

¿Cuando esta casa pasa de manos de los Caballeros de Santiago a manos láicas? En nuestra investigación en los archivos de Ayuntamiento y Catedral de la ciudad, nada hemos encontrado, sin que tampoco aparezca esta casa citada en ninguna obra, ni papeles de la desamortización, ni en la Crónica de Rades de Andrada, *Incorporación de los maestrazgos a la corona*, Agurleta, *Reglas de la Orden de Santiago*, Gil Dorregaray, Ferrer del Rio, Araujo, Gómez Centurión, Vhagon etc., ni tampoco en las copias de requisas de archivos cordobeses, hechos por el laborioso cordobés Venegas en los últimos años del XVIII.

En los libros de visitas de la Orden de Santiago, que procedentes de Vclés, se conservan en el Archivo Histórico Nacional, tampoco existen datos sobre esta casa. Perteneciendo Córdoba al Priorato de San Marcos de León y bajando los visitadores desde dicha ciudad, se nota en los citados libros de visitas, el cansancio que de tantos viajes continuados a casas de la orden, sentían al llegar a Córdoba, pues en las diligencias de sus visitas extendidas con excesiva rapidez, se omiten datos seguramente preciosos para la historia del Arte, ocurriendo también que en muchos libros, faltan, por haberse apolillado, las últimas hojas, precisamente las que contenían las consabidas diligencias referentes a nuestra Ciudad, una de las últimas que visitaban, con lo cual los datos que podríamos encontrar han desaparecido.

En la venta de los bienes de la Orden de Santiago hecha en 1847, solo figuran en Córdoba como tales, unas casas que seguramente son las que en los libros de visitas y reseñas posteriores se citan como pertenecientes a la collación de Santo Domingo, hoy San Salvador, y situadas en las inmediaciones del convento de Santa Ana (Libro de Visitas de la Orden de Santiago del-año de 1511. Archivo Histórico Nacional signatura número 1,108).

Para fijar la fecha en que fué construida esta casa, tropezamos con la misma falta de documentos que es corriente en esta clase de obras moriscas, teniendo que deducirla aproximadamente de la obra misma y del carácter de su ornamentación, pero en nuestras investigaciones en el Archivo Histórico Nacional, en la sección de Ordenes Militares hemos tropezado con un privilegio latino de San Fernando, completamente inédito, de gran

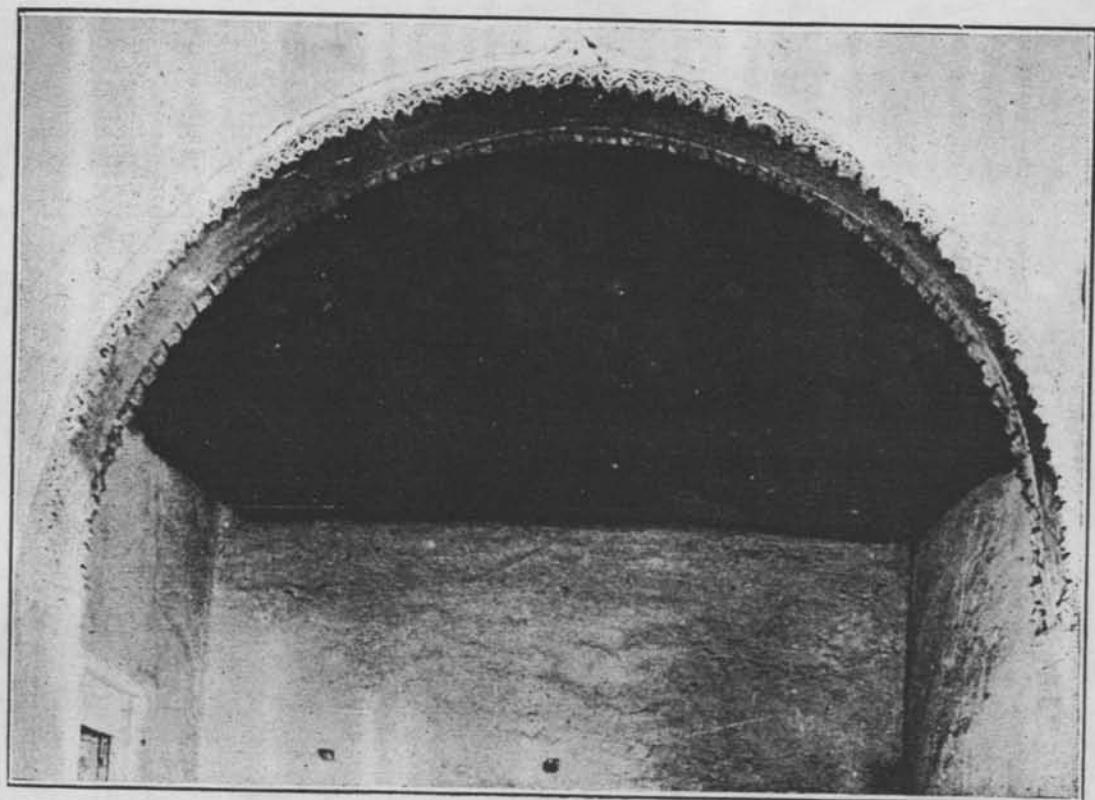
CASA DE LOS CABALLEROS DE SANTIAGO EN CORDOBA



N.º 1.

Arcada de uno de los patios

Fot. Orduña



N.º 3.

Alhambé de una galería

Fot. Orduña

interés para la historia local de Córdoba y en que concede bienes a la Orden de Santiago en dicha ciudad, estando entre el gran número de preladados que lo confirman, los nombres del obispo Mauricio, que en unión de San Fernando colocó la primera piedra de la Catedral de Burgos y de Don Rodrigo Jiménez de la Rada, padre de la historia española y también constructor de la Catedral de Toledo.

En el mismo archivo y sección, hemos encontrado el siguiente traslado de testamento, que junto con el privilegio de San Fernando copiamos y transcribimos, hecho en la era de 1338 y otorgado por Fernando Menéndez y Sancha González su mujer en favor de la Orden de Santiago.

Privilegio de San Fernando.

Per presens scriptum tan presentibus quam futuris notum sit ac manifestum quod ego Ferrandus dei gratia Rex Castelle et Toleti Legionis Gallecie et Cordube una cum uxore mea Regina Johanna et cum filiis meis Alfonso, Fresderico et Ferrando ex assensu et beneplacito Regina domine Berangarie genitricis mee facio carterin donationis concessionis confirmationis et stabilitatis deo et ordini milicie sancti Jacobi vobis Petro Alvari eiusdem et comendatori et conventui fratrum ibiden deo servientium presenti et futuro perpetuo valituram dono itaque vobis et concedo illas vineas et ortum et furnum et domos in Corduba que partitores mei de mandato meo vobis dederunt et assignaverunt hec inquan omnia dono vobis et concedo ut ea iure hereditario habeatis et perpetuo et irrevocabiliter possideatis Et hec mee donationis concessionis et confirmationis pagina rata et stabilis omni tempore perseveret. Siquis vero hanc cartam infringere seu in aliquo diminuere presumpserit iram dei omnipotentis plenarie incurrat et Regie parti mille aureos in cauto persolvat et dampnum super hoc illatum restituat duplicatum Facta carta apud toletum XXIX die Januarii secundo videlicet anno quo capta fuit Corduba nobilissima civitas et cooperante gratia spiritus sancti per laborem meum reddita est cultui christiano. Era millissima ducentesima septuagesima sexta.

Et ego prenomatus Rex Ferrando Regnaus in Castella et Toletu Legionis Gallecia et Corduba Badalocio et Baetia hanc cartam roboro et confirmo.—Rodericus Toletanus sedis archiepiscopus hispanorum primas confirmat. Infans dompnus Alfonsus frater domini Regis confirmat. Ecclesia Compostellana vacat.

Mauricius Burgensis Episcopus confirmat. Tellius Pallentinus Episcopus confirmat. Bernaldus Segobiensis Episcopus confirmat. Dominicus Abulensis Episcopus confirmat. Gonzalus Conchensis Episcopus confirmat. Dominicus Beatiensis Episcopus confirmat. Adam Placentinus Episcopus confirmat. Ecclesia Segontina vacat. Ecclesia Calagurritana vacat. Alvarus Petri confirmat. Rodericus Gonzalvi conlfirmat. Gonzalvus Gonsalvi

confirmat. Tellijs Alfonsi confirmat. Egidijs Malrici confirmat. Rodericus Roderici confirmat. Alvarus, Ferrandi confirmat, Didacus Martini confirmat Johannes Ovetensis Episcopus confirmat. Nunijs Astoricensis Episcopus confirmat. Martinus Salamantitensis Episcopus confirmat. Martinus Camorensis Episcopus confirmat. Michael Lucensis Episcopus confirmat. Laurentius Acriensis Episcopus confirmat. Sancius Cauriensis Episcopus confirmat Ecclesia Legionis vacat. Rodericus Gomez confirmat Ferrandus Guterrii confirmat. Rodericus Ferrandus confirmat. Ramirus Froiles confirmat Rodericus Fidei confirmat. Petrus Poncii confirmat. Ferrandus Johannis confirmat. Ordonius Alvari confirmat. Pelagius Arie confirmat. Johannes Oxomensis Episcopus et domini Regis cancellarius confirmat.

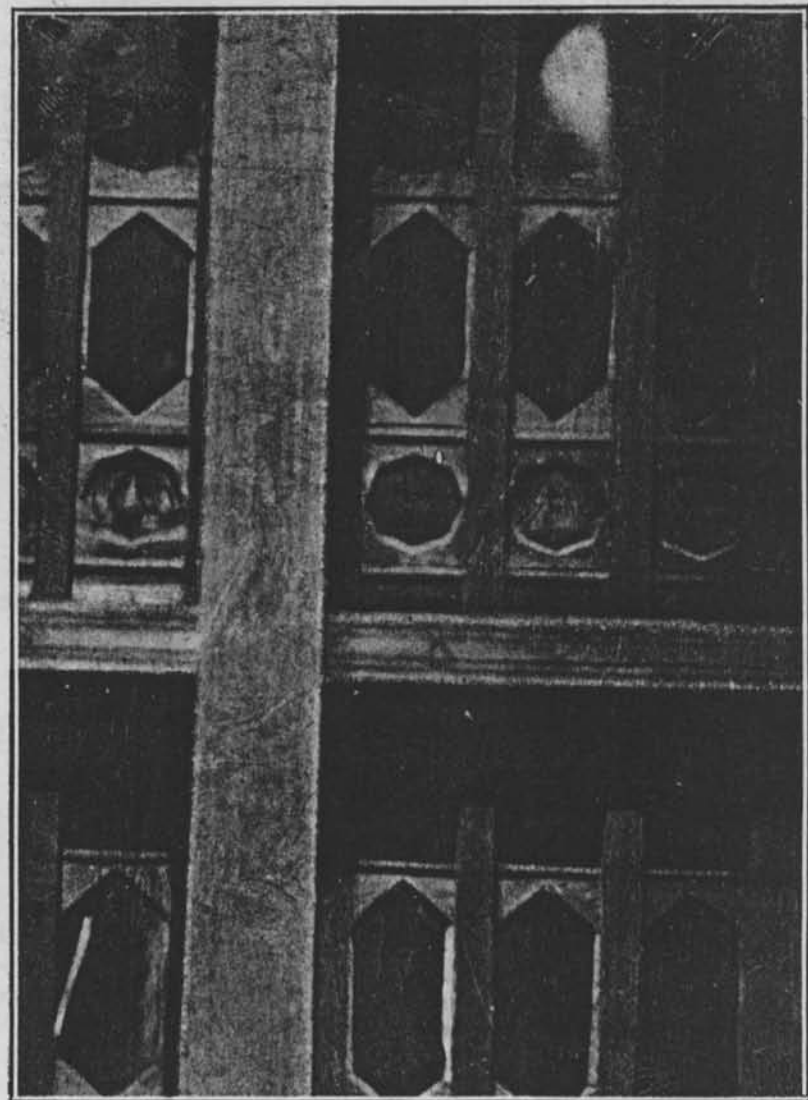
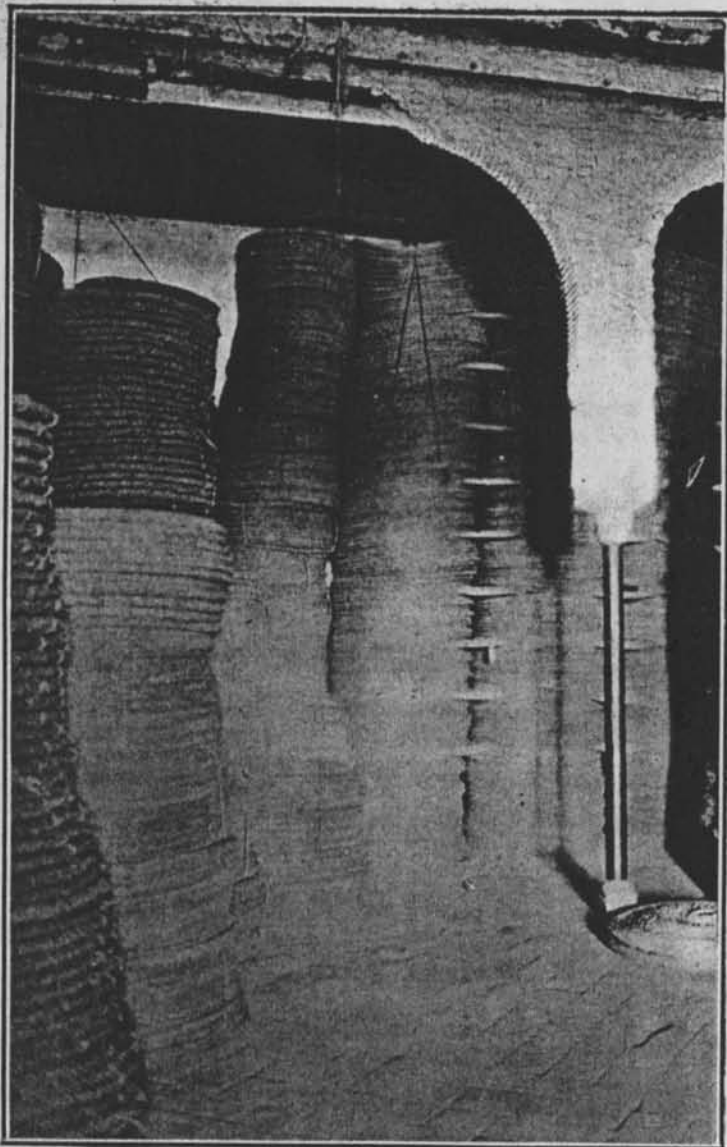
Dompnus Moriel maior merinus en Castella confirmat. Sancius Pelagii maior merinus in Gallecia confirmat. Garsias Roderici maior merinus in Legionis confirmat.

† Signum Ferrandi Regis Castelle et Toleti Legionis Gallecie Cordube= Didacus Lupi Alferie domini Regis confirmat. Garsias Ferrandi maiordomus curie Regis confirmat

Testamento de Fernando Meléndez

Este es traslado de una carta que dice de esta manera. <Sepan cuantos esta carta vieren como yo Ferrando Melendez fijo de Melendez Pelaes e yo Sancha Gonzalez fija de Gonzalo Ibañez de Palma, mujer que so de este Ferran Melendez nos amos a dos marido e mujer vesinos que somos de Córdoba a la collación de Santa María otorgamos que por facer servicio a Dios e a Santa María e al Señor Santiago e por salud de nuestras almas e por muchos bienes e ayudas que recibimos atendemos a ver delante de Don Juan Osorez maestro de la caballería de Santiago de la Orden dicha señaladamente porque nos dieron para nuestros días el casti- llo de Azuaga con todos sus términos y con todos sus derechos salvo el montadgo y el diezmo de fuesa aparte al que lo tengamos lo hallamos para nos por todas estas razones otorgamos e conoscemos que damos a vos Don Juan Osorez el maestro dicho y a la orden de Santiago para vos y a ellos y a todos los otros que despues de nos e dellos serán en esta orden unas casas que nos habemos en Palma Caste!lo de Córdoba que a linderos de la una parte casas de María Fajedas y de la otra parte casas de Juan Pérez.

unas casas que nos habemos a la collación de Santa María de Córdoba que han linderos de la una parte casas de Alfonso Perez Sanpedro y de la otra parte de Pedro Melendez criado de la Orden de San Juan y de la otra la calle e otrosi nos damos una huerta en Córdoba en la collación de Santa María Magdalena.



Fecha la carta en Córdoba veinte y seis días de Abril era de mil e trescientas e treinta e tres años, yo Juan Fidalgo escribano público de Córdoba, so testigo yo Jimeno García escribano publico de Córdoba so testigo yo Lorenzo Perez escribano público de Córdoba, so testigo la fice escribir e fiz en ella mi signo, hecho este traslado en Córdoba dos días de Diciembre era de mil trescientos e treinta e ocho años. Hay sobrescripto en este traslado o dis una. Yo Alfonso Vicente escribano público de Córdoba. Yo Pero Perez escribano público de Córdoba .. e fiz en el mi signo.

Comentario a los anteriores documentos

Ambos documentos tienen por signatura el número 92 (cajón) de la sección, Orden de Santiago, del Archivo Histórico Nacional y el testamento está confirmado por un privilegio de Sancho IV que obra bajo la misma signatura.

Por el privilegio de San Fernando se donan a la Orden de Santiago en Córdoba viñas, casas y hornos, pero sin fijar cuales son por donde podamos deducir que la casa cuyo estudio nos ocupa proceda de dicha donación.

El testamento que es de fecha relativamente avanzada, era de 1333 que corresponde a la vulgar de 1295 y 59 años después de la toma de Córdoba por San Fernando, tampoco nos da luz alguna sobre esto, puesto que dice solamente que dona «unas casas que nos habemos en la collación de Santa María.»

Según las noticias de San Eulogio y los obispos Samsón y Recemundo, las parroquias mozárabes de la ajarquía eran San Acisclo, San Cristóbal, San Martín, Santa Eulalia, San Cosme, San Damían, San Zoilo, la Tarsil y la Quinque y en la almedina, San Vicente, que fué catedral visigoda, la basílica de los santos Jacinto, Januario y Marcial que al desaparecer la catedral visigoda pasa a convertirse en mezquita mayor, fué elevada a Catedral y que Ambrosio de Morales demostró que es la que actualmente esta bajo la advocación de San Pedro.

Todas estas iglesias mozárabes, fueron medio destruidas por la reacción mulsumana en tiempos de Mohammed I, y cuando la reconquista, son de nuevo restituidas al culto y edificadas en el estilo mudejar que hoy predomina en su construcción: pero entonces cambian de advocación, por lo cual, nos encontramos con el problema de identificar los nombres antiguos mozárabes con los hoy existentes.

Lamperez dice en su *Historia de la Arquitectura Cristiana Española*, que la iglesia de Santa Maria subsistió en los últimos tiempos mozárabes, según se deduce de un documento que copia el padre Flores en su capítulo V tomo V de su *España Sagrada*.

En el testamento por nosotros hallado, de Fernando Melendez, se nom-

bra la iglesia de Santa María, por lo cual con toda seguridad podemos deducir, que esta no cambia de nombre cuando la reconquista.

¿A cual parroquia actual corresponde esta de Santa María, mozárabe, y que subsiste con este nombre hasta la época del testamento? Una nota muy interesante hemos encontrado en la rara obra de Gomez Bravo, *Obispos de Córdoba*, y en la cual se afirma que la antigua iglesia de Santa María es la que se conservaba junto a la Corredera con el nombre de Nuestra Señora del Socorro.

Por nuestra parte solo nos limitamos a aportar estos datos y estas coincidencias sobre punto tan oscuro y que tanto ha aguijoneado a los investigadores cordobeses el aclarar.

En los muchos manuscritos que la Academia de la Historia guarda sobre Córdoba y que proceden de esta ciudad, aunque hemos visto datos interesantes relativos a la historia local, nada hemos encontrado referente al estudio que nos ocupa.

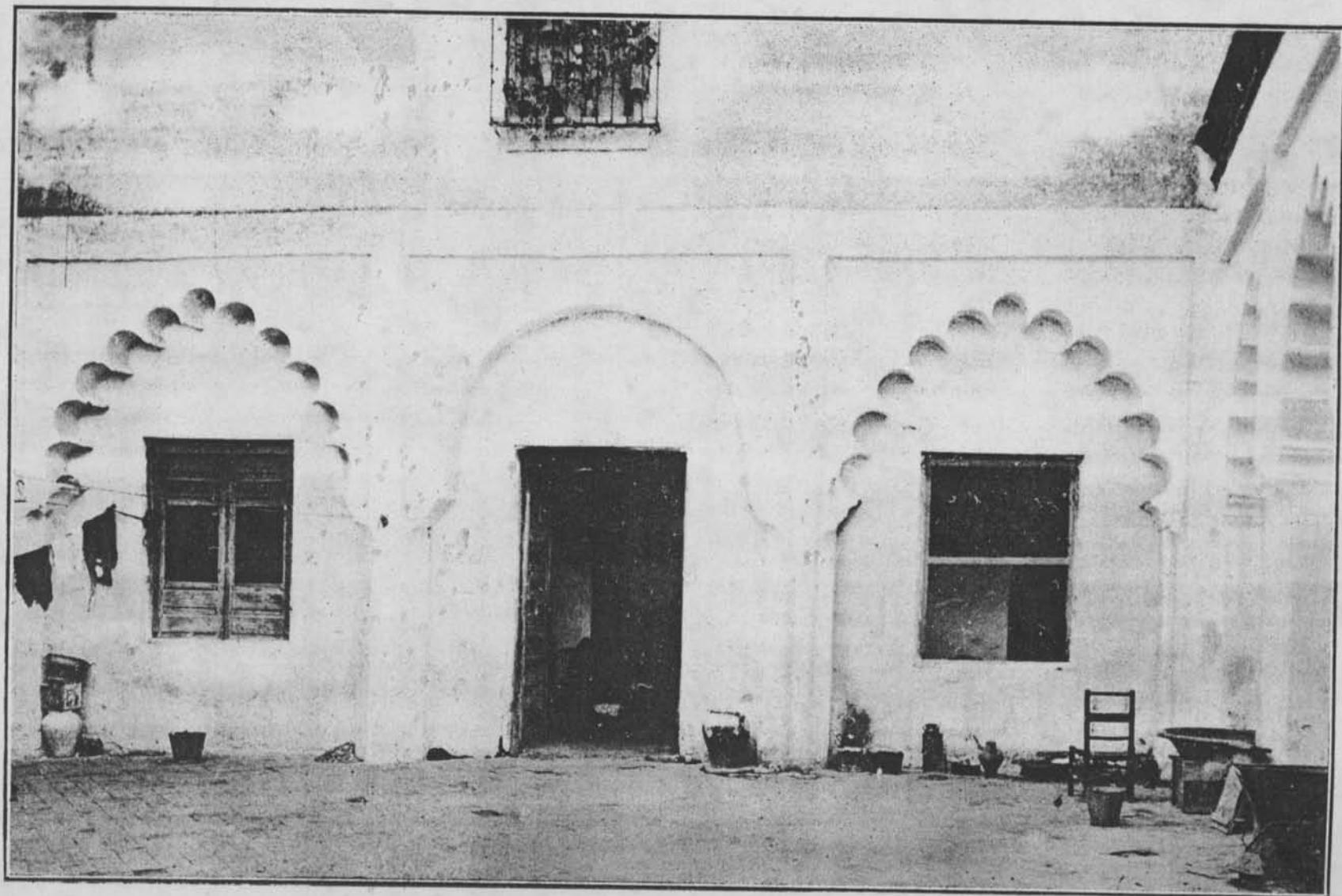
Segun Madrazo, en su tomo *Córdoba*, y en sus concienzudas investigaciones, principalmente del archivo Catedral, el año de 1237 se establecen en Córdoba las Ordenes Militares, es decir, un año despues de la reconquista y uno antes del privilegio de San Fernando a la Orden de Santiago que se estableció primeramente en unas casas de la calle de Santa Ana segun Venegas manifiesta a la vista de documentos de archivos cordobeses cuyos testimonios guarda la Comisión de Monumentos; pero en dicho sitio permaneció muy poco la Orden de Santiago, puesto que pasó a la casa a que nos referimos cuando la extinción de la del temple decretada el año 1312 y entonces o medio siglo despues debieron comenzarse las obras del convento.

Como dato curioso aunque sin relación con este asunto, hemos encontrado en el Bullarium de la Orden, que el año de 1317 o sea 22 años despues del testamento, se fechan y se confirman en Córdoba por el maestro de la Orden García Fernández, los fueros de Cehegin sin que sepamos a que se refiere ese nombre, ni tropezado en el curso de la historia de la Orden con hecho alguno en que intervenga la casa de Córdoba, hasta el momento de la incorporaci6n de los maestrazgos a la corona.

La Arquitectura

La planta de esta casa suntuosa, ninguna novedad ofrece en relación con las andaluzas del mismo periodo y época, estando formada por dos amplios patios de forma rectangular con galerías altas y bajas al rededor y a las que abren las habitaciones.

¡Cuan bella y típica es esta forma en que todo se agrupa alrededor de un patio que limita un pedazo de cielo azul, haciéndolo propio y exclusivo de la casa y en el cual se extiende por los muros una flora perfumada de



Arcadas del patio principal.

jazmines y trepadoras madre selvas y naranjos coronada por una fauna bulliciosa que tiene sus nidos en los aleros!

El ruido del surtidor de la taza del centro, dulcemente adormece en las horas de la siesta, cuando el sol de la calle caldea las piedras haciendo casi imposible el tránsito. ¿Quién puede negar que esta forma de construcción no sea supervivencia árabe, no sea hija de este pueblo que cual ninguno otro ama las aguas corrientes, las flores y la naturaleza toda, asociándola a su vida cotidiana? Raza nacida en los arenales de los desiertos y que secularmente sufrió los rigores propios de estas regiones, solo concibe la vida junto a un oasis y por eso se asimiló y transformó el patio de origen oriental, convirtiéndole en un pequeño paraíso.

Esta forma de agrupar las habitaciones alrededor de un recinto a cielo abierto, comienza en la arquitectura doméstica egipcia, como se observa en las ruinas de Teel-el-Amarna, en los grandes palacios caldeo-asirios de Khorsabad y Nimrud, y en los que podemos considerar preislámicos, como Firuz-Abad, Mschatta, Rabbat-Amman y tantos otros, en el micénico palacio de Tirinto, en la casa griega según la planta que de ella nos da Vitrubio, en el *cavædium* romano y casas de Pompeya.

Es por tanto forma constructiva oriental que se esparce por el mediterráneo de suave clima en casi todo su litoral y que mas tarde los andaluces y levantinos llevan a la América Latina como tantas otras formas de nuestra cultura.

Respecto a alzados, lo que se conserva son los arcos bajos de las galerías de uno de los patios, arcos hoy cerrados con obra de albañilería y en los cuales han abierto puertas y ventanas.

Estas formas de construcción decorativa son arcos de medio punto muy peraltados, alternando con otros lobulados y apuntados, siendo el espacio sobre que se desarrollan estos menor que el de los de medio punto, sin duda para que las claves de ambos esten a la misma altura, desde el momento en que los arranque son los mismos.

Encuadran estos arcos, un sencillo alfiz sin que nada recuerde lo almohade y forma una albanega sin señales de haber tenido decoración. Los arcos arrancan de pilares prismáticos de ladrillo que quizás nunca el estuco los haya cubierto. en su primitiva construcción, y los capiteles estan constituídos en la parte superior, por dos filetes a modo de ábaco, el mas alto avanzando algo sobre el inferior, y el cuerpo del capitel, si tal puede llamarse, lo forma una moldura que parece derivada de la nacela califal y que en su frente y en la parte en que termina el alfiz avanza sobre el núcleo principal del capitel. En el histórico monasterio de la Rábida. existen en el claustro pilares octogonales formados de ladrillo sin estucar, como estos, y desempeñando el mismo papel de la columna.

Constituyen estas formas conjuntos de gran lógica decorativa dentro de

su sencillez, desde el momento en que reina una subordinación de la forma y la decoración a la naturaleza del material y este no se falsea, estando en armonía con aquella ley de estética arquitectónica implícitamente formulada al definir el estilo diciendo que es la compenetración entre la forma y el material. Ruskin en sus Siete Lámparas de la Arquitectura y en la llamada del Sacrificio, que es un canto a las distintas clases de materiales constructivos, dice que debe preferirse siempre lo bueno y verdadero en un orden inferior, a lo malo o falsificado en otro superior.

Estas formas en ladrillo, acusando el ladrillo, son transformación genuinamente españolas importadas de lo árabe oriental y que aunque con conjuntos y detalles en lo mudéjar, como el que nos ocupa, allí donde otro material no existe, crea estilo como en Sahagun, La Lugareja (Avila) etc, arquitectura que Lamperez llama aljamiada o románica de ladrillo y que no es mas que una fase de lo mudéjar o morisco según el sabio arqueólogo, Don Manuel Gomez Moreno,

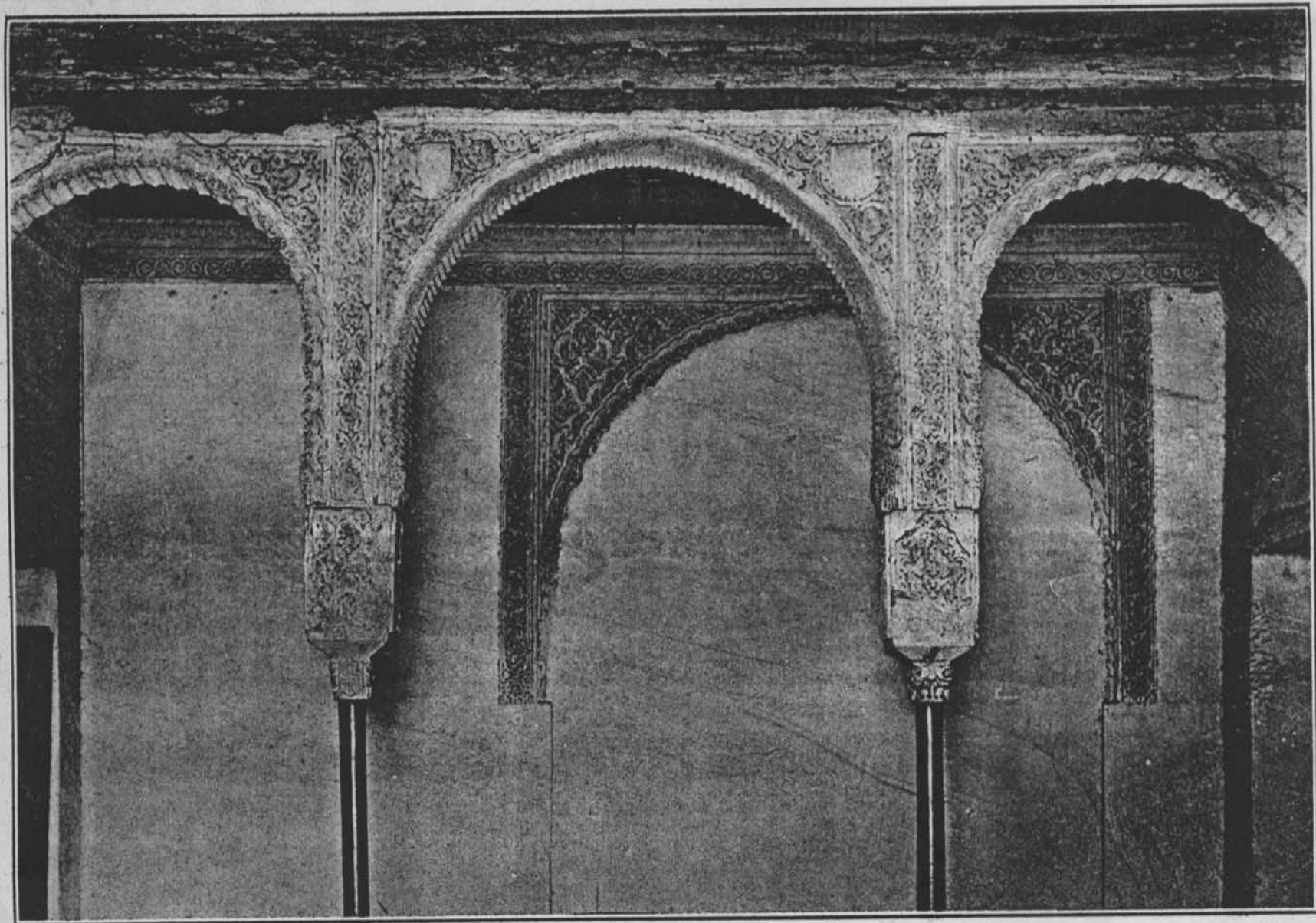
En las arcadas del patio que examinamos, no hay más elementos externos al periodo califal que el peralte del arco de medio punto, siendo aquellos en su mayoría modificaciones de los de dicho periodo, pues nos encontramos en presencia de una obra que todo lo más es de la mitad del siglo XIV. El arco de medio punto se da en la mezquita cordobesa así como el lobulado apuntado. (Fotografía núm. 1 y 5).

La Decoración

Los artesonados la mayor parte de ellos han sido arrancados, quedando solamente algunos horizontales de gruesos alfarjes, con casetones cuadrados y rectangulares, dentro de los cuales se inscriben polígonos. Las pinturas de ellos han desaparecido. El humo y gases que con sus anafes producen hoy los moradores de esta casa, los han ennegrecido haciendo imposible el estudiarlos. Los gramiles decoran también la viguería. (Fotografía número 2). De azulejos sólo algunas olambrillas dejan ver sus esmaltes entre los desgastados ladrillos de los pavimentos.

Al final de las galerías bajas del patio, se conservan en los extremos de dos de ellas, arcos de medio punto, que arrancan de sencillas mensulas y que limitan y encuadran espacios rectangulares que seguramente servirían para alhamies o lechos. Interior y exteriormente, están decorados con finos lobulitos formando un arco angrelado con un calado del mas puro estilo granadino. (Fotografía número 3).

En el más amplio de los salones altos, cuyas ventanas dan al Guadalquivir, y donde según la tradición se reunía la orden en capítulo, hay unos arcos de yeserías (Fotografía núm. 4 y 6) sostenidos sobre columnitas de inverosímil delgadez. Son tres arcos de medio punto muy peraltados, con dos columnitas en el centro y apeando los dos de los extremos cada una de sus respectivas mitades en los muros de los lados.



Los capiteles están formados por dos cubos pequeños, y sobre ellos lo que podríamos llamar el equino y ábaco, este último formado por cuatro cortes como en bisel. Uno de ellos ostenta en el frente la cruz de Santiago.

Los arcos son angrelados con finísimos calados. El alfiz sin sobresalir apenas de la construcción y las albanegas se hallan cubiertas con atauriques de estilo y composición granadina, siendo toda la construcción en la realidad un adintelado aunque aparezca a primera vista en arco. Este mismo sistema es el de la Alhambra, cuyos arcos son siempre un elemento de relleno y pegado a las formas adinteladas que son las que realmente ejercen el papel constructivo y sostienen toda la fábrica, hallándonos pues, en presencia de una arquitectura en que el arco viene a ser un elemento que sólo juega un papel decorativo.

Estos arcos, de la sala que nos ocupa, son también un aditamento decorativo que nada soporta, teniendo el del centro en sus dos albanegas dos escudos lisos a imitación de los nazaritas granadinos. La parte superior se encuentra destruida.

En el fondo y quizás habiendo servido de comunicación a otro salón, hay también otro arco del mismo carácter, también angrelado, arrancando de las jambas del vano y con sus albanegas de bellos atauriques. Estos no se repiten en ninguno de los arcos, sino que se ven trazados y concebidos para cubrir las superficies sobre que se desarrollan.

Sobre este arco interior, hay un pequeño friso compuesto de unidades ornamentales siempre repetidas, que pueden proceder de la posta griega o del conocido trenzado caldeo asirio. Sobre el friso una moldura en talón.

Correspondiendo estas yeserías al estilo granadino, bien pudiera ser hecha por alarifes de esa ciudad como parte del Alcazar de Sevilla y tantas otras construcciones castellanas, dado el cambio mutuo de obreros y artistas que con tanto fundamento se supone que hubo en esta época.

Respecto a la fecha, estas arcadas puramente decorativas pueden ser posteriores a la construcción de la casa y a las arcadas del patio, y hechas en época en que la orden hubiese querido decorar más ricamente su salón principal.

Tales son los restos que en este palacio han podido salvarse del tiempo y del espíritu destructor de nuestra raza, sobre todo de este último, que tan vandálicas hazañas cuentan en sus anales. Con estas líneas lo salvamos del olvido en que al presente se halla y amenaza a los tiempos venideros pues que dentro de poco su destrucción irremediable será total.

VICENTE ORTI BELMONTE

Notas bibliográficas

Documentos y obras consultadas.

Del Archivo Histórico Nacional

Documentos referentes a Córdoba pertenecientes a la Orden de Santiago.

Caja número 92.

Libro de visitas de la Orden de Santiago. Desde el libro número 1,102 hasta el 1,108.

Papeles de Estado. Legajos número 3,018 3,204—3,213—3,223—4,819—.

Manuscritos de la Biblioteca Nacional.

Inventario de papeles del año de 1692 de la Orden de Santiago. Signatura Z—126—11,856.

Valor de las Encomiendas de las Ordenes en tiempo de Carlos III. Signatura T—188—7.423.

Nobiliario de Córdoba 3,269—y 3,270.

Manuscritos de la Academia de la Historia.

Noticia de antigüedades e inscripciones de la provincia de Córdoba. Sig.—18—5^a—63.—

Varias cédulas diplomáticas sacadas de privilegios concedidos a Córdoba. Sig. 2^z—6^a—105—.

Cuadernos de privilegios, bulas, fundaciones, donaciones, constituciones etc. Est. 25—gr 1^a—C.—volúmenes números—8—10—14—15—16—17—18.—

Libro de cosas notables sucedidas en la ciudad de Córdoba. Sig—12—26—6—D—129—

Obras raras

Rades de Andrade. Crónica de las tres órdenes. Biblioteca Nacional Raros—5.620—

Bullarium Ordinis Militæ. Biblioteca del Ateneo de Madrid—Sig. 280—B—49—.

Noticia del principio progreso etc. del archivo de Vcles. B. Nacional—Varios—546—35.

Regla de la Orden de Santiago B. Nacional—2—56—521.

José López Agurleta. Apologia por el hábito de Santo Domingo en la Orden de Santiago. B. Nacional—2—15—255.—

Discursos legales y competencias de las Ordenes Militares. B. Nacional. Ms—G—60—1,770.—

Pedro Diaz de Rivas. Antigüedades de Córdoba. B. Nacional—2—64, 589.—

Obras Varias

Ambrosio de Morales. Antigüedades de ciudades de España. B. Ateneo de Madrid—Sig. 145—G—1.—

Madrazo. Córdoba. B. Ateneo de Madrid—Sig 140—A—8.—

Ramírez de las Casas Deza. Anales de Córdoba. B. Ateneo de Madrid—Sig 141—E—29.—

Rafael Ramírez de Arellano. Guía de Córdoba. B. Ateneo de Madrid Sig 1,527—f—17.—

Ramírez de las Casa Deza. Indicador cordobés. B. Ateneo de Madrid Sig 196—D—45.—

Angel Alvarez Araujo. Las Ordenes Militares B. Nacional.

Gil Dorregaray. Historia de las Ordenes de Caballería. B. Ateneo de Madrid. Sig 170.—

Ferrer del Rio, Orden de Santiago. B. Ateneo de Madrid—Seg—170—A—6.—

José Gómez Centurión. Jovellanos y las Ordenes Militares, B. Ateneo de Madrid—Sig. 252—B—12.

Hermosa de Santiago. Contestación a la memoria de Torrecilla. B. Ateneo de Madrid Sig. 188—A—5.—

Gómez Bravo. Obispos de Córdoba Biblioteca del Instituto de id.

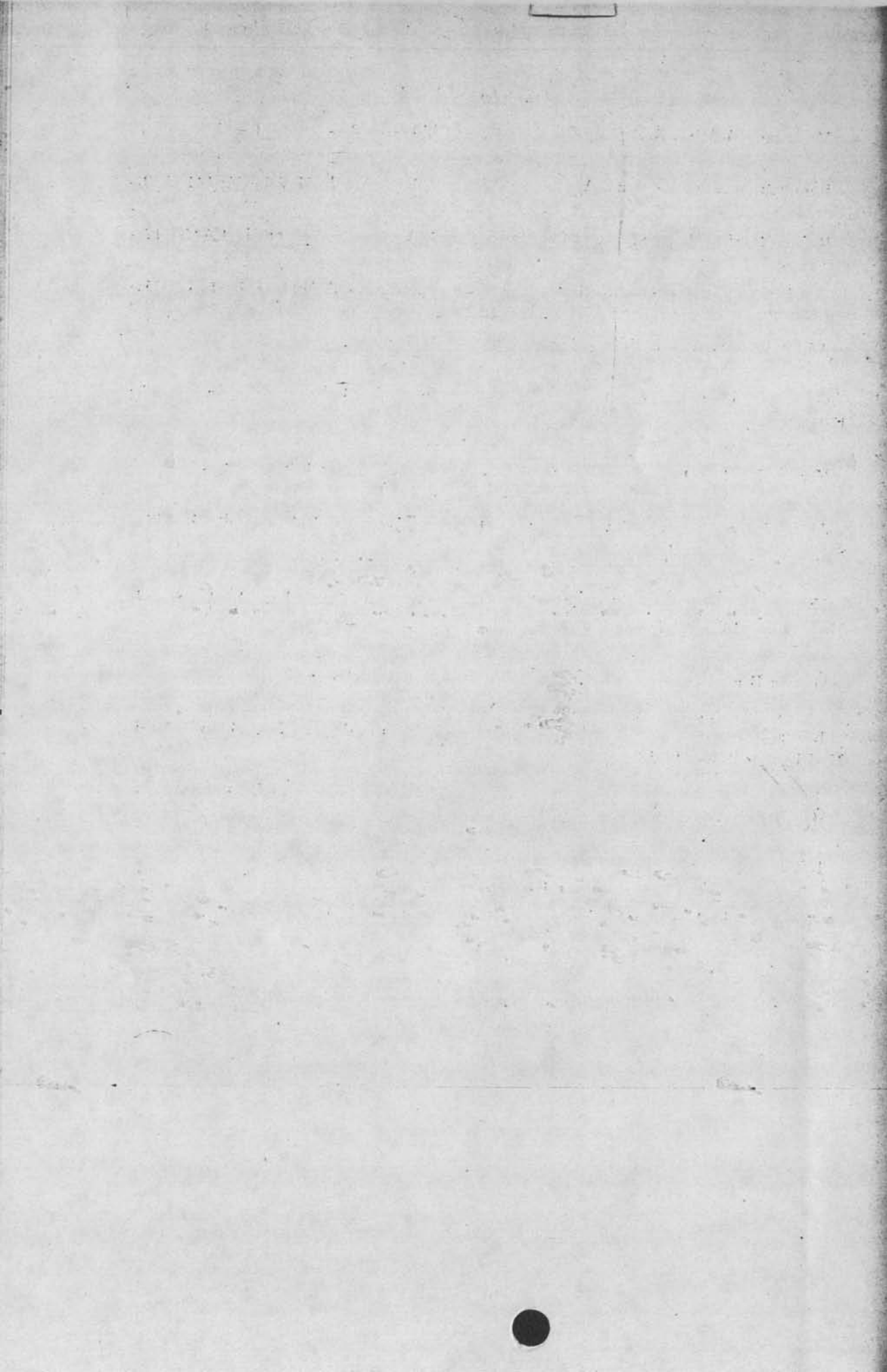
López de Arenas. Carpintería de lo blanco y tratado de alarifes, B. Ateneo de Madrid. Sig. 139—H—13.

Actas capitulares del Ayuntamiento de Córdoba.

Libros de la parroquia de Santiago de Córdoba.

Papeles de la Comisión de Monumentos de la Ciudad de Córdoba.





NOTICIAS

La séptima conferencia del curso extraordinario, estuvo a cargo del notable abogado don Antonio Bermúdez, de Baena, sobre el tema «Decadencia económica de España a fines del siglo XVI. Ensayo de una interpretación». Se celebró en el Instituto el 14 de Abril y el conferenciante expuso conceptos muy originales.

—Don Rafael Castejón terminó en las sesiones ordinarias, la lectura de su trabajo titulado «Una Córdoba desaparecida y misteriosa. Medina Zahira».

—Se designó correspondiente en Bujalance, en la sesión del 26 de Abril, al ingeniero don Antonio la Torre.

—Don Manuel Ruiz Maya habló de «Psicoanálisis» en la misma sesión y en la siguiente.

—Don Manuel Enriquez Barrios, director de la Academia, pronunció el sábado 10 de Mayo una conferencia en la que trató de «El nuevo código civil ruso». El mismo señor director fué quien tuvo a su cargo el discurso necrológico pronunciado en la última sesión del curso, el día 17 de Mayo, en recuerdo del que fué ilustre director de la Corporación, ilustrísimo señor don Luís Valenzuela y Castillo, notable jurisconsulto, orador y escritor, cuya memoria para la Academia y para Córdoba renueva inextinguibles recuerdos de admiración y cariño, y al que dedicamos parte de este número del Boletín.

—En la sesión del 17 de Mayo fueron designados académicos correspondientes de esta corporación en Madrid, los ilustres catedráticos y arabistas, que tanto han esclarecido la historia de Córdoba durante la dominación árabe, señores don Julián Ribera, catedrático de Literatura hispanoárabiga en la Universidad Central, y don Miguel Asín Palacios, catedrático de Lengua árabiga en la misma.

—Don Miguel Asín Palacios ingresó el 17 de Mayo en la Real Academia de la Historia, leyendo su discurso de entrada que versó sobre la obra «Historia del las religiones, herejías y escuelas» del gran polígrafo cordobés Aben Házam, escrita en el siglo XI.

—Durante los festejos de Mayo del presente año, y además de la III Exposición de Bellas Artes y VI Concurso de fotografías que organizó la

Real Sociedad cordobesa de Arqueología, se celebró una notable Exposición de cueros cordobeses, dirigida por el Comisario regio de Bellas Artes don Enrique Romero de Torres y patrocinada por el Excmo. Ayuntamiento de Córdoba, de la que dió amplia cuenta la prensa local, y en la que se expusieron ejemplares de verdadero mérito, cuya exposición fué clausurada con una brillante conferencia de nuestro correspondiente don Antonio Jaén.

Publicaciones recibidas

Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

—Conferencia pronunciada en la Real Sociedad Geográfica por don Pedro de Novo y F. Chicarro sobre la obra «Historia da Colonização portuguesa do Brasil».

—Boletín de la Real Sociedad cordobesa de Arqueología y Excursiones».



